

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

 Biblioteca de la Rioja

NO SE PRESTA

LECTURA EN

SALA

T. 283065
699669

R
X 7652

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000319669



VIDAS
DE
SANTOS Y DEMONIOS



LEÓN VILLANÚA

VIDAS DE SANTOS Y DEMONIOS



VIDAS

DE

SANTOS Y DEMONIOS

León Villanua



Madrid 1909
IMP. DE J. CORRALES
Conde-Duque, núm. 38



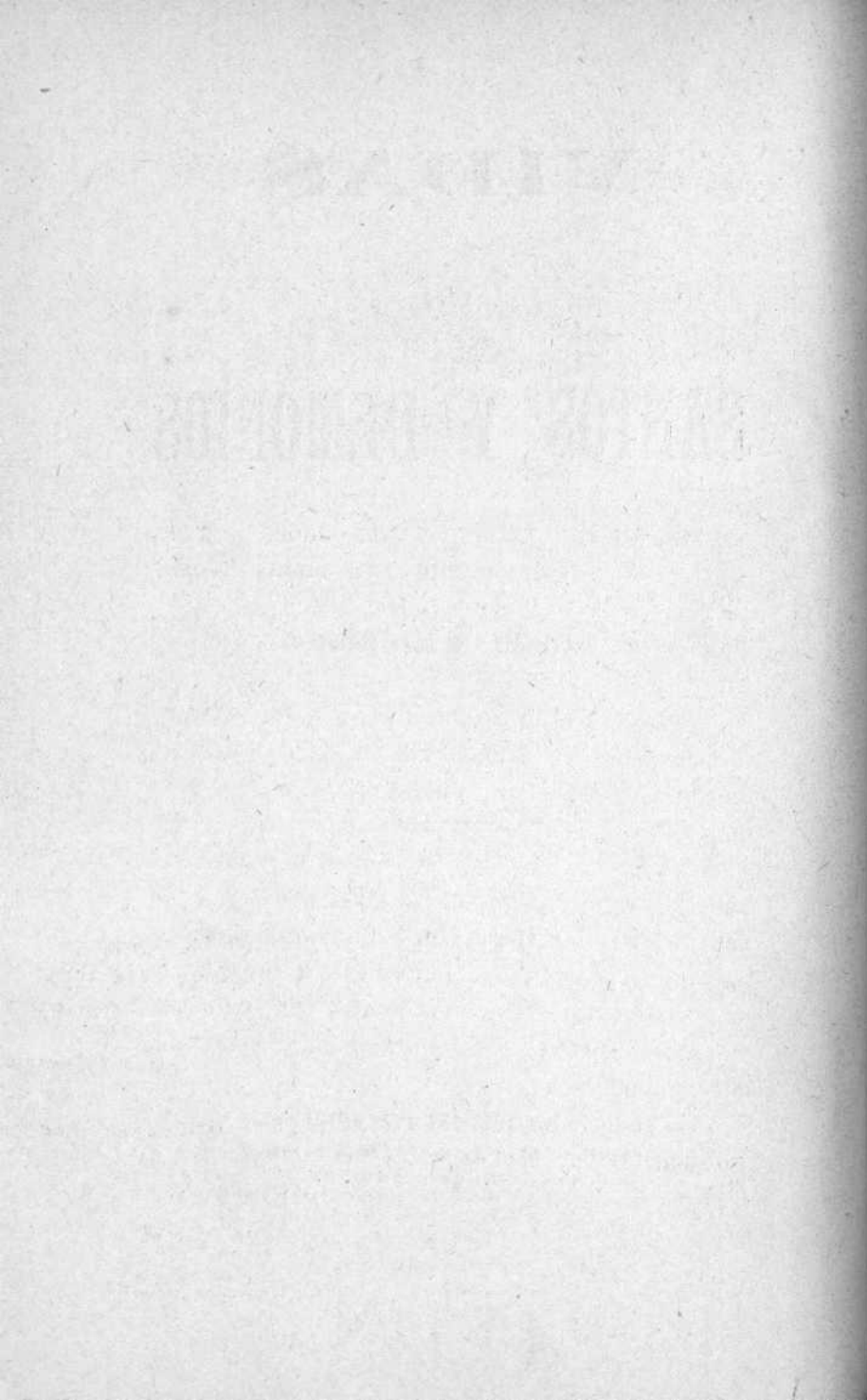
**Gobierno
de La Rioja**

Educación, Cultura
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

12.185.050





AL LECTOR



EL autor no tiene estilo ni conoce la gramática, es un hombre que cuenta lo que pasó ó se le ocurrió, sin galas ni adornos; llanamente, el estilo de sus historias es el de sus personajes.

Hay muchos literatos inéditos, algunos ocultan sus producciones como si fueran delitos, y otros hacen gala de ellos, hasta hoy fuí de los primeros.

Además, modernamente flota en la atmósfera mercantil que nos rodea un gesto burlón hacia las novelas y los versos; un hombre que escribe, es un ente ridículo, se acabaron los tiempos en que los horteras hacían versos y las señoritas componían novelas románticas para solaz de sus amigos.

Hoy todos se dedican á inventar aeroplanos, submarinos, dramas de enjundio ultra-social.

Y salvo las producciones sensualistas, trau-

matológicas (crímenes, robos, viajes) todos los libros van en montón al expoliariun de la Puerta del Sol, donde se venden á diez céntimos.

Lanzo este libro como una sonda. Si obtengo éxito seguirá á este tomo otros interesantes que tengo escritos, si nó continuaré leyendo solo mis cuartillas y dándome autobombos silenciosos que me sean más gratos que los de la multitud silenciosa, escéptica, mercantil.

Hay una causa que le impide al creador de este libro llegar á la celebridad.

Aunque sus escritos fueran superiores, aunque gustasen, no alcanzaría fortuna por causa de su apellido, largo, difícil, exótico. En la historia se ve que los grandes hombre tuvieron apellidos breves; de dos sílabas, lo más de tres; Colón, Cristo, Nerón, Buda, César.

Pero dejando la historia y concretándonos á la literatura, arte y filosofía.

Hugo, Poe, Muset, Zola, Gorki, Lope, Shaspeare, Galdós, Daudet, Voltaire, Ibsen, Tolstoi, Kant, Marx, Nietzche, Wagner, Taine, Renan.

Y de tres sílabas, Cervantes, Calderón, Siekevitz, Baroja, Coloma y Pereda.

Palacio Valdes es sin duda un buen novelista víctima de su apellido largo.

El autor de este libro tiene un apellido vasco

de cuatro sílabas y esto es demasiado para que el público latino lo adopte.

Shopenhauer ese genio filosófico alemán, no ha sido en España lo celebrado que debía por causa de su nombre raro y de pronunciación difícil.

Otro tanto le ocurre á Boej Boejestein, Merejkowski y otros tantos hombres del Norte.

He conocido por esos mundos de Dios, ya en mis andanzas y viajes, ya en el vivir sosegado y tranquilo de este grande y hermoso Madrid, á una porción de personajes celebérrimos, unos buenos y otros malos, todos ellos notables y de historias interesantes, estas, sus historias han llegado á mí unas veces contadas por ellos mismos otras referidas por sus amigos y algunos quien sabe si inventadas por quien las contó ó exajeradas al punto de que no las conociera ni quien las vivió. De todas ellas la más interesante es la de el caballero D. Felix Pelayo, relato extraordinario que escribiré algún día, si para ello tengo lugar y humor, dos cosas necesarias á los que nos ocupamos de vidas ajenas.

Cada una de las pequeñas historias que forman este libro, podía haber sido un tomo aparte si yo, dejado llevar de mi fantasía, hubiera esti-

rado, engrandecido y aumentado los acontecimientos.

Y escrito esto que juzgo bastante, á tí caro lector me encomiendo sin suplicarte consideración ninguna, pues si lo juzgas bueno leelo, enhorabuena y si te aburre arroja el libro al lugar que quieras y di de mí cuanto malo gustes, pues en tu derecho estás lector, juez supremo de cuanto se escribió en el mundo.





UN DRAMA EN UNA GUARDILLA

USTEDES, seguramente, habrán visto por Madrid á un hombre bajo, feo, mal indumentariado con traje de pana obscura, cuyo extremo se pierde en la noche de los tiempos, chambergo arqueológico, la cara escondida entre espesa pelambreira de barbas, bigotes y melenas enmarañadas, vírgenes de manos figarescas.

Este, descuidado señor, es mi amigo Ricardo Borrega, pintor de historia, filósofo, subterráneo y pobre de solemnidad. Borrega vivía de milagro como infinitos españoles. Era pesimista partidario de Hartmam, por esto y por la despreocupación que tenía de todas las cosas le llamaban *Nirvana* (el que no es).

Proyectaba un cuadro simbólico, algo nuevo, nada de esas cosas que se han hecho hasta ahora, la fotografía ennobleció á la pintura, ya no se pintan retratos, paisajes, ni historias, el simbolismo se impone, quería pintar un campo extenso, ilimitado, llano, verde y arriba un cielo azul, de un

tan fuerte azul, que no se pudiera mirar sin alegría á este cuadro pensaba darle un título sonoro *Alegría campestre, Paz...* pero como nunca iba por el campo ni había gozado de paz, el cuadro lo tenía en la cabeza, pensado sólo, no había prisa por pintarlo, las grandes obras han de tener una gran gestación.

Hace un año se decidió á poner casa, los bancos de los paseos eran incómodos para dormir, además se iba haciendo viejo y el vivir errabundo le fatigaba.

Se asoció para lo del *domicilio* con Angel Herranz, un joven poeta manchego, de un pueblo muy rico y de una casa muy noble pero venida á menos. El poeta poseía unos duros (rara avis en artista pobre sin prevenda oficial) compraron dos catres y se instalaron en una destartalada guardilla de la calle del Limón.

El alquiler de la guardilla lo pagaban entre los dos, generalmente lo pagaba *Nirvana* sólo; porque el pago consistía en reñir con la portera y Angel tenía un carácter bondadoso, el pintor se encargaba de contar historias y entretener á la epidemia de escoba y recibo.

El poeta hacía muy hermosos versos, cultivaba la literatura *subterránea*; sus canciones no se vendían, pero proporcionaban agradables sensaciones á los que las escuchaban, que solían ser bohemios, artistas pobres, forzados del arte. An-

gel pasaba los días y las noches trabajando en la construcción de un libro que no llegó á publicarse por falta de editor.

Nirvana vivía en vagancia perpétua, tomando el sol por lugares solitarios, paseando ante el rey de la luz, que era según decía, la única ocupación de invierno propio de los espíritus libres y despreocupados, desde Diógenes á nuestros días. Adormecido por el suave calor de la lámpara celeste, pensaba en su cuadro, perfeccionaba su proyecto plástico.

Angel adoraba la vida y tenía esperanzas de salir de las tinieblas, ser conocido, creía en el fin de las hambres y escaseces que pasaban, trataba con urbanidad y atención á las personas, soñaba con comer todos los días y tener ropa decente hecha á la medida, *Nirvana* reía del poeta y de sus ilusiones.

Algunas veces el poeta recordaba su infancia, su pueblo perdido en la llanura castellana, el caserío agrupado en torno de la picuda torre, los campos a fombrosados de espigas verdes, que el viento arremolinaba y rizaba en olas de verdor marino, los parlanchines, cantores de las ramas, las sencillas alegrías, campesinas de aquel tan sosegado vivir entre afables gentes aldeanas; y al comparar sus grandezas pasadas con las miserias ciudadanas, sentía una profunda melancolía.

El amor, la necesidad moral vino á complicar el angustioso vivir de Angel, siempre acosado por la necesidad física, el poeta se enamoró de unos ojos azules, de unos cabellos rubios, que por designio de la fatalidad que despoetiza la vida, pertenecían á una hermosa doncella, hija de unos muy ricos señores.

Nirvana vió en aquel amor un grave mal, un peligro á la tranquilidad de alma que disfrutaba el poeta y procuró disuadirle de su empeño.

—No eres tú quien la quieres, es el genio de la especie de desear vivir y perpetuarse... el maestro lo ha dicho...—¿Qué su cara es bonita?... cuestión de abultamientos sub-epidérmicos, ¿qué su cabellera dorada? cuestión de color... á lo mejor ese, tu ideal, será alguno de esos malos bichos con faldas que yo clasifico entre las calamidades que sufren los hombres.

No me explico como has podido enamorarte estando tan mal alimentado. Debes acostumbrarte á mirar la vida como yo lo hago, el vivir es un negocio desastroso, los gastos superan á los ingresos, las penas á los goces, vivimos sufriendo las oligarquias del estómago, el corazón los pulmones..... todos esos aparatos complicados y frágiles que rodean al yo pensante, al orgulloso mamífero bimanio, al homo sapiens que yo llamo homo arcanus.

Estas reprimendas enfurecían al poeta, él deseaba su amor *accesible, escalable*, que no hubiera entre los dos aquella diferencia de dineros que los separaba. La seguía á todas partes, corría como un loco detras de su coche, la espiaba en la certeza de no ser descubierto, la miraba como otros miran las alhajas en los escaparates.

Un día que sucedió á larga noche de insomnio, Angel se decidió, miróse en un pedazo de espejo, sus barbas descuidadas, sus melenas despeinadas y la indumentaria raída le desconsolaron, pasó toda la mañana peinándose, acicalándose, remendando sus trapos, embetunando sus desbencijadas botas... Al terminar sus arreglos parecía más joven más limpio, pero entre todos, aquellos sus ingeniosos artificios, se veía la pobreza ese *querer y no poder* de los pobres que se empeñan en no parecerlo.

Angel se marchó alegre, *Nirvana* le oyó bajar los escalones de dos en dos cantando como gorrión en primavera, luego sus pasos se perdieron á lo lejos, el pintor se quedó refunfuñando filosofías..... ¡Oh! amor y que tristemente ridículos haces á los hombres.

II

Pasaron los días sin que Angel volviera por la guardilla de la calle del Limón.

El pintor estaba triste, presentía que algo malo había sucedido.

Al anochecer del tercer día, el pájaro regresó á su nido. El poeta venía cansado, enfermo, la cara demacrada, los pelos revueltos, los ojos brillantes, saltones, animados de esa luz que acompaña á la locura, se dejó caer en su jergón y allí estuvo un gran rato descansando, sin alientos para contestar á las preguntas de *Nirvana*.

Luego se repuso y fué poco á poco contando sus desdichas.

—¡Una gran desgracia!..... fuí á su palacio..... esperé á que saliera..... ¡qué hermosa estaba!..... me acerqué al tiempo que montaba en su coche y la dí la carta, aquella carta que tantas veces había escrito..... ella la tomó, sonrió con placentera satisfacción, luego el coche partió veloz, yo sentí en la mano algo, una cosa dura, metálica.

Era una peseta, una miserable peseta que había caído en mi mano, lanzada suavemente por mi amor..... ¡me había tomado por un pobre! por un miserable mendigo, que pide dinero por carta, cuando yo aunque mendigo no lo era de dinero sino de amor..... sentí una rabia horrible, una gran vergüenza, me parecía que todos los transeuntes me miraban y se reían de mí, tenía deseo ardiente de huir, y aplastar á las gentes en mi huída.....

Fuí al campo, anduve errante por desmontes y sembrados, comí no sé en donde y dormí en una cuneta, mil proyectos siniestros me asaltaban el cerebro con la saña de felinos, ideé comprar petróleo, incendiar el palacio, penetrar en donde estuviera y llevármela matando á quien me lo estorbaba..... y así pasaron las horas largas..... ayer no recuerdo en que sitio la encontré, iba elegantísima en lujoso automóvil, á su lado un cara larga, un señorito ridículo que adiviné era su novio, fuí reconocido, me miró y la oí decir.....—*Mira, ese es*; el automóvil huyó envuelto en vapores blancos y yo me quedé petrificado.

Ahora yo estoy tranquilo, desengañado; pero siento aquí dentro en mi alma un gran vacío, un dolor sordo, intenso, que me embota la atención..... la vida para mí no tiene interés..... me resulta una cosa tonta, imbécil, insustancial.....

—Todo eso que te pasa es culpa tuya por necio, por insensato..... ¡á quien se le ocurre amar, no teniendo que comer!..... el hombre debe procurar simplificar sus necesidades, yo no fumo porque á veces sentiría el dolor de la necesidad-vicio no satisfecha, no amo porque no quiero añadir penas á las necesidades que me agobian, he conseguido atrofiar mi corazón, si pudiera pasar sin comer, si el estómago cesase en su continuo pedir, yo sería feliz, viviría en continuo

viaje como las golondrinas, la vida sería mía y no yo de la vida.

—Esas, tus filosofías, no puedo yo seguirlas porque yo estoy constituido de otro modo, en tí la voluntad *razonable* impera, eres un autómeta de tu razón, en mí, amar es tan necesario como cantar á los pájaros y ahora que veo la imposibilidad me resigno y abandono la existencia porque el instituto de conservación ha desaparecido en mi

III

Amanecía, por la ventana de la guardilla se filtraba una luz tenue, era el alba que desde Oriente enviaba sus sùtiles matutinas claridades precursoras del día, el silencio flotaba en el espacio, hacía frio.

Alumbrado por estas blanquecinas luces se veía el cuerpo rígido de Angel, el poeta que se había ahorcado, el cadáver inmóvil en el espacio, indicaba la vertical, las manos crispadas, los ojos secos, la cara con una espantosa mueca de dolor.

En el pecho clavado con un alfiler á la americana que le servía de mortaja, había un papel escrito que decía:

El estómago y el corazón son los dos tiranos de la humanidad.

En su jergón *Nirvana*, soñaba que comía agradables manjares hasta hartarse.



GARROCHETA

JUAN Garrocheta era vasco, yo lo conocí en mis paseos solitarios de la Moncloa. Garrocheta tendría sus cuarenta años, era altísimo, parecía la personificación de la longitudo, iba por la Moncloa, como yo, para oxigenarse un poco. Me llamó la atención como se la llamaba á todo el mundo, andaba descalzo sobre la hierba mojada según las prácticas de Kneip. Los guardas le tenían por loco.

Nos hicimos amigos y paseamos juntos en silencio varios días, poco á poco fué Garrocheta contándome cosas *suyas* de su vida.

Mi compañero era insoportable, tenía un carácter dulce y amable, acariciaba á cuantos niños veía y no se incomodaba aunque estos fueran de natural agresivo y le apedreasen; pero su afabilidad y cortesía trocábase de pronto, por el motivo más valadí, en una irritación agresiva; enfadado era intratable, rojo de ira daba puñetazos, patadas, interjeccionaba, tartamudeaba. Así pasaba un rato, luego se calmaba, de pronto

volvía á su estado y pedía mil perdones de sus furias, lamentaba los destrozos causados, su ropa siempre andaba rota por causa de estas furias que le entraban.—¡Cuando me incomodo quisiera deshacerlo todo!..... soy otro, me entra la borrachera de destrucción.

Garrocheta vivía en una guardilla limpia y coquetona que él llamaba su *nido*. Allí luchaba en invierno con el frío, en verano con el calor, las cucarachas y las chinches, y en todo tiempo con el casero, la portera y los vecinos.

Era vegetariano y se condimentaba sus comidas según los preceptos de un libro de culinaria naturalista.—Soy vegetariano porque soy pobre, si fuera rico sería carnívoro.

Vivía con modestia, era lo que se llama un hombre habilidoso, se zurcía la ropa, se componía los zapatos y aun le quedaba tiempo para leer en la Biblioteca Nacional y pasear por la Moncloa.

Un día hablamos de la filosofía, estaba enterado, empapado de las diversas escuelas.

—Pero mire usted, todo eso es paparrucha, se debe vegetar y no hacer caso á nadie. No estaba conforme con nada de lo existente y constantemente protestaba de todo, era frecuente oírle decir entre dientes.

—¡Ese Ayuntamiento!.. ¡Ese Gobierno! Esa imbécil humanidad!....

¡Qué mal hecha está la Historia, cualquier folletín vale más!

Paseábamos una bella tarde invernal, el Sol alegraba todo. Mi amigo iba envuelto en sus harapos como si fueran púrpura imperial.

Había comido bien y se sentía comunicativo, feliz.

—La vida es hermosa, los hombres felices, hay más rosas que espinas.

Gaudeamos igitur
Dun juvenes sumus
Post jucundan juventuten
Pot molestan senectuten
Non habevit humus.

«Cojamos las rosas antes de que se marchiten, gocemos hoy, que mañana moriremos».

Los necios empañan la hermosura del vivir con llantos, ante futuras catástrofes que generalmente no suceden.

«Cuante cose plore il homo qui mai arribare.»

—Sin embargo, la vida más dichosa tiene un fin amargo; la muerte no perdona á nadie.

—Tonterías, yo vivo en mi guardilla, allí canto, duermo, me emborracho de felicidad, algunos días no como; pero la abstinencia me hace apreciar mejor el placer de comer, los días que lo hago.

Mi vida tiene sus encantos como todas, el caso es saber vivir.

—¿Cual es su mayor dicha?

—Comer, estar acostado, no oír ruido, pintar, oír música, y ante todo la buena salud y el buen humor, su compañero ¡teniendo yo salud... vengan penas, apuros, ingleses, hambres. fríos y calores! que yo de todos me reire, y seguiré cantando mis optimismos.

Que hermosa es la vida
para los bohemios,
todo les sonrie,
todo les alegra,
nada tiene fin.

Estas son unas tonadillas sin rima que me divierten mucho; antes, cuando yo tomaba esta broma de vivir en serio, me preocupaba del porvenir ó del presente, ahora de todo río, pensando que si el presente es malo, será bueno el porvenir, ó viceversa, pues el cambio constante de las cosas nos hace esperar felicidad ó creer que no tiene fin la actual.

Esto es lo que se llama *forzar la suerte*.

Yo también tuve mis tiempos de pesimismo y desesperación.

Allá á los veinte años,
la hermosa edad florida
en que aun los desengaños
no amargarón los goces de la vida,
aunque joven de cuerpo,
mi corazón había encanecido
sin cariños ni amores;

yacía en el silencio y el olvido,
como yacen las marchitas flores,
que aunque poco, han vivido
sin conocer de Febo los favores,
creciendo en un rincón obscurecido,
donde nunca brillaron esplendores,
ni luces, ni alegrías,
sino tristezas, silenciosas frías.

Escribí yo de joven estos versos para quejarme de las calabazas que me dió una rica tendera; pensé en el Viaducto, en los dolores de los enamorados; luego reaccioné hacia la verdad, me hice optimista, procuré vivir lo mejor posible sin tomar pena por nada. ¡Que bajan los cambios!..., bueno ¡Que suben!..., bueno

Se hunde el firmamento..., mejor, eso debe ser entretenido; soy rearchifelicísimo ultraoptimista:

Me llaman sinvergüenza, mal educado, desnaturalizado, golfo... yo me río de todo y de todos. ¿Qué ocurrirá? bueno, malo, ya lo veremos...

—Pero aunque á usted no le apure lo que sucede, sucedió ó sucederá, ¿no le amargaré la vida la idea de la muerte? ¿Porque usted no me negará que tarde ó temprano cesará de vivir, lo encerrarán en un cajón y lo meterán entre tierra?...

Garrucheta me miró sonriente, enseñando sus dientes amarillos.

—¡Claro que niego! Hasta ahora, que se sepa, todos han muerto, es ley inexorable, pero yo puedo ser una excepción de esta regla, esto que parece broma es una cosa cierta, soy inmortal por mi voluntad, los hay muertos en vida, yo seguiré viviendo después de muerto, poco á poco me he ido acostumbrando á la idea de no morir; como mi muerte, de ocurrir, será un acontecimiento del que no me enteraré, niego que pueda llegar el caso, porque todo lo que yo no vea, sienta ó conozca, no existe para mí; además, me he aferrado en mi idea, soy inmortal, usted vivirá desgraciado pensando que se acerca la muerte, yo vivo feliz el presente, porque el pasado no existe, es una comedia tonta, y el porvenir descansa en el regazo de los dioses que me dieron esta facultad hermosa de vivir indefinidamente para ver como muere el Sol y quedamos á obscuras en este planeta lleno de cadáveres insepultos.

Garrocheta era muy nervioso, y en momentos críticos, tenía pensamientos lucidos, ideas salvadoras.

Por entonces vino á Madrid un japonés, profesor de jiu jütus.

Se exhibía en el circo, luchaba con quien se presentaba y á todos vencía, era un prodigio de fuerza y agilidad, los más hábiles y forzudos lo reconocían.

Una noche fuimos á verlo y quedamos maravillados. Garrocheta me manifestó su decisión de luchar con el japonés. A quien le venciera se le daría en el acto mil pesetas, en la lucha se permitía todas las mañas y se prohibía únicamente los golpes en el cuerpo, la cabeza y el vientre. Mi amigo era hercúleo, pero estaba mal alimentado.

Pasó tres días entrenándose, ejercitándose, adquiriendo flexibilidad en los músculos. Los vecinos se quejaron al casero, los tabiques temblaban, el piso oscilaba, parecía que el loco de la guardilla hacía juegos malabares con los muebles.

Por fin llegó la noche de la prueba, noche de moda, el circo estaba lleno y brillante: Garrocheta sentado á mi lado en delantera de anfiteatro, chupaba una horrible tagarnina impaciente porque llegase el número del japonés. De cuando en cuando se palpaba los brazos y las piernas como para ver si todo estaba en su sitio y bien arreglado.

Cuando apareció Kasu y se anunció la lucha, Garrocheta se levantó de un salto, y rápidamente bajó á la pista. Su presencia produjo hilaridad general, era una figura grotesca al lado del minúsculo japonés. El vascongado saludó al público á la manera que hacen los de los circos, esto aumentó la risa, el japonés reía también,

luego se despojó de la chaqueta y la camisa, y entonces se descubrieron sus pantalones viejos y remendados por muchos sitios... De pronto cesaron las risas, la lucha había empezado. Estuvieron un rato tanteándose, luego se abrazaron, se desasieron y volvieron abrazarse, hasta que cayeron al suelo. Garrocheta estaba encima de Kasu, y le apretaba contra el suelo, Kasu se sonreía, de pronto se safó del vasco y se puso en pie, la gente aplaudía, la lucha volvió á empezar, pero esta vez Garrocheta llevaba la peor parte. Kasu le había abrazado fuertemente, y mi amigo chillaba y hacía gestos, sus piernas se doblaron, pero no cayó, su brazo izquierdo rodeó el cuello del japonés, que rodó como una masa. Garrocheta se levantó y le puso el pie sobre el vientre gritando ¡vencido!

Mi amigo se vistió tranquilamente y pidió que le dieran las mil pesetas, mientras tanto el japonés se retiraba lívido vomitando, la gente reía y aplaudía, hubo un poquito de escándalo, pataleo y silbido; por fin mi amigo cobró.

Al día siguiente, Garrocheta me contaba los pormenores de la lucha.

—Cuando me abrazó por segunda vez el japonés mascullaba palabras... yo por si acaso dije, ¡y yo en la tuya!, de pronto empezó á hacerme cosquillas, yo me revolvía y gritaba.

Figúrese usted el efecto que á mí me harían

las cosquillas siendo como soy tan nervioso, me hubiera vencido á no ser porque le metí los dedos en la boca, y él mordió pero yo introduje los dedos farinje adentro y empecé allí á moverlos lo que pude.

A Kasule debieron dar náuseas horribles, perdió la fuerza y casi el sentido, yo me aproveché y le tiré al suelo poniéndole la pierna encima.

Levantaron al japonés que empezó á vomitar y cuando yo me fuí del circo echaba por la boca una cosa amarilla que creo que sería la papilla que le dieron á su abuelo.

Garrocheta se mandó hacer una chistera de felpa gris con alas planas (moda del año 25) y se compró una pipa de madera que sustituyera á la quemada cachimba que usaba; fueron sus únicos gastos.

Habían pasado quince ó veinte días desde la lucha con el japonés, cuando con la natural sorpresa me ví citado para un juicio de faltas en el juzgado municipal, me quedé asombrado con la cita, pues no recordaba haber faltado á nada ni á nadie.

En el juzgado se me acusó de un grave escándalo en la calle de Alcalá y lesiones á una portera.

Yo negué los hechos, y la portera querellante y el guardia testigo, estuvieron conmigo en que no era yo el citado escandalizador.

Tres días después le contaba á Garroche-

ta el suceso y mi amigo se reía á más no poder.

—Verá usted, yo como llovía, me había guarecido en un portal de la calle de Alcalá que tiene exposición de retratos. Pasaron dos horas y la portera, juzgando que ya me había empapado bien de las fotografías expuestas, quiso echarme á la calle, llovía á cantaros, porfiarnos, yo me incomodé y le sacudí cuatro puñetazos en la cara que se la puse hecha una masa blanda y sin forma, después rompí una vidriera, tras la que estaba la fotografía (tamaño natural) de un señor de uniforme, de barba blanca y que me era antipático sin saber por qué, luego vino un municipal que puso paz é intentó conducirme á la delegación, la portera se negó á ir detenida por no poder abandonar la portería y yo no quería ir solo, el guardia tomó el nombre de la portera y me pidió una tarjeta. No he tenido nunca tarjetas, llevo en el bolsillo las que me dan por ahí, saqué la cartera y entregué el primer pedazo de cartulina que encontré.

Resultó ser una tarjeta de usted...

Mi amigo algunas veces tenía dinero, para ello se valía de medios desconocidos por mí, á procedimientos misteriosos, *combinas*. Cuando se sentía alegre y rico hacía extraordinarios, pequeñas juergas silenciosas, iba al teatro, compraba libros, sustituía prendas de indumentaria, comía en alguna taberna.

Cierta vez quiso asomarse al gran mundo.

Se compró botas nuevas y cuellos planchados... se afeitó; una noche cenó en Lardy, después se compró un puro caro y se fué al Teatro Real. Garrocheta tenía la borrachera del gastar: á los hombres metódicos en todo y económicos en su dinero, á veces les entra, hartos de contenerse, deseos locos, derrochadores; por eso se ve jugar á los usureros, deshacer en un momento fortunas que les costó años formar.

Garrocheta compró una localidad de butaca, quería ver una ópera de cerca.

Era día de gala. Sus Majestades habían ido al teatro. Adelantó con paso seguro por el *foyer* como hombre acostumbrado á pisarlo todos los días; la copiosa comida y el puro, le tenían en una soñolencia agradable, lo veía todo de color de rosa, y sonreía con protección á porteros y señorones.

Al ir á entrar en el patio de butacas, un acomodador le detuvo.

—Caballero, acaso usted se ha equivocado.

—No, señor, tengo mi butaca...

—Si, pero hay que venir vestido...

—Yo no vengo desnudo...

Garrocheta llevaba un chaquet ridículo, unos pantalones desfilochados, bufanda de lana, guantes de punto y un gorro de astracán que le

daba aspecto de domador de fieras ó prestidijitador de plazuela.

El acomodador porfiaba, en no permitirle la entrada. Terció en la disputa un teniente de Orden público.

—Mire usted, caballero, usted está en su derecho..., ahora que es costumbre... asistir de frac, levita ó uniforme... yo le ruego á usted...

—La autoridad no debe rogar, debe ordenar, para eso es autoridad. Yo he comprado mi localidad y tengo derecho á ocuparla; en el cartel ni en el Reglamento de espectáculos dice nada de los trajes que han de llevar los espectadores. Yo vengo aquí á ver y oír, no á que me vean, vístanse elegantes los que quieran lucir sus trajes, adórnense los cómicos ya que ese es su oficio ¡pero los espectadores!...

Se hizo corro, vino el representante de la empresa y ofrecía devolver el importe de la butaca; pero Garrocheta era testarudo y porfiaba con todos; varios abonados se pusieron de su parte, esto impidió al teniente llevárselo detenido...

Por fin entró tropezando con todos y sin disculparse con nadie.

Ocupó su butaca y empezó la ópera.

Durante el entreacto todos los gemelos se posaron en su alta gorra de astracán, algunos dijeron en broma que era el embajador de Persia..., otros que lo contemplaron cerca, rieron.

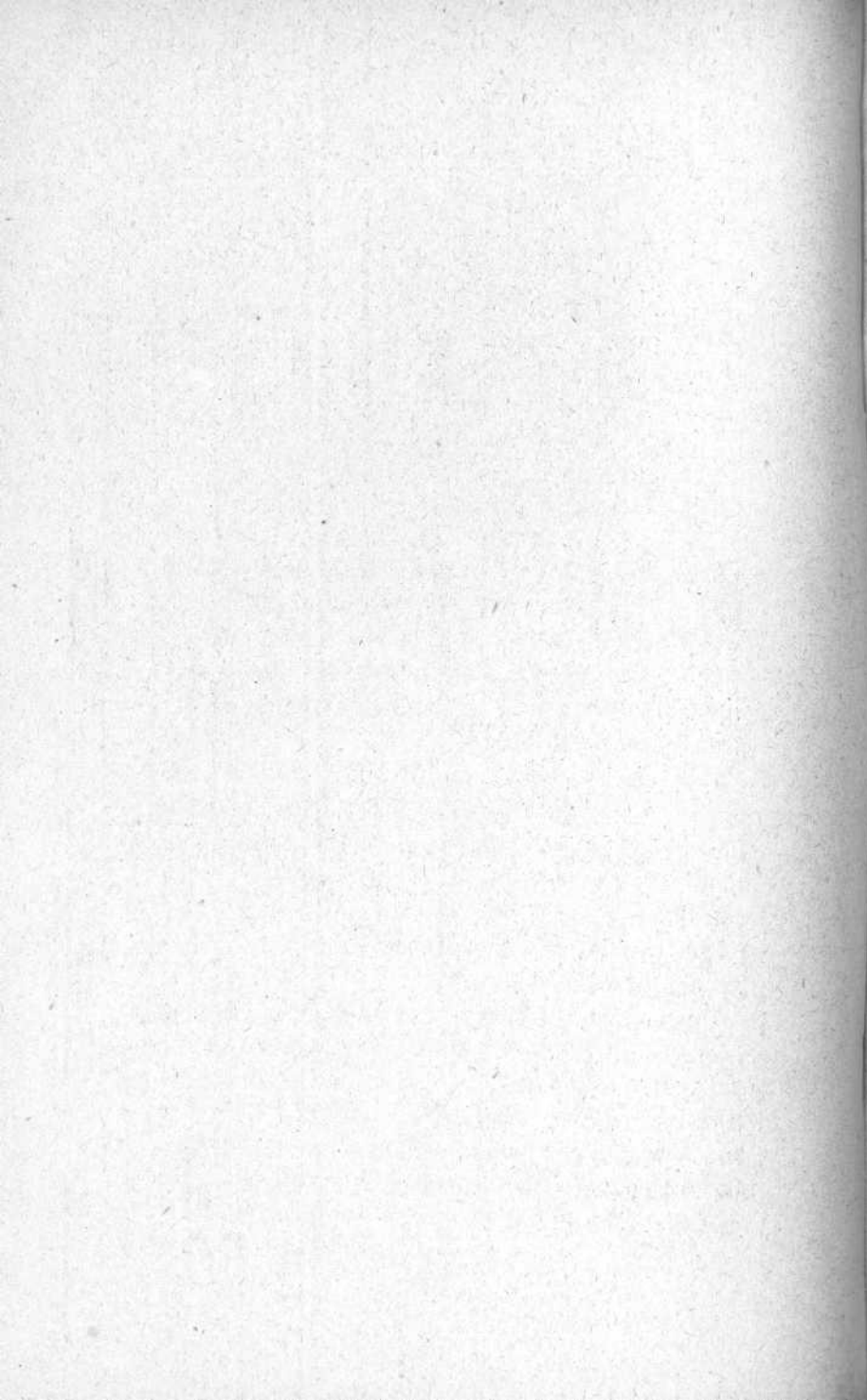
Garrocheta se sentía grande, llamar la atención era para él (que siempre pasó desapercibido) una cosa grata, serio miraba á unos y otros, cuando observó que los gemelos del palco regio se posaban en su persona, el rubor del triunfo coloreó sus mejillas, se levantó y saludó con la mano á las Reales personas... Algunos señoritos se retorcían de risa en los pasillos. Garrocheta también se reía; se reía por dentro de lo que hace reir el que no lleve chistera un hombre que está entre otros que la llevan...

Durante la representación, los cantantes tenían que contenerse para no reir, á los gestos de inteligencia y aprobación de Garrocheta que movía los brazos de un lado á otro llevando el compás... y así pasó la ópera.

Garrocheta quedó encantado de este viaje al gran mundo, pero le asustó lo caro que resultaba el darse pisto, comer bien, fumar tabaco de la Habana y oír buena música.

Era famoso Garrocheta. Un día desapareció, unos me dijeron que se había ido á América, otros que si no teniendo medios de vivir se contrató de cómico ó titiritero, ó que si andaba metido en eso de la trata de blancas.

Lo cierto es que desapareció y nadie ha sabido de él; acaso esté en esa región desconocida donde todos iremos. Yo desde aquí le saludo y le cito para dentro de mil años.





LA MADRE



EL matrimonio González era feliz. Vivían en un cuartito minúsculo, limpio, alegre, oreado, cerca de la Moncloa.

Él, además de la oficina del Estado, tenía unos cuantos empleos, casas de banca, tiendas, *llevaba los libros*.

Reunían al mes unos treinta duros, vivían con economías y hasta ahorraban. El pasaba el día trabajando en sus múltiples ocupaciones. Ella cocinaba, lavaba la ropa, fregaba, arreglaba la casa y se sentía feliz cuando volvía su marido y encontraba la casa limpia, ordenada y á su mujer peinada, sonriente.

Los González eran señoritos pobres, algunas veces se permitían pequeñas extralimitaciones del presupuesto, iban al cine ó compraban postres..., pero esto no ocurría más que una vez al año. Otras veces iban de visitas. Tenían extensas relaciones; los González, los Martínez, los

Sánchez, los compañeros de oficina, que llevaban una vida misérrima, de pobres de corbata, todas las visitas eran de la clase media, ese enjendro de la revolución francesa, que mejor llamáramos clase media poniendo la *i* entre la *m* y la *e* y anteponiendo á la *d* una *r*.

El matrimonio, aparte de las escaseces sin consignación, sentían anhelo, un deseo, un proyecto tener hijos, la mujer soñaba con un niño de melena rubia, ensortijado, ojos azules, carnes de rosa, y el marido que tenía también ganas de pequeñín, se entristecía cuando su mujer le hablaba de las gracias del futuro alborotador de la casa. Algunas veces en la calle ó en paseo sentía la mujer una sombra en su alma, la envidia corroía sus entrañas á la vista de una madre, rodeada de retoños, de buena gana hubiera robado un niño, vinieron los disgustos sin motivo, el matrimonio lloraba, le ensombrecía su esterilidad.

Los amigos les consolaban, envidiando su infecundidad por aquello de que todos desean lo que no poseen; sobre todo, Gutiérrez, un fálico oficial 5.º, que tenía seis demonios en forma de criaturas que entre romper, destrozar, comer y asustar gatos, hacían á los Gutiérrez la vida intranquila.

La esposa de González en su manía maternal había hecho una envoltura completa, llena

de cintas y lazos, porque el futuro sería niño.

Pasaron los años y los González siguieron esperando inútilmente; hicieron novenas, trisagios, gozos, rosarios y gastaron pesetas en cera para que se lograra su deseo; consultaron especialidades médicas, comadronas..., hasta que en el cielo, aburridos de tanto rogar, debieron acordar conceder la gracia.

Un día al volver de la oficina se encontró González á su mujer emperregilada con el traje de boda; entre lágrimas de alegría, le dijo que estaba embarazada...

Desde entonces la vida fué distinta; la futura madre tuvo *antojos*, caprichos inverosímiles, comió carbón y yeso, dieron paseos kilométricos por las afueras...

Por fin parió, pero no un niño rubio, sino un pedazo de carne azulada; un nene raquíptico, enteco, hijo del esfuerzo; claro que con tantos garbanzos como la madre comió en su vida, no podía haber salido ninguna preciosidad. A los padres les pareció un encanto; los vecinos y las visitas convinieron en que el niño era muy guapo y se parecía á la mar de gente. Realmente la criatura era un adefesio, flaco, sin vida, una especie de lombriz humana ó solitaria gruesa.

La madre no pudo criarlo porque no tenía leche; éste fué un grave contratiempo, el padre pen-

só por qué razón los hombres no tendrían jugo alimenticio en las mamas para nutrir á los pequeñuelos cuando las madres no pueden hacerlo.

Como una nodriza no estaba al alcance de su pecunia, le dieron biberón.

Pasó la madre el día con el hijo en sus brazos, mirándole como un niño mira un juguete mucho tiempo deseado.

Las noches antes tan tranquilas, fueron ahora empledas por los esposos, en largos paseos por la alcoba y en monótonas canciones. Cuando por la mañana se levantaban del lecho, estaban más fatigados que al acostarse.

El pobre angelito pasaba el tiempo llorando, sus padres cantando, y aquella casa antes tan silenciosa, se tornó en un bullicio; los quehaceres domésticos se descuidaron, y González faltó algunas veces á la oficina.

Gutiérrez, el prolífico oficial 5.º, les decía cuando los veía:

—¿Qué encanto es esto de los hijos?... ¿Ya estarán ustedes conformes?... ¡Peste de criaturas! El Estado se debía encargar de criarlos y educarlos, ó bien dar sueldos y categorías, no por méritos ó escalafones, sino por los hijos que se tuvieran; yo debía cobrar más que el Ministro, que es soltero, y se gasta los cuartos con cuatro pelenduzcas sinvergüenzas.

—¡Sí, el Estado editor y nosotros autores!...

¡El Estado criando y educando y nosotros haciendo! Tiene gracia.

A pesar de los cuidados, el niño dejó de dar guerra, se murió; una noche trágica inclinó su cabecita y se volvió al cielo.

Los esposos se desconsolaron. Gastaron sus últimas pesetas en entierro lujoso y mausoleo de mármol.

Los domingos iban al Este y pasaban el día allí con su niño, limpiando la sepultura, cuidando un minúsculo jardín, volvían á casa de noche fatigados de la caminata, con la memoria repleta de epitafios, aburridos, tristes, cansados de llorar y ver tristezas y entierros.

Un día de sol, el marido se opuso á la visita fúnebre.

—No vamos más al cementerio, nuestro hijo debe haberse podrido ya, es una visita inútil; nuestro Manolito estará en el cielo ó en el aire, ó dentro del vientre de otra mujer en cinta ó quién sabe si volviera á encarnar en tí..., todo esto son imaginaciones. No sabemos donde está, al morir desapareció como han desaparecido todos los que nos precedieron en el vivir... No hay que desconsolarse eternamente por lo inmutable, lo que no tiene remedio debe aceptarse sin llorar, ya que de nosotros no depende. Quién sabe si acaso esta muerte temprana le haya convenido más que la vida azarosa que le

esperaba, el eterno trabajo que nunca terminamos, el tejer la tela invisible de nuestra vida sombría, hemos visto la tristeza que causa perderlos; hagamos lo que los jugadores heróicos, no busquemos el desquite...

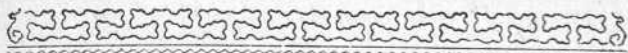
La mujer de González se tornó desde aquél día más pensativa y huraña.

Un día se fugó del domicilio conyugal, en unión de un titiritero; un hércules de circo, guapo. Animal, padre de muchas criaturas. González quedó desconcertado.

Gutiérrez pensó filosóficamente.

—Las mujeres son arcanos.





EL HÉROE

Mi héroe se llamó D. Antonio Suci y García del Olmo, Capitán de Navío de 1.^a clase, Caballero de la Real y distinguida orden de Carlos III, Comendador de Santiago, Cruces de 1.^a clase de los Méritos Naval y Militar, San Fernando, María Cristina, Cristo de Portugal, la Anunciata de Italia, Caballero de la Legión de honor, Medallas de la guerra civil, Cuba y Filipinas, el Pacífico Méjico...

Don Antonio fué hombre alto, fornido, huesoso, de mirada torva y hablar áspero, lleno de brusquedades y malos genios, pasó la vida rabiando...

Un solitario, sin familia, que recorrió el mundo luchando por la patria, por el honor... su cuerpo estaba lleno de cicatrices viejas, el alma de entusiasmos patrióticos.

Cuando la Gloriosa, D. Antonio fué de los que se sublevaron y no reconocieron después al nuevo régimen, que en venganza le desposeyó de su empleo. El héroe era orgulloso y nunca

se había rendido. Fué á su pueblo á vivir de los restos de una heredad; acostumbrado á mandar, su estado civil no le gustó, reñía con todos, y no pudiendo estar entre sus paisanos, vino á Madrid.

Poco á poco se fué comiendo las tierras y campos hasta quedar en la indigencia; entonces el indomable intentó trabajar inútilmente, era viejo, estaba lleno de achaques, sabía mandar buques y batirse, pero ignoraba la vida ofinesca, silenciosa y ratonil.

Un antiguo compañero logró, tras muchos esfuerzos, rehabilitarlo en míseras condiciones, postergado, sometido á los que fueron sus subordinados; aquello duró poco. Pidió el retiro, fué pasivo, tuvo retenciones y se conformó á vivir con un sueldo irrisorio, haciendo equilibrios para estirar los veinticinco duros que al mes percibía. Don Antonio era rico á pesar de sus miserias; seguía mirando á todos con altivez despreciando á los vencidos é irguiéndose sobre sus botas rotas.

Una noche D. Antonio se retiró tarde á su *camarote*; era el tal una alcoba interior del 3.º izquierda de la casa núm. 15 de la calle de San Dimas, su pupiiera, doña Consolación, le oyó hablar sólo mientras recorría el largo pasillo. La luz del día espumaba los objetos.

El héroe se metió en la cama y suspiró. Aque-

lla noche había ocurrido una cosa estupenda. Don Antonio estaba en el Casino jugando su partida de ajedrez, súbito apareció ante él una cara conocida, Paquito Valle, un compañero de antaño, se abrazaron y hablaron largo; Paquito había subido, era Contralmirante, rico, admirado...

Valle comprendió enseguida la triste vida de su amigo y le ofreció dinero; el héroe rehusó con altivez, no tenía ninguna trampa, llevaba sus harapos con dignidad. Luego se separaron, D. Antonio notó que su amigo le había metido en el bolsillo un puñado de billetes de banco. Esto le sublevó, metió el dinero en un sobre y se prometió devolverlo al siguiente día. Dieron las once, D. Antonio se propuso retirarse á su casa; antes de hacerlo, pasó por la sala de juego, era para él un placer ver jugar, ver luchar el azar, la suerte, los cálculos felices, las testarudeces, las valentías para hacerse rico ó arruinarse...

El héroe había sido en sus tiempos muy aficionado á verlas venir, recordaba como un sueño aquellas partidas de monte en la batería de la *Resolución*, las timbas de los campamentos... D. Antonio era conocido de los jugadores, nunca exponía una peseta pero presenciaba el juego horas y horas; era el eterno espectador que sonríe á los gananciosos y consuela á los

desesperados. Cuando llegó á la sala, la partida estaba animadísima. De pronto se le ocurrió algo atrevido, fué una de aquellas ideas espontáneas que cruzaron su mente en las batallas; todos tenemos manías, costumbres y supersticiones, D. Antonio siempre siguió estos impulsos creyendo los avisos del cielo...

Sacó el sobre del dinero y echó un billete á la mesa, ganó, y con ello siguió jugando. La fortuna le favoreció; D. Antonio, jugaba locamente y el dinero se amontonaba ante él; los puntos le miraban asombrados, él sonreía como lo había hecho en sus tiempos, el triunfo le embargaba su alma de deleite y satisfacción; el dinero nada le importaba, estaba acostumbrado á derrocharlo, y aunque padecía pobreza, no por eso amaba la riqueza.

Pasaron los minutos y las horas. La suerte buena se tornó mala. Cuando cesó el juego, don Antonio había perdido todo el dinero que le dió Paquito Valle y todo el que le dejaron en la caja del casino, en total unos doce mil reales.

Cuando el héroe se encontró acostado, empezó á juzgar friamente su locura, era insolvente no había manera de pagar las trampas.

Su vida sosa, sin entusiasmos ni proyectos, vida pasiva sin objeto, se vería en adelante amargado por los que sonriesen de su derrota...

Súbito apareció en su mente la solución que

dan los héroes á los asuntos insolubles. El *suicidio*... antes el honor que la vida vergonzosa amargada por trampas impagables.

Proyectó arreglar al día siguiente sus asuntos, escribir sus cartas póstumas, y, después, levantarse la tapa de los sesos en un banco del Retiro.

Se empapó de recuerdos lejanos, se veía al-
tivo y señor paseando por el puente, envuelto
en su casaca, luciendo galones y arrastrando
sable... El humo y estrépito de la artillería, po-
blaba el espacio..., por entre los celajes blancos
ondeaba la bandera con majestuosidad de seño-
ra del mundo y los combates..., y así se durmió
soñando grandezas y no volvió á despertar.

La muerte del héroe fué un enigma para to-
dos, unos trozos de cartulina policroma, mata-
ron al triunfante de balas, sablazos y cuchil-
ladas.





EL BUENO DE DON SEBASTIAN

EL pueblo estaba en el Norte recostado en una ladera del Cantábrico, á su frente se extendía el mar azul. Había cerca del villorio una fábrica inmensa donde trabajaban muchos hombres. D. Sebastian estaba empleado en la fábrica, era un escribiente viejo, de cuerpo enjuto y chiquitín, muy cuidadoso en el vestir sus chaquets prehistóricos.

El buen viejo era la actividad andando, el primero que entraba y el último que salía.

Estaba casado con una mujer también bajita y regordeta, ordenada y económica; de aquella unión salieron siete chicos, que eran siete terremotos, siempre tenía don Sebastian y consorte que andar á palos con las criaturas, unas veces para que cesasen de meter ruido y dar guerra, otras para que no pidieran más pan, porque el matrimonio pasaban sus apurillos para estirar los quince duros que á don Sebastian le daban todos los meses en la fábrica.

A pesar de todas estas miserias y ahogos don Sebastian no era socialista, tenía sus *teorías* y cuando había algún meting ó se susurraba algo de huelga ya estaba el bueno del hombre calmando ánimos y pronunciando discursos anti-societarios.

Sois, les decía á los obreros, unos equivocados, no debéis arrastrar á la huelga á nadie, el que quiera trabajar que trabaje, será porque le convendrá, si á vosotros no os conviene dejarlo; pero no arrastréis á nadie, si ocurre una desgracia, vuestra conciencia perderá la tranquilidad, aparte de esto, la huelga no resuelve nada, todo en este mundo se consigue trabajando; no trabajar para conseguir una cosa es una doctrina negativa, la vagancia es la madre de todos los vicios, prima hermana de la gandulería, vivir como queráis y dejar vivir á los demás como viven, los hombres fuertes no necesitan de la unión para conseguir sus victorias, es su poderosa voluntad ayudada de su fría y calculadora razón, la que les da el triunfo, ser fuertes y marchar solos detrás de vuestro ideal... Los obreros le escuchaban fingiendo gran atención; pero burlándose de él y de sus teorías sin que nunca en sus abucheos, dejaran que fueran por él notados, le oían como se oye el rumor de la lluvia que azota en los cristales, otras veces tosían y bostezaban con socarrone-

ría. Donde más *explanaba* sus *teorías* era en la *academia*. La academia eran unas clases nocturnas para adultos, D. Sebastian era profesor de teneduría de libros y cálculos mercantiles, profesorado que le quitaba algunas horas de sueño y no le producía más beneficio que la satisfacción que tenía de hacer bien.

Después de la clase, se metía el bueno del profesor en unas honduras sociológicas de las que no sabía cómo salir; pero los alumnos poco á poco se iban escurriendo y algunos días antes de acabar su discurso se encontraba solo.

Una vez un descomunal martillo pilón, pulverizó, á un infeliz obrero, la noticia corrió veloz, como corriente eléctrica; D. Sebastian, fué uno de sus principales conductores, esto le valió severa reprensión de los jefes, un ingeniero joven, le afeó su conducta delante de un grupo de obreros, D. Sebastian que nunca había sido reprendido, aguantó humilde la chillería, sorbiendo amargamente las lágrimas como colegial castigado injustamente.

Al día siguiente fué *día de cobro*, D. Sebastian tuvo una idea, cogió un huérfano del infeliz aplastado y le puso un cartel que decía: «Una limosnita para enterrar á mi padre, que Dios se lo pagará», con el chiquillo y una bandeja recorrió todos los talleres D. Sebastian, había en sus mocedades escrito un drama román-

tico, y era muy aficionado á estos golpes de efecto, no obstante nadie se rió, alguien dijo que debía hacerse una lista de donativos, pero D. Sebastian se opuso, cada cual daría lo que quisiera, y aquello sería algo del alma, el amor propio se dejaba á un lado.

El chiquillo fué lentamente recorriendo los talleres, aquí lo cogían, allí lo besaban y más de un hombre de aquellos de acero sintió que las lágrimas venían á sus ojos con el recuerdo del compañero muerto. Todos los obreros dieron algo, la bandeja se llenó de monedas de cobre y plata, entre las que salían tres billetes de cinco duros, que nadie supo quien había echado. Acabada la cuestación se hizo el recuento, y se nombró una comisión presidida por D. Sebastian, esta comisión era la que administraría aquellas limosnas.

D. Sebastian seguido de la Comisión fué á ver á los ingenieros y á los dueños para que *dieran algo*, pero no tuvieron el gusto de ser recibidos.

Al día siguiente fué el entierro, y aun quedaron bastantes pesetas que entregar á la viuda, ésta besaba las manos de D. Sebastian, mientras los obreros le daban vivas estruendosos.

Estalló la huelga, una huelga de protesta contra los amos por no haber dado nada, pero esta anomalía duró poco, todos volvieron al traba-

jo menos D. Sebastian que fué despedido por revoltoso.

Voces de viboras empezaron á decir que don Sebastian habia hecho un buen negocio administrando las limosnas; los obreros desconfiaron de él, y el bueno, el magnánimo, el filántropo D. Sebastian queda solo, aislado; nadie le consoló, todos le huyeron. Quedó anonadado; en su hábito del trabajo no sabia á donde ir. Una tarde, en uno de aquellas paseos á que se entregaba, llegó hasta la punta del faro. El farero, leía sentado en la hierba, sus hijos jugaban en la huerta, hasta allí llegaban los rumores de sus risas. D. Sebastian saludó al farero y se sentó. Desde allí se veía el pueblo á vista de pájaro, con sus tejados encarnados y su torre chata, más allá la mancha oscura plumiza de la fábrica con su gran chimenea que vomitaba humo lentamente y sus neblinas de vapor, después los campos verdes, tranquilos, sembrados de maizales que rizaba el viento, de pronto la tierra estaba cortada por abruptos escarpados; rocas cortadas á pico, sobre el verde de los campos contrastaba el color obscuro de las rocas que limitaban la tierra como gigantesca trencilla, luego el mar inmenso de un color azul que en el infinito parecia fundirse con el cielo, un vapor pasaba al largo por el horizonte, era un punto seguido de una estela de humo negro.

El silencio se veía turbado por el bramar del mar, el piar de los pájaros, las risas lejanas de los niños y el rumor del viento al pasar por entre la enramada.

El farero, de pronto, cerró el libro y se encarró con D. Sebastian.

—Qué hay por allá abajo... se arregló eso de la huelga; pero usted se ha quedado en la calle, esto no es justo.

—Pche...

--Usted debía caldear los ánimos, producir una huelga general; para esto no tenía más que probar su inocencia, destruir la calumnia, y esto le será fácil.

—Nada intento señor, lo que ha ocurrido es una cosa lógica. Yo sentiría que por mí hubiese estallado la huelga; los obreros creen que yo no soy justo, que les he engañado; no seré yo quien intente sacarlos de su error, á cada cual debe dejársele seguir su idea. Usted, por ejemplo, es un ateo de marca, no va por la iglesia nunca, y yo, que soy buen católico, no procuro convencerle en su error, á cada cual lo suyo. Yo jamás intento imponer mis juicios.

—Pero su honor de usted está en entre dicho.

—El honor es solamente la opinión pública, y eso me importa poco, mi conciencia está tranquila, mi familia, *los míos*, saben que soy honrado, lo demás me importa un ardite, yo traba-

jaré, y algún día volveré rehabilitado; las cosas se consiguen trabajando no holgando, ya sabe usted mi *idea*.

—¡Pero piensa usted irse del pueblo!

—En el primer vapor de emigrantes que pase por Pasajes. Voy al Brasil, allí nos espera un clima infecto, lleno de miasmas y enfermedades, pero una tierra virgen que cultivaré yo y los *míos*; pienso fundar una colonia agrícola, se regalan terrenos á quien los cultive y yo voy á cultivarlos; mi gran error fué ser escribiente; si á mí no me hubieren enseñado á leer y escribir, hubiera aprendido un oficio manual, sería uno de esos obreros sin instrucción, pero que comen todos los días y viven felices en la ignorancia. Porque crea usted que cuanto más ciencia, menos felicidad; en la ignorancia reside la felicidad; un hombre que ignorará el fin cercano é inevitable que todo lo humano tiene, sería **más** feliz que quien supiera todo los dolores que el porvenir guardaba para él.

Cuando vuelva, si vuelvo, ó vuelve alguno de los *míos*, volverá hecho un ricachón, todo esto lo habremos conseguido solos, pues si los hombres se ayudan y agrupan en sociedades, no es por filantropía, sino por egoísmo; la defensa colectiva es hija de la debilidad, y si no existe la propia, si cada hombre no se hace su casa y se cultiva su campo y trabaja para los

suyos solo, es porque los hombres son unos cobardes.

Los valientes vamos solos; yo dí mi sueldo entero para la familia del infeliz aplastado, hoy no se ha comido en mi casa, no obstante á nadie pido nada, confío en mí solo, y como soy cristiano, confío en Dios...

Atardecía, las voces de los niños y los pájaros seguían oyéndose á lo lejos mezcladas con el rumor del mar, el vapor que pasaba al largo desapareció en un repliegue del horizonte, el mar bramabaruidoso.





VITÆ NATURÆ

DEOGRACIAS era joven, católico, casto, bueno. Allá en su pueblo, fué monaguillo. Luego entró en un colegio de jesuitas á estudiar el grado de bachiller. Deogracias era humilde, caritativo, alma blanca. Pensó entrar en la Compañía de Jesús, ir á evangelizar China ú otra tierra lejana, donde encontrar el martirio..., pero las cosas ocurrieron de muy distinta manera. Salió del colegio por la muerte de su padre. Entonces pensó hacerse cura, pero ésta es la carrera más larga y costosa de todas. Volvió al convento, y le admitieron como novicio. Para probarle, fué á un pueblo de Navarra. Allí en vez de estudiar, le destinaron al servicio doméstico. Pasó tres años barriendo salas y fregando platos. Luego le pusieron á estudiar, y por fin le expulsaron definitivamente de la Compañía. Era tarde para él el estudio.

Deogracias no tenía familia ni hacienda. Vino á Madrid, como podía haber ido á otra parte, en busca del pan. A poco se acabaron sus peculios,

y empezó para él la vida de vagabundo ciudadano. Durmió en los quicios de las puertas, en las cuevas de los desmontes, mezclado con golfos, á los que procuró explicar el evangelio. Todos se rieron de su santidad..., se mofaron de sus creencias, y él aguantó los reproches y chirigoteos, con humildad, rayana en estoicismo. En lugar de buscar trabajo en talleres y oficinas, pasaba el día en las iglesias. Oía misas y sermones, novenas y jubileos. Le extasiaban las iglesias de Madrid, tan grandes, con tantos dorados, músicas y luminarias, Rezaba fervorosamente y se confesaba dos veces á la semana. Era un santo, pero se moría de hambre. Intentó mendigar y no pudo.

Un cura párroco compadecido, le proporcionó un destino misérrimo, escribiente de la parroquia; á la vez actuaba de sacristán, limpiaba la iglesia y ayudaba á voltear las campanas, (1) su carácter bondadoso á todo se avenía, pensaba pasar su vida de cualquier modo, haciendo méritos para ganar el cielo.

Deogracias era guapo, tenía la hermosura de la pureza, no había conocido mujer, era un niño de veinticuatro años, á veces la carne se sublevaba, pero él, la ahogaba en oraciones y mor-

(1) Todo por seis duros al mes.

tificaciones; siguiendo el ejemplo que había leído en las vidas de santos... Así pasó un año.

Por la sacristía iban muchas personas; á todas servía Deogracias, con todas tenía la amabilidad de los ángeles. Una vez, una *marquesa* quiso llevárselo de secretario particular, el rehusó, estaba bien en la parroquia, se sentía feliz. Entre los pobres se denominan *marqueses* á los señores elegantes, asociados para fines católicos ó caritativos, tengan ó no títulos nobiliarios.

Desde entonces la solicitud de la *marquesa* aumentó diariamente, le enviaba ropa, dinero y comida. Deogracias tomaba lo imprescindible, y lo demás lo daba á los pobres, pero la *marquesa* no cesó en sus amabilidades y deseos de tenerlo á su servicio, influyó en el ánimo del párroco y consiguió que el cura le mandase á el bueno del escribiente, abandonar su archivo y entrar al servicio de doña Julia, que así se llamaba la dama.

Deogracias obedeció con pena. Su nueva casa era un palacio antiguo, le destinaron un cuarto grande, limpio, principesco, le hicieron ropa negra, todos los días iba el barbero á afeitarle; el trabajo fué escaso, llevar las cuentas de la señora, contestar las cartas, sacar á los niños de paseo, casi nada, sus ocios fueron grandes y el los aprovechó en rezar y estudiar, pensaba aún hacerse cura, retirarse á una aldea, y cultivar su

jardín; las flores era su único amor terreno, llenó su balcón de tiestos, y en sus horas melancólicas compuso versos á sus rosas, porque Deogracias era poeta, un vate místico de gran inspiración, esclavo del metro y sonido, ahora, que en su gran modestia ocultaba sus romances como pecados.

Doña Julia era una señora joven, rubia, alta, apetitoso elegante, estaba casada con un señor que vivía de noche y dormía de día, tenían dos hijos, unos niños antojadizos, raquíticos, enfermizos, de piernas larguiruchas y pálidos colores.

El matrimonio estaba separado, había un convenio tácito, se guardaban las apariencias, el andaba siempre preocupado con su casino, sus automóviles caballos, cazas, bailarinas, borracheras y juegos; ella empleaba su tiempo en visitas, obras de caridad, novenas, teatros, compras y flirteos.

Al mes Deogracias se había transformado, la buena alimentación, holganza y vida sosegada, le hicieron engordar, se desencanijó, adquirió hábitos de limpieza, y se convirtió en un guapo mozo, envidia de las cocineras, nodrizas y doncellas de la vecindad, llegó á ser en la casa un hombre de confianza.

Una mañana lo llamó la señora.

Doña Julia estaba en su gabinete, echada en

un diván, envuelta en una bata de seda, un kimono polieromo que dejaba ver su escote sonrosado, los brazos desnudos, el nacimiento de las pantorrillas, vestidas con medias de seda caladas, sus pies diminutos que juzgaban con microscópicos chinelos, su boca roja, en la que bailoteaba un cigarrillo.

Deogracias no miró nada de esto, acostumbrado como estaba á ser recibido por su ama, casi siempre medio desnuda en sus habitaciones.

Doña Julia le recibió amable, le hizo sentar, le dictó algunas cartas, le preguntó algunos pormenores de la casa y por fin á boca de jarro le soltó esta andanada.

—¿Usted no ha amado nunca á ninguna mujer?.....

Deogracias se puso colorado, sintió un nudo que le ahogaba, hubo un rato de angustioso silencio, Doña Julia le miraba fijamente entre los espirales de su cigarro.

—Conteste usted....., bien sabe que yo le tengo en estima y puede hablar ante mí como si fuese su madre ó su hermana.....

— No señora, nunca; gracias á Dios me conservo puro, lo mismo que nací, si algún pensamiento malo, me ha hecho alguna vez dejar mi pureza de pensar, pronto el Señor ha venido en mi ayuda y con rezos he ahuyentado al enemigo.

Doña Julia sintió un estremecimiento ante esta confesión; luego le contempló extasiada.

—¿Qué edad tiene usted, Deogracias?

—Veinticinco años tres meses y diecinueve días.

—Es raro, es usted un caso excepcional, á no ser por una anormalidad física.....

Deogracias era hombre y se sublevó ante la suposición, levantó la cabeza y miró á su ama.....

—No señora, no es porque yo no esté constituido como todos, es que soy puro, porque hallo gusto en dominar mis instintos groseros, ésta mi castidad es mi orgullo.....

Hubo un gran silencio, Doña Julia se levantó fué á un extremo de la sala, volvió enseguida y se sentó en frente de su secretario. Diogracias la miraba indiferente.....

La gran señora pasó un rato fumando, mirándose las manos llenas de sortijas, viendo la columnita de humo que despedía el cigarrillo, estaba preocupada, sonriente como pensando algo. Deogracias se puso á contemplar el techo, cuando bajó los ojos, su mirada se cruzó con la de su ama; Doña Julia le miraba fija, su cara tenía seriedad y fiereza, luego muy bajo le dijo.....

—¡Y yo que le parezco á usted.....

Deogracias sintió que toda la sangre se agolpaba á su cara, un malestar extraño agitó su cuerpo, la respuesta cruzó en su cerebro, pero

la palabra no fué pronunciada, saludó, giró sobre los talones y salió de la sala.

Doña Julio se quedó rabiosa, llorando de ira, él subió á su cuarto, cogió su vieja ropa de sacristán se despojó de sus lujos palaciegos y se marchó á la calle. Anduvo errante hasta encontrar una iglesia, entró y rezó aquel triunfo sobre su carne; le alegraba y empobrecía.

La nueva vida se le hizo cuesta arriba, acostumbrado á lo cómodo y regular, el dormir en la calle y comer los restos de los cuarteles era un martirio.

Entró de criado, en una casa grande, no tan lujosa como la anterior, trabajó con afán, abandonó con amargura sus estudios eclesiásticos, luego fué despedido por una pelotera, con cierta doncella guapa y pizpireta que se había enamorado de él, por todas partes el amor carnal le perseguía.

Un día en una iglesia lo pensó, entre sus rezos..... «¡Señor, la vida está organizada mal, los perversos triunfan! ¡los buenos no podemos vivir!» Pasaron tiempos, sus colores desaparecieron, y las hambres y fatigas le consumieron al punto de enflaquecer y hacerse un esqueleto viviente, la vida errabunda, callejera, es la más triste de las miserias.

¡Feliz el vagabundo viajero que duerme en los campos y come raices!»

Iban por las mañanas á los mercados y estaciones á cargar fardos, las tardes se le iban en trisajios y novenas.

Una mañana se encontró con Adela, una muchacha de su tierra que servía de cocinera; en seguida se conocieron y hablaron del pueblo, la cocinera hacía muchos años que faltaba de allí, y todo eran preguntas y más preguntas. Deo gracias tuvo alegría al encontrar una persona que le hablase de cosas y personas conocidas y le sonriera complaciente.

Adela era alta, gruesa, guapetona, limpia, coloradota, joven, forzada y alegre.

Se dolió de la mala suerte de su paisano, y quedaron citados para el día siguiente, le traería las sobras de la comida, ropa desechada por sus amos, remediaría en lo que pudiera, su triste situación.

Deo gracias creyó que la Providencia había salido á su paso en forma de cocinera.....

Pasaron las semanas y Adela le buscó una colocación de escribiente en una oficina, el pensó volverse loco.

La cocinera y el vagabundo fueron buenos amigos, todos los días se veían, y hablaban como dos hermanos.

Un domingo que le tocaba salir á la sirviente, lo citó para que la acompañase.—Mira, á mí me gusta salir sola, las amigas son todas unas.....

cualquier cosa, que se vuelven locas por unos pantalones, las mujeres *semos piores* que los hombres; ahora, que lo disimulamos.

Deogracias acudió puntual. Adela se puso lo mejor de el baul, las enaguas almidonadas, el mantón de crespón, el traje nuevo..... estaba guapa, parecía capullo, algo ordinaria, como flor campesina, pero fresca, limpia y agradable.

Deogracias no paró mientes en estas cosas. Pasearon, fueron á los Cuatro Caminos, por prados y colinas, respirando aire puro, huyendo de merenderos, bailes y ventorros, que infeccionaban el ambiente y ensuciaban el paisaje.

—Lo ves, las criadas vienen ahí, á rozarse con soldados, á bailar y volverse locas, y luego despachan su chico en la Maternidad y sirven de nodrizas.....

—Ten tu cuidado, el mundo está lleno de tentaciones.....

—Yo huyo, me dan asco los hombres, no me trato más que contigo, que eres un caballero y un buen amigo, con quien se puede hablar de todo, en Madrid las criadas recogen lo que nadie quiere, los señoritos, los tenderos, los soldados, los estudiantes; las asedian, y ellas ó infelices ó tunantes caen; yo estoy asqueada; señores respetables, personas finas, sin que mediase palabra ni confianza ninguna, se han presentado en mi alcoba de noche, con la idea de dormir

conmigo..... otros torpes groseros, han querido obtener por la fuerza, lo que no podían de buen grado, una vez le tuve que tirar á uno el orinal á la cabeza, ¡jesús! que asco de hombre, se armó un escándalo y me echaron á la calle, tuvimos juicio y todo, la señora decía que yo era una *vestal* yo no sé lo que es eso, pero no debe ser cosa buena, el ser honrada cuesta muchos disgustos, yo si hubiera querido..... pero lo primero, es la honra, un viejo me ofreció ponerme piso, un niño gótico quería casarse conmigo; una es buena.

Siguieron andando en silencio, pasaron por Amanuel, el Cerro del Pimiento, la Moncloa, luego salieron á la carretera de El Pardo, llena de polvo y gente.

Transcurrieron las semanas; dos veces al mes paseaban juntos por el campo, todos los tenían por novios. Adela se lo dijo á Deogracias... que se sonrió con tristeza, no había pensado nada de esto.

Adela hizo un cambio de frente en su vida. Se salió de la casa en que servía y alquiló un cuarto en Chamberí; subarrendó su casa á estudiantes, obreros, personas humildes que pagaban por semanas; era su sueño ser pupilera. Deogracias fué á vivir allí.

Los huéspedes eran personas ruines, y Adela no hacía negocio; unos se venían y otros se iban,

y en aquel trasiego de personas, los pobres ahorros de la cocinera tenían gran merma.

Adela tenía un fuerte genio; era buena, pero cuando se incomodaba se ponía hecha una furia; además, había obedecido muchos años y ansiaba mandar. Ser señora es el ideal de los criados, los obreros y los esclavos.

Los obreros, son obreros y socialistas porque no pueden ser otra cosa; en el fondo de cada uno de ellos hay un emperador sin corona, un tirano que se revela y no quiere ser subdito sino señor...

El negocio cesó por consunción, los cuartos se acabaron, Adela despidió á los huéspedes y se puso de asistenta; iba á las casas, lavaba, guisaba, fregaba; por la noche volvía á su rincón.

Una noche Deogracias estudiaba. Adela cosía enfrente de él.

—Oye, he pensado una cosa...

—Tú dirás.

—Esto no puede seguir así. La gente murmura, creen que somos queridos.

—La gente se equivoca; pero yo me marchare de tu casa, ya lo tenía pensado.

—Pero es que yo no quiero que te vayas, porque eres un hombre bueno, listo y sabido, además, que me protejes; yo necesito un hombre á mi lado, un hombre que me defienda, que me quiera y que me cuide.

—Cásate, novios no te han de faltar.

—He pensado que nadie mejor que tú para marido... ¿Por qué no nos casamos?

Deogracias quedó asombrado; cerró el libro y se puso á mirar á la excocinera.

—Mira, yo he hecho voto de castidad, y aunque mi voto no tiene la publicidad y licencia eclesiástica, había pensado estar soltero, he llegado á la edad de los deseos, de los apetitos y triunfos; tú eres buena, haríamos buena pareja, pero... ¡no lo tomes á desaire!... no quiero casarme... luego, la vida es cara; dura, nuestra unión difícil, los hijos aumentando las necesidades... los pobres no debemos unirnos, es un crimen crear cosas que no se pueden sostener, engendrar hijos para que se mueran de hambre. Yo tengo ideas místicas... agradezco... agradezco.

Deogracias lloró.

Adela quedó contrista; luego se dieron las buenas noches y se marcharon cada uno á su cuarto.

Adela, no obstante, fué á la parroquia, se enteró de los trámites necesarios para el matrimonio.

Deogracias se trasladó de casa sin despedirse de su amiga, pero el domingo pasearon juntos.

—Porque sé que eres bueno no me enfado,

pero lo que es tus portes conmigo, no han sido regulares.

—¡Pero hija, si yo no quiero, no puedo casarme!

—¡Pues nos amontonamos!

Deogracias se santiguó horrorizado, estaban sentados en el campo solitario; caía la tarde, el sol doraba el paisaje. Adela exhalaba un olor agradable; se aproximó á su amigo y le miró suplicante.

El sacristán suspiró, miró al cielo como consultando. Dos lágrimas rodaron por sus ojos melancólicos; el ideal místico desvanecido le amargaba; la excocinera recostó la cabeza en el hombro de su amor; Deogracias la besó en la boca, luego se abrazaron y pasaron así algún tiempo.

El campo se reía.

Un señor beato arregló los papeles. Se casaron.

Deogracias desterró sus arrebatos místicos y nació para la vida.

Una antigua señorita de Adela les dió una huerta en arrendamiento. Deogracias empezó á sentirse feliz; el amor á la tierra y su cultivo curaron su alma antes llena de negruras y temores; al año tuvieron un hijo. La industria hortelana florecía...

Deogracias y Adela eran felicísimos.

Un domingo Deogracias llamó á su mujer.

—¡Mira, Adela, nuestro hijo contempla el Sol!

—¡Angelito!

—Mira al Sol y mira á la tierra su hija; qué hermoso es el campo, el mar, las montañas, qué feas las ciudades;... lo que debíamos hacer todos es eso..., mirar al Sol orgullosos y después contemplar la tierra con amor, cultivarla.

—Si te metes en sermones te dejo...

—¡Ven acá compañera, tú eres buena, yo soy bueno; pero es preciso que enseñemos á nuestro hijo, que aunque todos los hombres somos hermanos, somos hijos de una rara familia que no se ama, aunque lo finje.





DE LA VIDA FELIZ

HACE pocos días me encontré á Gómez, un antiguo condiscípulo del bachillerato. Hacía muchos años que no nos veíamos, de chicos fuimos buenos amigos. Aunque los dos teníamos prisa, nos detuvimos y pasamos una hora hablando. Gómez es delineante, se ha casado, vive en el campo, tiene muchos hijos, es feliz; me invitó á comer un día.

—Ven, conocerás á mi mujer y á mis hijos, recordaremos nuestros tiempos.....

El domingo pasado me afeité y me vestí de gala (traje nuevo, hongo negro, botas relucientes y bastón) compré unos pasteles y tomé el tranvía de la Guindalera,

Todos los viajeros íbamos endomingados, después de largo viaje, llegamos á la plaza de la Iglesia, mi amigo me esperaba en la parada del tranvía.

A lo primero no le conocí; llevaba traje de pana, gorra, botas de campo.

Atravesamos calles urbanizadas á trechos,

orilladas con casucas miserables, hotelitos vistosos, covachas de traperos, huertos, jardines; el pobre campo de Castilla, daba aspecto triste al paisaje, limitado por colinas onduladas y el Guadarrama azul al fondo. Se oía cantar gallos, ladridos lejanos, parecía un pueblo.

A poco llegamos á casa de mi amigo. Era un edificio blanqueado, de un sólo piso, circundado de jardín con acacias, limitado por un reto de ebonibus.

—¿Qué te parece mi casa? No he tenido dinero para cerca y la he puesto este límite de verdura que le da un aspecto agradable. Como no poseemos nada, no tememos á ladrones.

Entramos; nos salieron á recibir una banda de niños sonrosados, siete traviosos, á los que hubo que cazar uno á uno para darles un beso; luego vino el ama de la casa, una joven bajita, con aspecto de señora y vestida de percal. Me saludó afectuosa, con todas las frases de ritual en las ciudades. Atravesamos el jardín y entramos en la casa; pasamos al comedor, una gran habitación entarimada, brillantemente alumbrada por grandes ventanas, sin cuadros ni adornos; en un rincón ardía un buen fuego en chimenea de campana, de esas arcaicas chimeneas de los pueblos.

Mi amigo empezó á hablar á gritos, á explicarme la construcción de la casa. De pronto en-

tró una zafia criada y dijo algo por lo bajo á la señora, ésta se echó á reir, y salió pidiendo permiso; los niños se habían apoderado de mis pasteles y se los comían en el jardín. Al padre también le hizo gracia la broma.

—¡Jesús que chicos! son el diablo.

La señora vino á poco arrastrando á un pequeño que se resistía á entrar; traía el niño la cara, las manos y la blusa llenas de crema. Ante las reprensiones del padre, arrugaba el ceño, pero en seguida, me miraba con picardía y sonreía; fué preciso soltarlo para que no nos llenase de crema.

Luego me enseñaron la casa: las alcobas blancas de los niños, el cuarto de baño, la alcoba de matrimonio, la cocina brillante, el lavadero, el jardín, el gallinero, todo limpio, cuidado, sin adornos, cuadros, ni cortinas; en el interin pusieron la mesa y nos sentamos á comer.

La señora se excusó.

—Aquí en el campo, no podemos hacer comidas complicadas, no hay nada, pollos, arroz, huevos legumbre, hortalizas.....

La comida estaba bien condimentada, sana, era un festín campesino, sin salsas ni perifollos, yantar natural.

Arroz con menudillos, pollo asado, pollo en salsa, bacalao con tomate y frito, carne asada, nueces, abellanas, manzanas, naranjas.

Los niños comieron como lobos, y los mayores también, alegrados por ver su gozo.

No obstante su hambre, se portaron en la mesa como sesudos señores, estaban electrizados bajo la mirada de su padre que los contemplaba risueño; no hubo más hecatombe que una copa rota por el más pequeño, el delincuente se fué á la cocina llorando á concluir su yantar.

Al terminar, toda la gente joven se marchó á jugar al jardín.

Gómez, su esposa y yo, salimos también á tomar el café en el campo, era abril, un Sol dorado alegraba el paisaje sin árboles; lejos se veía la masa azul de Madrid, un gran montón de edificios amontonados, de límites recortados angulosos.

—Yo, señora, he venido hoy á turbar su tranquilo vivir campesino.

—Nada de eso, aquí nunca viene nadie, vivimos aislados y su visita es una novedad agradable.

—¡Mira, no digas tonterías! Aquí vivimos y somos felices. Cuando nos conocimos, mi mujer era una señorita llena de tonterías, educada para casarse con un príncipe, sabía valsar á perfección, tocaba el piano, hacía encaje de bolillos, coleccionaba tarjetas postales, estaba suscrita á un diario de modas y abonada al Real, se trataba con numerosas personas.

Yo era un mamarracho que gastaba mi poco haber con amigos en juergas, toros, corbatas. Algunas veces me ponía chistera y me creía alguien; mi vida trascurrió como la de mis amigos en tontería.

Nos amamos, hubo una miejita de romanticismo, las familias se opusieron, como es natural, á nuestro disparatado enlace, esto hizo que nos empeñásemos más en casarnos; hubo soborno de criados para llevar cartas, encuentros casuales en visitas de amigos comunes, miradas tiernas en los teatros. Doña Jesusa, una señora casamentera que daba cachupinadas, tomó por lo serio nuestra proyectada boda, y rompiendo por todo nos casamos.

Mi mujer es hija de un alto empleado de Palacio, un señorón que vive á lo rey, con sueldo magnífico, pero que no pudo darnos nada más que un misérrimo empleo en Gobernación para mí y un equipo inútil á mi mujer; los amigos nos regalaron infinitos cachivaches innecesarios.

Yo vivía á costa de mis padres, vendí unas tierras que tenía en mi pueblo y con ello vivimos el primer año felices. Alquilamos un piso, y lo llenamos de muebles modernistas y cromos baratos, mi mujer tenía su gabinete en *boudoir* repleto de chucherías curiosas; yo mi despacho, con libros que no leía y otras tonterías por el estilo... doncella y cocineros servían; nos creía-

mos grandes señores. El primer año *cultivamos nuestras* relaciones, algunos sinvergüenzas se atrevieron á cortejar á mi mujer, recibíamos los viernes, íbamos al teatro, veraneábamos en Biarritz, teníamos buena ropa. Cuando se acabaron los dineros se acabó el esplendor. Con los seis mil reales de Gobernación no tenía mi mujer ni para sombreros. Nos mudamos de casa, despedimos una criada, reducimos los gastos, no obstante no podíamos vivir, cobramos 125 pesetas mensuales, ó sean 4 pesetas y 15 céntimos al día, pagabamos 50 pesetas de casa (en Chamberí) quedaban 75 ó sean, 2,50 diarias, con las que había que comer, vestir, fumar etc..., nos moríamos de hambre, andábamos desnudos, esto originó escenas grotescas curiosas inconvenientes, nuestros amigos se apartaron de nosotros sonriendo, las familias intentaron ayudarnos; pero rechazamos orgullosos.

Y por fin... vino la miseria, la atroz miseria de los que viven fuera de la realidad, hicimos presupuestos, organizamos nuestra vida económicamente, pero las deudas nos rodearon... nació nuestro primer hijo... y se le olvidó el clásico panecillo en la axila.

Con las escaseces vinieron los primeros disgustos conyugales; yo andaba por entonces malhumorado, recordaba mis aficiones literarias, me propuse triunfar en el campo de las letras;

escribí un drama que no se representó, publiqué una novela que no se vendió, y yo que me creía un Cervantes inédito, desalenté y me ví perdido, vacío, sin proyectos.

Murió mi primogénito de hambre, como mueren tantos niños engendrados por padres locos que no calculan el porvenir.

Sabes que entre las múltiples habilidades que constituyen mi instrucción enciclopédica, está el dibujo lineal; se anunciaron unas oposiciones en Guerra, trabajé como un león para perfeccionarme en el manejo del tiralíneas y la bigotera.

Cuando fuí á examinarme, iba como un guerrero á una batalla; de haberme valido hubiera matado á mis competidores. Triunfé, abandoné Gobernación y pasé á Guerra. Empezamos á levantarnos entre las cenizas de nuestro esplendor. Pasamos tres años de vida económica. Un día recordando á Ganinet, pensé.

«Las modernas uniones entre ciudadanos no son casamientos. Antiguamente los cónyuges iban á vivir á una casa, y la frase *casamiento*, estaba bien aplicada; hoy la mayoría viven en un piso, y en vez de *casamiento* debe decirse *pisamiento*.

Compramos á plazos este terreno lejos del ruido y bullicio.

Pasamos un gran espacio de tiempo, y á fuer-

za de orden, trabajo y economía, pudimos construir esta casa sin lujos ni cosas innecesarias.

Nos trasladamos, y poco á poco la vamos perfeccionando y concluyendo; estamos asegurados en una Compañía mutua que, mediante un pequeño desembolso mensual, nos dará una pensión modesta que nos asegure vejez tranquila.

Nuestros hijos se crían como rosas, el médico aun no los conoce. No van á la escuela, tiempo tendrán de sufrir; ahora que jueguen, que disfruten de la vida, luego les haré hombres fuertes y les enseñaré un oficio manual.

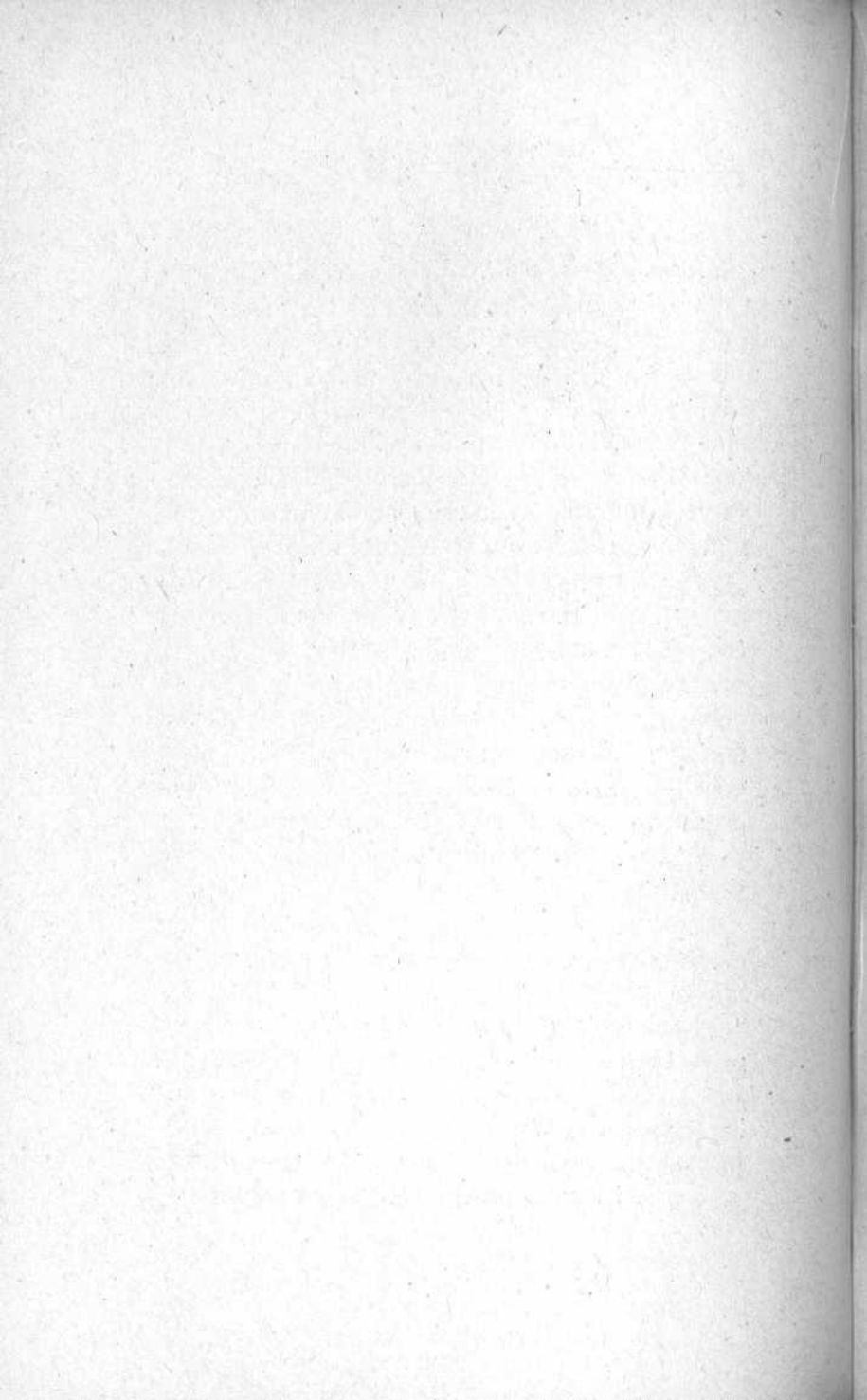
La vida es económica, ahorramos; nuestros hijos nos alegran con sus risas y juegos. Hemos conservado del pasado lo único útil y agradable; mi mujer toca el piano, cuando puede, yo cultivo el jardín, no nos apuran cuentas del sastre ó modista; nos acostamos cuando el Sol y nos levantamos cuando las gallinas. Yo me pongo todos los días la ropa de Madrid y me doy el higiénico paseo hasta el Ministerio; en invierno tengo un abono para el tranvía. Paso la mañana dibujando cañones ó proyectando castillos, atrinchamientos, fuertes... luego vuelvo á mi casa, y al entrar, se me ensancha el corazón, me siento grande en mi casa, entre los míos.

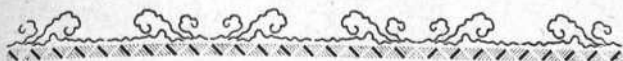
Además, la locura de nuestro casamiento se ha convertido en amor. Nos queremos y somos felicísimos, nada más deseamos.

Esta casita campesina es la montaña roja del filósofo; aquí se siente ese cariño caliente de la familia, ese vivir fraternal sin egoismos; además, aquí soy el rey...

Los dos esposos se miraban con amor, los niños corrían por el jardín, á lo lejos se veía Madrid envuelto entre nubes, que doraba el Sol poniente. Yo me encontraba bien; era la primera vez que cruzaba en mi camino con seres que nada ansiaban y eran felices del todo.







EL ALCOHOL

ROMEO iba por la calle borracho. Era viejo astroso, lleno de manchas, la cara pálida, la nariz roja, los ojos apagados, minúsculos, de mirar triste, el cuerpo en ángulo con las piernas, sus andares lentos, pesados con traspies y eses frecuentes.

Iba por medio de la calle, la capa arrastrando; de pronto se detuvo ante una taberna, su boca escurriendo babas, pronunció palabras bajas, luego con gran esfuerzo, gritó ronco:

—¡Viva la república!...! ¡Viva Remeo!... ¡Viva la libertad!.... ¡Viva Prim!...

Entró en la tienda, los concurrentes se acercaron sonrientes, esperando varias escenas cómicas.

Romeo era un buen operario, trabajaba en un centro oficial; tenía medallas de varias exposiciones, puntual en su trabajo siempre, pero en cobrando algún dinero, se tomaba dos copas, se olvidaba de la familia, perdía la vergüenza y se sentía magnánimo, el alcohol llena-

ba su cabeza de grandezas, creía ser rey ú otra cosa; una alegría inmensa le retozaba por todo el cuerpo; entonces iba por plazas y calles alborotando, convidando á quien encontraba, no incomodándose aunque le dieran bromas y fueran pesadas; otras veces iba por alguna casa de *ninfias*, como él las llamaba, y armaba escándalo; siempre acababan sus borracheras en la Delegación.

Una noche lo dejaron en cueros en la calle; era invierno, y ni se constipó. La suerte protectora de los borrachos.

Aquel día estaba contento.

—Señores (no), ciudadanos. Hemos llegado al último apuro de la civilización social. Yo he conocido á Prim y he sido miliciano y me he matado por la libertad. Ahora grito porque soy republicano y socialista, y todos los hombres semos unos j..... ¡Viva Prim! ¡Echa vino!

Algunas veces Romeo tenía pequeños ataques de reuma, siempre, al siguiente día de una borrachera solía ir tarde al trabajo y en estado deplorable, hecho un guiñapo.

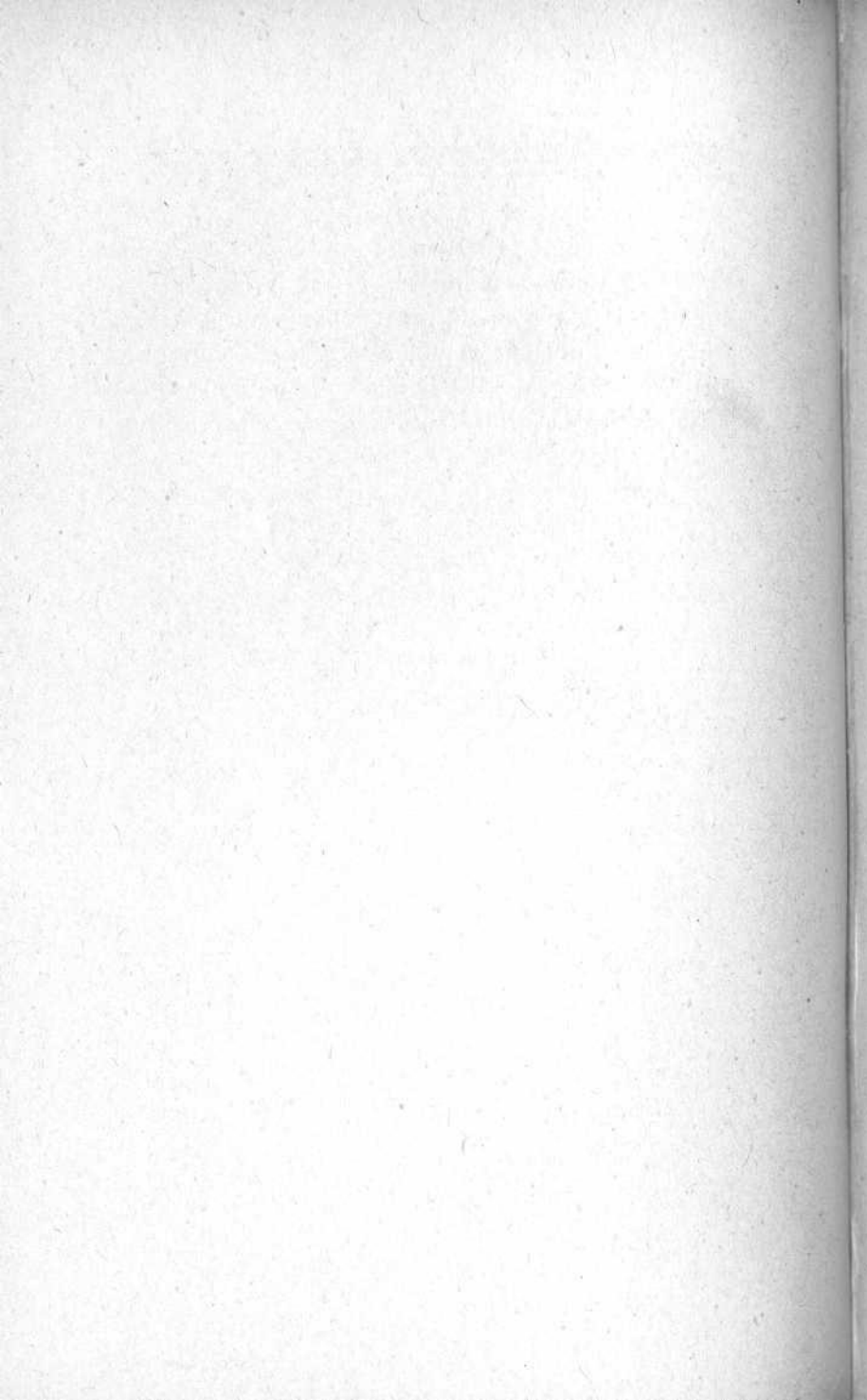
Se quedaba afónico, y á todo contestaba con movimientos de cabeza. Sus hijos eran escrofulosos, sus nietos lisiados, anémicos, pobres de fortuna y constitución.

La vida de Romeo, era triste vida en lidia con la miseria; por eso buscaba amor en el alcohol;

era una naturaleza de hierro, pero el delirium-tremens, lo mató una noche de verano, entre hijos del amílico, atmósfera de churros y buñuelos, en una verbena madrileña, algunos creyeron que dormía la mona y estaba ya en el otro mundo.

Nadie fué á su entierro.







DIOS

Lector, si eres religioso, si sientes amor hacia ese incognito creador de todo, si esperas ver castigadas tus culpas y premiadas tus buenas acciones, si tienes *fe* no leas esto. Es un crimen espantoso destruir las creencias, echar por tierra las ilusiones que hacen la vida agradable pensando en otro existir ultra-terreno. La palabra de Séneca, el «nihil post mortem», es una amargura que hace la vida melancólica.

Y... allá por las llanuras de Castilla está la vieja ciudad, el agrupamiento de casas que constituyen la capital de provincia, un pueblo muy grande por donde pasa el ferrocarril y un río de nombre histórico, y pocas aguas, bajo puentes romanos, hechos sin duda para torrentes impetuosos. Sobre todo el caserío sobresale majestuosa y serena, la mole granítica de la Cate-

dral con sus torres picudas, llenas de bordados y cornisas de piedra, la catedral tiene color de tierra, como si en tantos siglos de existir se hubiera asimilado algo de la tierra que la rodea sobre el fondo verde de los campos, se vislumbra la ciudad de color ceniciento y sobre estas cenizas se alzan las torres y cúpulas parroquiales.

El pueblo silencioso de suyo, la calle de la Sombrerería, la más ruidosa de todas; bien es verdad, que allí están los principales comercios y el mercado que es, en todos los pueblos del globo, el lugar donde hay más ruido y donde está la gente más parlanchina. Fuera de esta calle todas las demás son silenciosas. Los transeuntes escasos y de andares lentos y reposados.

Vista la ciudad desde alguna huerta cercana ó desde algún apacible rincón del río (que está lleno de poéticos lugares), parece un pueblo muerto, no hay ruido; el silencio impera en el caserío más que en la campiña, donde el viento que mueve las ramas ó los pájaros que cantan en los árboles, interrumpen el silencio campesino. De cuando en cuando las campanas de la Catedral dan alguna sonora badajada que llena los campos de sonoridades; es algo triste, así como el decir ¡silencio, hombres... acordáos de que hay otra vida y rezad! Otras veces (sobre todo en

vísperas de fiestas ó en las fiestas mismas) estas campanas en unión de las de todas las iglesias de la capital, voltean ruidosamente poblando el espacio de sonoridades, de bajos profundos y típlés chillonas, pero esto dura poco y la ciudad vuelve pronto al silencio primitivo, al existir calmoroso y sosegado de las viejas ciudades muertas.

Cerca de la Catedral está la Universidad. Esta escuela de grandes letras, es también una cosa pasada; las clases se llenan de multitud de jóvenes ambiciosos, no del saber sino de las ventajas que en la vida tiene la posesión de un título académico. Van á la Universidad no por deseo de conocer sino por instinto de conservación. La Catedral también se llena de viejas beatas que no repiten sus largos rosarios y oraciones por amor á Dios, sino por temor á sus iras y venganzas.

De todos los profesores de la Universidad el más célebre (no quiero decir el que más celebridad tuviera, ya que ninguno la tenía), el *sobresaliente* era D. Venancio Hurtado, profesor de Filosofía, viejecillo muy estudioso y trabajador. D. Venancio era un hombre de ideas *libres*, quiero decir, que no tenía ninguna de las preocupaciones de sus conciudadanos; ni color político, ni jugaba al dominó, ni timbaba (socorrida manera de pasar las tardes que tiene mu-

cha gente en la ciudad), ni admitía recomendaciones. Además, era un impío ateo que no iba á misa y hasta se aseguraba que eramasón. D. Venancio escribía en la *Metrala*, órgano de los anticlericales de Silanca, periódico que leían todos los avanzados, que eran los menos del lugar. Adviértase que estos liberalotes lo eran pura y simplemente por llevar la contraria á los neos. Había ateos de estos que asistían á los sermones para estudiarlos, y rezaban todos los días el rosario en casa porque era una tradición de la familia, que no molestaba en nada sus ideas políticas y el odio hacia los curas.

Sobre todas las diatribas del periódico, salían los «Diálogos amenos» que escribía los lunes D. Venancio en la *Metrala*. Claro es que siendo Silanca una población *eminentemente católica*, D. Venancio se ocultaba bajo el pseudónimo de Escolástico (aunque los más estaban en el secreto), pero el caso es que el periódico se vendía todo y el editor (que era cierto tuerto, revolucionario de los que tienen ideas revolucionario-económicas), hacía un negocio más que regular.

El papelucho se leía más en las sacristías que en los clubs (sencillamente porque sacristías había muchas y clubs, solo dos: el obrero y el federal. Algunas veces eran tan atinados los tiros de D. Venancio, que toda la población se alarma-

ba y en varias ocasiones el Rector de la Universidad le hubo de llamar al orden para decirle «Hombre, D. Venancio, bueno que usted sea Shopenhaueriano, Volteriano, Hegeliano y todos los más anos que usted quiera, yo en nada me meto porque no puedo ni debo, pero deje usted á los demás, el Obispo me lo decía el otro día, el Sr. Hurtado es un sabio, he leído su obra sobre El Silogismo y aunque no estoy conforme con su decir, aunque veo las grandes erratas que tienen sus argumentos, no puedo menos de reconocer que es un sabio, «La historia de la evolución helena» lo prueba, es un gran libro... pero amigo mío, en cuanto se mete en religión... ¡Pero que tendrán que ver con la religión estos sabios!; porque á mí me parece que eso nos compete á nosotros los eclesiásticos ¿Digo? pues y de la *Metralia* ¿qué me dice usted...?

D. Venancio se sonreía plácidamente: «pero Sr. Rector, si yo no he escrito nada... eso díganlo á Esculapius, que han dado en decir por ahí (aunque ignoro con qué fundamento) que soy yo

Así las cosas, diéronse tal maña, los ridiculizados por la *Metralia*, que el Gobernador agarró un día al tuerto editor y lo zampó en la cárcel. Empapelaron á nuestro lisiado y con esto murió la *Metralia*. Siguió á la muerte del periódico, un espacio de paz que encantaba á los clericales; las procesiones no eran interrumpidas por aulli-

dos de gatos, los divinos oficios se veían muy concurridos y los sermones antes tan criticados pasaban ahora sin censura. A los pocos ateos que quedaron fuéronles convenciéndo sus mujeres y... Silanca volvía á dormir bajo la sombra de su vetusta Catedral, envuelta en el polvo de los siglos.

Aún el propio D. Venancio parecía convertido; tanto que su clase que siempre se vió semivacia, se fué poco á poco llenando de chicos de familias católicas; aquel terror que antes inspiraban las teorías del filósofo desapareció. D. Venancio explicaba su lección sin comentarios irónicos, explicaba filosofía escolástica, se abismaba en silogismos y distingos.

Una tarde de sol se encontraron el Filósofo y el Obispo, fué el cruce en la carretera de Tica, un camino solitario y soleado, muy frecuentado por curas enfermos y personas que gustan del tranquilo é higiénico paseo por lugares apacibles. Saludáronse los dos hombres con un «buenas tardes» que era una interrogación.

—¿Dónde va la oveja descarriada de Jesús!
—dijo el prelado alargando la mano.

—Perdón Sr. Obispo, pero no encuentro bien que así de buenas á primeras me llame oveja.

—Usted siempre con sus ironías, vamos, véngase conmigo y charlaremos.

Animose el profesor de buen grado, en acom-

pañar al eclesiástico, y en amable compañía fueron un buen trecho hablando de las mil y una tonterías que suelen las personas al pasear, se convino en que hacía muy buena tarde, en que no tardaría en llover porque aquel invierno tan seco era inexplicable y en que el campo estaba muy bueno.

De pronto el Obispo paró en seco y dijo:

—Sr. Hurtado, no sabe la grande alegría que he tenido en pasear con usted... á mi me alegra esta tranquilidad que ahora reina en mi diócesis, pero mucho más me satisface este cambio radical que en usted he observado. Indudablemente Dios misericordioso le ha tocado en el corazón.

Paróse también en seco el filósofo y repuso:

—Nada se yo de ese cambio á que usted alude, yo soy y sigo siendo el mismo, y girando sobre los talones continúo con paso reposado su paseo.

Al día siguiente observó el profesor gran afluencia en su clase, además de los habituales alumnos había una porción de oyentes que le inquietaron. Por escaños y bancos se habían sentado bastantes curas y estudiantes del Seminario, además un bedel le trajo un volante del Rector, que decía «Mi querido amigo y compañero: según me informan, hoy toca á usted explicar la lección 31 de su programa, esta lección

que trata de Dios, ha sido por usted omitida en los dos cursos que ha explicado en esta Universidad y es mi gusto que ésta como las demás lecciones, sean explicadas, pues creo que sufre mucho la enseñanza con estos saltos y omisiones que usted hace. Mande á su affmo. etc.» D. Venancio se quedó hecho una pieza, los clericales le acorralaban. Después de pasar lista y en medio de gran silencio y expectación, empezó con voz clara la lectura del programa.

Lección 31—Dios—Conocimiento de Dios—pruebas de su existencia—importancia del conocimiento de Dios, para el estudio de la filosofía...

—Mucho y muy bueno se ha dicho y escrito por los filósofos de todas épocas sobre esta palabra ¿Dios?.. Yo hoy, eiñéndome al programa, diré todo lo que sé, todo lo que se me ha ocurrido en mis profundas meditaciones sobre esta palabra.

En la clase, el silencio era angustioso, la curiosidad flotaba en el espacio.

D. Venancio se puso en pie sobre la tarima y procurando electrizar con su mirada á los oyentes, empezó una mímica silenciosa, que parecía acompañar á un fogoso discurso que nadie oía. Los alumnos se inquietaron en sus asientos. D. Venancio parecía atacarlo súbitamente de afonía aguda, su boca se entreabría pronuncian-

do palabras sin sonido, el entrecejo se arrugaba y estiraba como si pensase y dijese grandes cosas, los brazos accionaban, ora furiosamente dando grandes manotadas al espacio, ya lentamente con movimientos persuasivos; y todo él se conmovía en ademanes convicentes dentro de su gran seriedad y tiesura, lo que daba al acto un tinte de discurso grotesco. Así peroró ó accionó el profesor mientras duró el susto y asombro de sus oyentes; pero algunos de los del Seminario empezaron á dar señales de descontento con los pies y aún un valiente se atrevió á cruzar el ambiente sereno del aula con un agudo silbido que cortó el aire desagradablemente.

D. Venancio sin inmutarse un punto, dijo:

—Ya saben ustedes todo lo que con respecto á Dios sé... he expuesto mis ideas sobre el particular, todo lo demás que se diga es música... celestial ó divina, como ustedes quieran, he notado algunas muestras de impaciencia ó ruido parecido á los bullicios taurómacos... ¡Señores hasta el día próximo!

Al salir de clase se armó un bullicio atroz, los estudiantes discutían, los católicos calificaban de burla sin consideración, de mofa de la clase... hablaban de consejos de disciplina y hasta de presidio mayor; los partidarios de D. Venancio, en cambio, encontraban la cosa muy salada y

reían la gracia. Había por fin algunos desahogados ó frescos, que juraban haber oído todo muy bien y aun repetían conceptos enrevesados que no habían comprendido, tan enmarañados y oscuros, que nadie lograba traducir.

—Porque vamos á vé zeñores, decía Gutierrez, un andaluz muy saleroso; qué habrá quería decir con aqueyo de: «La rasón suficiente es á la suprema, como el inmaterial es á lo consciente, de aquí nace la suprema razón suficiente»... Lo cierto es que más parecía jaula de locos que claustro de Universidad aquel, siempre tan tranquilo de la vetusta suprema escuela de Silanca.

Al día siguiente de la clase contada, salió á la calle un periódico que parecía sucesor de la *Metrala*.

Había olvidado antes decir que hallá en los buenos tiempos de la *Metrala* el tuerto editor solía colocarse en la esquina de las calles de la Sombrerería y Caballeros y con voz de trueno vocear el periódico ¡*Metrala! Metrala* y más *Metrala*, llegando en éste, su vocear, á dar gritos tan recios y con tanto brío que algunas de las personas comedidas y amigas de la paz, tomaban gran susto, creyendo que fieros anarquistas bombeaban las calles; y digo esta cosa que antes había dejado en olvido, porque el nuevo periódico empezó también á vocearse en esta esquina, aunque no por el tuerto que estaba

por entonces empapelado. Llamábase el nuevo periódico *El Espolín* y voceábalo en la esquina un jorobado de voz atiplada y silbante, capaz de perforar el tímpano, por su sonido agudo y extrínseco. Ya habrán algunos de mis lectores observado esto de que en todas las capitales de provincia suele ser un tuerto, jorobado ó de alguna otra manera, lisiado el encargado de vender los periódicos en general y los revolucionarios, en particular, sin contar otra porción de papeles libros y objetos que no he de mentar aquí si quiera. El tal *Espolín* era periódico de cuidado y puso mucho miedo entre los neos y gentes devotas; su título estaba pidiendo á gritos la excomuniación.

El Espolín acicate bisemanal se publica sin censura eclesiástica y gran pena de ultramontanos en general y clérigos en particular.—Política sucia rastrera y cunera, escándalos generales conventuales y de sacristía, descubrimientos sacrílegos, etc., etc.

Quien leía con atención el sumario y pasaba adelante, bien puede decirse que no le importaba nada de Dios, ni de la Iglesia. Exceptuando algunas firmas conocidas de Madrid, en *El Espolín* colaboraban escritores anónimos... entre pseudónimos conocidos; estaba Escolapius que seguía graciosísimo y aún más mordaz que en la muerta *Metrala*.

Para que se vea hasta donde llegaba en esto de la burla religiosa, vamos á copiar un fragmento de una de sus *cartas infernales*.

«Paseíbame yo, el otro día, bajo los portales de la plaza, viendo jugar á los chicos y riendo sus travesuras y engaños, cuando he aquí que de pronto todos dejaron de jugar, pusieron caras de compungidos y corrieron en silencio hacia dos curas que por la plaza pasaban. Pasaron los clérigos (que eran de los gordos y mofletudos, que son los mejores, pues los delgados y chupados no lo están de los ayunos y penitencias, sino del vicio, que no los deja vivir tranquilos ni engordar), y dieron sus manos á besar; los chicos disputáronse estas manos y las cubrieron de besos. Andaban las manazas clericales entre besos infantiles, y tanto fué lo que besaron que sin duda mezclados con las babas juveniles debió ir algún tierno moco que salió de nariz á destiempo, porque el más rechoncho de los dos padres, soltando un terno que no hay para qué escribir ni se puede, dijo:

—Ya me la habéis besado de más, dejadnos en paz—y dando dos ó tres punteras á los mocetes que se disputaban besar sus tentáculos, se marcharon de no muy buen talante. Acordeme yo entonces de aquellas amables palabras que dijo el filósofo de Galilea, *Dejad que los niños se vengan á mí*.

Bien, es verdad que entre los niños que rodeaban á Jesús, no los habría como los hay ahora, no estaría Estebanillo, el chico más plantado de la ciudad capaz de abollar un cañón Krup á pedradas; de comerse toda la fruta madura ó verde de las huertas del contorno y deshacer todos los nidos de la provincia; pero diré que no me pareció bien el proceder de los sucesores de Cristo. He de decir que yo encuentro muy mal también esta costumbre que los clérigos tienen de dar á besar las manos; sabido de todos es, que los romanos llevaban la mano izquierda escondida entre los pliegues de la toga y era indecencia enseñarla; por los menesteres en que se empleaba, que no eran muy limpios..... más, mucho peor encuentro yo eso de dar á besar la diestra que no sabemos en cuantas cosas habrá andado y si alguna vez habrása empleado en cosas que no merezca que después se bese. Pensando iba en esto y caminando tras los curas sin pensarlo, cuando de pronto, ellos, que me habían visto y reconocido, me llamaron si-seándome. Una vez que hube llegado donde me esperaban sus paternidades y después de saludarlos como convenía á su clase y condición, dijéronme:

—Amigo Escolásticus, no sabe uste del gusto que tenemos al encontrar á usted; sus artículos ingeniosos nos tienen admirados, lás-

tima grande que emplee tan mal su seso... yo, alguna vez hubiera contestado á sus escritos con otros que le hubieran convencido de los sofismas que embargan su ánimo; pero luego mi modestia me ha retraído, podía desde el *Calvario* (1) haber hecho esto, pero ya digo... y no crea usted, si yo pudiera tener una conversación con usted y convencerle de sus errores volviéndole á traer á la santa paz de Cristo, mi corazón se llenaría del mismo placer que los grandes catequistas de la Iglesia han sentido en las conversiones difíciles.

Mucho me admiró este discurso soltado á quemarropa é iba á contestar procurando sublimarme en modestia, cuando el otro clérigo que parecía tener la palabra preparada me dijo:

—No me parece mal lo que ha dicho mi amigo el canónigo D. Máximo y me adhiero á sus palabras, tanto que invito á ustedes á que vengan á mi casa que no está lejos de aquí y allí discutiremos; como quiera que la tarde está ya en su fin, tomaremos chocolate.

Dudé é hice las objeciones que creía del caso, pero tanto insistieron que acepté, máxime con la promesa del chocolate, que hizo agua mi boca hambrienta como toda boca de filósofo. Pusiéronme los curas en medio y así caminamos, pare-

Periódico católico de la localidad.

ciendo á Cristo entre dos ladrones ó á un preso conducido por dos civiles. A los pocos pasos nos detuvimos y entramos en una casa vieja, pero limpia, espaciosa, bien blanqueada y cuidada en todos sus detalles. Saliónos á abrir una chica joven, rubia y hermosísima, con unos colores que daban envidia á las propias rosas y unos ojos como soles; la muchacha, además de guapa, iba bien trajeada, divinamente calzada y emperejilada á lo señorita. Al momento, pensé que aquel querube sería la..... sobrina, ó la viuda del hermano que murió en la guerra ó la..... que ostentaba cualquiera de esos nombres embusteros que los curas tienen para la mujer que con ellos convive. La habitación en que entramos era espaciosa, alta de techo, con las vigas y ensamblajes pintados de verde, estantes con libros en las paredes y sillones frailunos, donde, á juzgar por el hoyo de los asientos y respaldares, debían haberse descabezado algunas sientas. Bien se veía que aquella sala era de clérigos, pues toda ella respiraba esa paz y ese orden que se observa en los conventos y casas religiosas; además olía á incienso. Una vez que nos hubimos sentado, el amo de la casa, empezó diciendo:

—Señor Escolásticus, presento á usted á D. Máximo Saldera, Canónigo de esta Catedral; persona muy docta en teología y muy leí-

da y sabida en otras ciencias y letras; me presento también yo, Antolín Gonzaga, párroco de la Anunciación, soy un pobre cura de misa y holla como suele decirse y esta casa en la que estamos es la mía y la de ustedes, pues de muy buen grado se la ofrezco. Aquí hemos venido á descansar y también á charlar un poco, Vamos á ver Escolásticos, ¿por cuanto nos vende usted *El Espolín*, y nos dá su palabra de caballero de no escribir ni publicar ningún periódico de ese sistema?

Al oír esto, sentí un desagrado muy grande y ganas de echar á correr, estaba en las garras del enemigo. Me repuse un tanto y contesté:

—No puedo vender *El Espolín*, en primer lugar porque no es mío y en segundo porque aunque lo fuera no lo daría yo por todas las riquezas de San Pedro.

Algo corridos quedaron con ésta mi buena contestación; é iba á hablar el canónigo, cuando apareció la sobrina con el chocolate. Quien no haya tomado ó visto tomar chocolate en casa de un párroco no puede figurarse lo que esto es.

Imaginen una jícara enorme, una especie de puchero de porcelana que contiene la *sabrosa olorosa y dulce mezcla* como la llamó el agustino, rodeando la taza un, á manera de andamiaje de biscochos y para disolver todo esto en la diges-

ción, una grande copa de leche con su correspondiente azucarillo ó bolado. Claro es que en nada se parecen estas meriendas á las que con sus discípulos hacía Jesucristo en la montaña, pero... adelante. Ocupámonos en silencio los tres, en ingerir todo aquel mar de chocolate y así que la sobrina se hubo marchado, D. Antolín volvió á la carga con la boca llena.

—¡Pero vamos! mire que es mucho ese odio que á todo lo santo han tomado los de *El Espolín*. (Yo sonreí engullendo.) Es una cosa inexplicable esto, porque supongo que ustedes creerán en Dios y en sus mandamientos y por lo tanto se arrepentirán muy pronto de estas faltas que contra la Ley escrita por Dios están haciendo.

Yo que había á esto terminado todos los bizcochos y chocolate, me sentía con ganas de con-
testar, y lo hice así.

—Diré á usted que muchos de los colaboradores de *El Espolín* no creen en Dios... como hay mucha gente que no cree en brujas. En segundo lugar, que en esa ley escrita de que usted habla, nadie cree y aun muchos se mofan; porque ¡cuidado que están mal hechos los tales mandamientos!

Moisés era una caballería, lo prueban las tales escrituras, que son tan claras que les han salido más aclaradores y comentadores que á las obras del más enrevesado de los mortales. Ustedes

han hecho una amalgama entre estas tan simples tablas y el derecho romano, para hacer más posible la vida y limitar el derecho de cada uno; el decálogo es una tontería.

El primero amar á Dios sobre todas las cosas... no hay paparrucha más grande, ¿cómo se va á amar á quien no se conoce? á quien ha hecho todas las cosas, buenas y malas (las malas están en mayoría) á quien consiente los crímenes horrendos, las guerras, desdichas, rayos, epidemias...

Pasemos, por el segundo que no tiene nada de particular, y veamos el tercero que dice *santificar las fiestas...* que tampoco tiene importancia, á todos nos gusta la holganza, y no necesitamos ni á Dios ni á los gobiernos para correr una juerguecita los domingos.

El cuarto *honrar padre y madre*, también es necio el mandato; el quinto, *no matar*, este mandamiento no ha sido cumplido por ningún hombre, ni es posible que se cumpla en los siglos que faltan para que la vida termine en el planeta. Los verdugos, los soldados, la justicia, los médicos y boticarios... todos matan, pero luego vienen los cazadores y pescadores que destruyen colonias de individuos, especies enteras de organismos, mantan animales que ningún daño les hacen, producen esos cataclismos que se llaman partidas de caza. Se me dirá que matar

animales no es pecado, más yo respondo que el mismo delito hay en matar un hombre que un mosquito, todo depende del tamaño de la víctima, del dolor artístico que conmueve nuestras fibras nerviosas y nos produce sentimiento de lástima.

Matar un cordero que vala lastimosamente conmoverá á cualquiera que le tirara sin piedad una perdigonada á una bandada de parlanchines gorriones. No hay ningún derecho para matar animales y comerlos, pues el hombre puede vivir de frutos y cereales, lo mismo que no está bien matar á un niño y comérselo después, tan ser organizado es uno como otro animal, por eso digo que nadie ha cumplido este mandamiento que es absurdo como todos.

El fraile más místico habrá matado, en una noche de verano, más chinches que Nerón hombres, la monja más timorata habrá destruído millones de micro-organismos al poner en legía la ropa que se lava en los conventos.

Dice el sexto *no fornicar*, entendiendo en ello no efectuar actos contra natura, pues el placer con una mujer no puede prohibirse, á menos que no se quiera indicar con este mandamiento que la especie humana terminase de vivir y de reproducirse en el planeta, cosa contradictoria con aquel *crecer y reproduciros* que se dijo después, y con el consentimiento de comer la man-

zana paradisiana. Sin ese pecado tal como ustedes lo entienden, es decir, todo comercio entre dos seres aun de distinto sexo, que estén fuera del matrimonio, la tierra no estaría poblada de hombres y el cielo de santos, pues son numerosos los santos que han nacido en relaciones que ustedes llaman impuras, el matrimonio lo instituyó Cristo según dicen ustedes, pero pasó mucho tiempo sin que se usara de él y estuviera de moda.

Y el séptimo... *no hurtar*, es decir, no quitar una cosa sin conocimiento de su dueño; este mandamiento prohíbe el robo, al descuido, al tirón y la estafa, pero permite el robo, robar es apoderarse de una cosa á la fuerza y contra la voluntad de su dueño; ladrones son los de los caminos, los bandidos... que Dios permite; á los que les mete mano es á los estafadores, espadistas, mecheros, descuideros, tahures, etc.... Es una delicia esto de la ley de Dios.

Los Candelas deben abundar en el cielo como moscas. Y vamos con el octavo; *no mentir*... una cosa irrealizable; no hay santo que no haya echado una mentira. Si un asesino os pregunta donde está su víctima para rematarla, ¿se lo diréis para no faltar al mandamiento? Si os preguntan sobre el mérito de una obra propia, ¿la elogiaréis aunque sea inmodestia? si un pobre enfermo os interroga sobre algo que sabéis, no

le ocultaréis la verdad aunque esto le produzca la muerte.

Contra lo que debía haber fulminado esa calamidad de Moisés, es contra la insidia, contra el engaño y no contra la mentira. Las ideas, los pensamientos sino se ocultan con la mentira, dado lo malos que son los hombres (y culpa suya no es, sino de quien los hizo tan imperfectos) el planeta se desplomaría, las guerras y crímenes serían constantes. Con razón dijo Shopenhauer (y perdonen que cite á este autor y no á un santo, porque cada cual tiene los suyos, que cualquier hombre que oyere lo mal que á su espalda se habla de él y las insidiosas calumnias, se moriría de coraje.

—Pero señores canónigos ¿y el noveno... *no desear la mujer de tu prógimo?* comprendo que se prohíba el adulterio; pero el deseo es imposible. Yo y como yo, todos los mortales, no cruzamos en la vida con una mujer, con una hermosa mujer y sin acordarnos del noveno ni de nada, nos extasiamos mirándola, sin pensar si es casada ó monja, y sin querer, la deseamos, no habiendo en ello nada malo, es el instinto de la especie que nos dice —¡he ahí una mujer! tiene las caderas anchas para sostener el embrión de tu hijo, el pecho prominente para amamantarlo y la especie que nos hizo poligamos, nos incita á que saltemos por todo. Nosotros nos absten-

dremos de ofenderla gravemente y nos guardaremos nuestro proyectado hijo, para mejor ocasión, pero desearla... dejar de desearla, sería lo mismo que ser eunucos; y Moisés que como hombre antiguo estaba atrasadísimo y no sabía nada de eso, del instinto de la especie que desea vivir y perpetuarse, dió este necio mandamiento.

El décimo *no codiciar los bienes ajenos*; ustedes querran ser Obispos y yo Rey y un campesino general. Y las fincas y oro de los ricos las desean los pobres, y los ricos el hambre, buena salud y alegría de los pobres.

Este conjunto de deseos de los bienes ajenos, este acicate por poseer lo que no se tiene, este... dulce y sabroso, cual fruto del cercado ajeno, es lo que hace á los hombres afanarse por vivir y vivir para desear. Viviendo en esta sed de deseos, que suprimidos harían la vida tétrica y horrible sin aspiraciones, ni anhelos, alegrías ni satisfacciones.

Esos son los mandamientos, la ley escrita, imposible de llevar á la práctica por hombres de carne y hueso, sino por eunucos y desesperados ó ansiosos, avaros del vivir ultraterreno que dejan pasar una vida real y positiva, llena de emociones (dolores y alegrías), para sumirse en el dolor y la maceración, esperando otro vivir deleitoso de ese cielo invisible en el que ya poca gente cree.

Quedáronse los clérigos perplejos al oírme tantas cosas sacrílegas, y el más gordo de los dos, dando un fuerte manotón, me indicó la puerta con ademán de juez. Salí, en la puerta me despidió la sobrina apetitosa y me vine á casa, cruzando por calles llenas de iglesias, conventos y mendigos.

Hacía un gran frío, que sentían en el cuerpo los pobres que no tenían gabán, y temían que á pesar de la inagotable clemencia divina, de no templar el tiempo, morirían ateridos.—*Escolapius*.

El periódico fué vendiéndose cada día más y la propaganda anticlerical abundando que era un portento. Y así las cosas, vinieron al poder los conservadores, los católicos, los amigos del orden, la religión y las buenas costumbres; y á Silanca fué de Gobernador un señor, que en su juventud fué carlista, hombre chapado á la antigua, que lo primero que hizo fué suprimir el periódico y empapelar al editor. Las ideas nuevas habían echado raíces y la suspensión fué seguida de un motín con pedrea general á los conventos, cargas de la Guardia civil, toques de atención y descargas.

Después el periódico salió con nuevo nombre, *La Libertad*; el título hizo montar en cólera al bilioso Gobernador. Figuraba como director, redactor y propietario el Sr. D. Ve-

nancio Hurtado, catedrático de Filosofía de Silanica. El primer número de *La Libertad*, produjo un escándalo mayúsculo; el segundo no llegó á salir porque fué suspendido por la autoridad, embargada la imprenta para responder á las costas y procesado D. Venancio por ataques á la religión, á la forma de gobierno y á la fuerza pública. El claustro de profesores se reunió en Tribunal de honor y acordó destituir á D. Venancio.

Pasó D. Venancio cerca de un año en la carcel, verificóse la vista y ni el Tribunal popular, ni el de Jurisdicción militar, encontró delito alguno, por lo que salió libre pero condenado en costas; pues alguien había de pagar tanto gasto como se había hecho, por lo cual quedó D. Venancio sin cátedra y completamente arruinado. ¡Alabado sea Dios!

El pobre profesor de filosofía fué poco á poco olvidado, y hasta sus más acérrimos partidarios se separaron de él cuando lo vieron en aquella gran estrechez y miseria, trabajando como una hormiga para no morir de hambre y llevar con dignidad sus andrajos.

Un día recibió aviso de que se presentase en el convento de cartujos, distante como una hora de la población. Querían encargarle unas lecciones. D. Venancio pensó no ir; luego azuzado por la necesidad, esa vieja infame madre de

todo lo bueno y lo malo, se decidió á ir. Una mañana de invierno, una de esas dulces mañanas de Castilla, tomó D. Venancio el camino del convento. El Sol entibiaba el aire, hacía un día hermoso. A poco de andar entró en tierras del Monasterio; era éste un antiguo templo cristiano rodeado de extensas tierras de labor, viñas y huertas. Databa la construcción del siglo XII ó XIII, y fuera de su mucha edad, no tenía otro mérito. El arte había huído del aspecto severo del templo románico. Por el camino encontró algunos albos monjes que trabajaban la tierra. Según fué acercándose al Monasterio, los frailes se hicieron más abundantes, todos le saludaban.

Por fin llegó, estaba fatigado; la caminata no era propia para sus piernas viejas y su cuerpo en continuo lidiar con la miseria y escasez. La puerta estaba abierta y entró en un zaguán empedrado; un monje blanco y rasurado le besó las manos y le condujo por amplios claustros blanqueados, á la celda del prior. Había en toda la casa un gran silencio, limpieza y blancura, cosa que le daba un aspecto de sosiego y tranquilidad que consoló el pobre corazón de D. Venancio, que á pesar de anticlerical, sentía agrado por las cosas bellas de la Iglesia.

Entraron en la celda del prior sin anunciarse ni llamar. Era la tal celda un cuarto muy gran-

de, de paredes encaladas, desprovistas de muebles y adornos, un crucifijo grande en la pared y una mesa de pino tosco, eran todos los lujos de la habitación. El prior estaba de rodillas en en el suelo, orando con la cara entre las manos

Don Venancio y el fraile acompañante, esperaron á que la oración terminase para dar muestras de presencia; el fraile poniendo el dedo ante los labios, indicó silencio como si entrasen en alcoba de niño dormido.

El Sol entraba por la ventana llenando de blancura el cuarto. Pasó un gran rato hasta que el fraile acabó y se puso en pie. Era el prior hombre de unos cuarenta años; alto, recio, de cara afeitada y el color amarillento, sin duda, de las maceraciones y penitencias, ojos azules, de un mirar amable, que parecían acariciar lo que veían; hízole á D. Venancio una profunda reverencia, y, después, puesto de rodillas le besó las manos.

Don Venancio se sintió molesto ante tanta humildad y le hizo levantar.

—Iremos á la huerta si á usted le place, allí nos podremos sentar, pues aquí en esta pobre celda no hay esos lujos de sillas que nuestra regla y pobreza nos prohíbe.

Salieron de la celda y recorrieron los claustros silenciosos y blanqueados hasta dar con un gran portón, entrada de la huerta ó jardín. El

fraile iba delante guiando, con sus blancos hábitos al viento, y sus pies desnudos que no hacían ruido. La huerta era un jardín limpio y bien cuidado, que se fundía con una huerta inmensa que á su vez se unía á las viñas, y á los campos sin tapia ni cerca. Se sentaron en una gran piedra que hacía las veces de banco. D. Venancio estaba satisfecho, su espíritu revolucionario condenaba todo aquello de iglesias y conventos, pero su parte de poeta, el artista que llevaba dentro, estaba encantado. Hubo una gran pausa que rompió el filósofo.

—El jardín es muy hermoso, tienen ustedes flores muy bellas... la huerta también es grande y bien cuidada, pero sin cerca... les robarán el fruto.

—No señor, la fruta se roba cuando se prohíbe, y aquí la fruta es de todos; quien entre á comer no será molestado; nosotros no ponemos cerca ni candado á nada, las flores y los frutos son de Dios, y lo mismo podemos cogerlas nosotros que somos los que los cuidamos, que los demás hombres, que los pájaros; todos somos hijos de Dios, y Dios sabe para quien crea las cosas, Aquí, en el convento, se da hospitalidad á todo el que la pide, claro que no hay muchos pedidos, porque nuestra regla dicen que es dura..... yo la encuentro aun débil, nuestros delitos son enormes. Aquí vivimos en gran mezcla

hombres que en el mundo fueron grandes señores ó pobres campesinos, pero malos todos, que arrepentidos de sus fechorías, se imponen ellos mismos sus castigos y su retiro fuera del mundo, donde no hay más que miserias y ruindades. *Vanitas vanitatis et toutun vanitaten*. Todos somos felices en este nuestro voluntario retiro; en el convento no hay puerta que se cierre; si alguno no le conviniera nuestra regla, podría marcharse, nadie ejercería coacción sobre él, aquí no manda más que Dios y todos somos felices, nadie piensa huir de este retiro.....

Don Venancio estuvo un rato silencioso; los pájaros volában á bandadas sobre la huerta, confiados; de pronto se acordó que había ido para algo.

—Yo, señor prior, he venido porque he sido llamado.....

—Sí, hermano querido, yo le pedí á Dios que viniérais, y habéis venido; sé que pasáis una estrecha vida, que habéis perdido todo lo que poseáis (bienes terrenos) y que no poséis nada, ni siquiera confianza en Dios, todo clemencia y bondad, pero son todos sus hijos los buenos y los malos.....

—Supongo que no pretenderá usted catequizarme.....

—Nada de eso, hermano, no lo pretendo porque sé que es usted bueno, usted es un buen

hombre incapaz de matar una mosca, pero un hombre en quien las pasiones hicieron presa, un revolucionario.... Yo también brillé en el mundo y fuí poderoso, poseí riquezas, honores, mujeres, pero todo lo dejé, porque poseyéndolo, nada poseía y vine aquí donde no teniendo nada todo lo tengo, y aquí, mirando al cielo, me encuentro mejor que allá abajo mirando cosas que exaltaban mi ánimo sin darme sosiego ni paz. Yo he sabido todas las tribulaciones porque usted ha pasado, y lo he juzgado benévolamente á pesar de ser usted enemigo de la buena causa; de la causa de Dios.

Yo, al pretender salvar á usted, no pretendo que venga con nosotros y termine aquí sus días en paz y dulzura, sino que, sabiendo sus apuros, yo he buscado una colocación para usted; en Roma; se está ordenando el archivo de la orden, yo sé el profundo conocimiento que de filosofía y lenguas usted tiene, y he pensado que nadie mejor que usted podría ir allí á ordenar aquel sinnúmero de manuscritos y libros en revoltijo, porque nosotros no nos cuidamos de estas cosas de papeles, sino de mal vivir para bien morir y vivir después. Sé que á sus ideas anti-religiosas repugnará esto de servir á la religión, nosotros pagaremos lo que se convenga, nõ nosotros, que no poseemos ni una sola partícula del abominable dinero, sino el Vaticano

que desea tener bien arreglado nuestro archivo para tomar en él los datos que necesitare.

—Señor, yo respeto sus hábitos é ideas y hasta encuentro bien el que ustedes que son de esta escuela filosófica cristiana, lectores acérrimos del *Kempis*, imitadores del filósofo de Judea en todo lo que pueden, vivan así, pues así á nadie hacen daño y prohibirlo ó mezclarse en su vivir, sería atacar la libertad, pero no me parece digno el aceptar el cargo que ustedes me ofrecen y yo agradezco; no es que yo tema lo que de mí se diría, es que temo lo que yo mismo de mí diría al traicionar mis ideales.

—Vamos, calma... no crea usted que en esta proposición hay intriga política ninguna, se lo digo yo que desde que visto hábito no he mentido, hay solo deseo de favorecerle, si usted encuentra por ahí otro cargo ú otro negocio en el que nuestra recomendación pueda servirle de algo, venga sin reparo, nosotros somos desconocidos en el mundo, con el que tampoco trato tenemos, nada valemos, nada podemos hacer, pero pediremos por usted á Dios y esto será bastante.

—No creo en milagros, gracias á la religión, al clericalismo, á la intriga ultramontana, me veo en la miseria sin mi Cátedra, sin mis alumnos, sin mi modesta fortuna, sin mis libros, sin nada... gracias á los trabajos de los adoradores de

ese Dios que yo no veo por ningún lado, de ese mito...

Dios no existe y si existiera, no consentiría las injusticias que conmigo se han hecho, ni presenciaria cruzado de brazos (pues que en todo lugar está) los innumerables crímenes, los robos, los asesinatos, las violaciones... las epidemias, inundaciones, incendios, enfermedades horribles, que ponen los pelos de punta. Dirá usted que todo esto lo hace para probarnos, pero yo arguyo que él ya sabe como somos, pues por algo es Dios infinitamente sabio, principio y fin de todas las cosas; además, que estas pruebas á que nos somete, son dolorosas é innecesarias, ¿no se dice que no se mueve la hoja del árbol sin su consentimiento? Pues entonces él es el que prepara esas hecatombes. Yo sería religioso, yo amaría á Dios, pero sería si Dios existiese, y si existiera sería la suprema bondad, suprimiría el dolor que aflige al hombre y todos seríamos buenos y dichosos...

Don Venancio se había puesto en pié, claro se veía en él á Escolástico que resucitaba; el monje se hincó de rodillas, pálido y convulso, le besó los pies suplicante.

—No blasfeméis, por Dios, no blasfeméis, os lo ruego...

—Bueno, callaré, guardaré mis verdades para otra ocasión, pero guarden ustedes las

suyas para decírselas á otro, á uno que no haya sufrido y penetre en la vida, pero los que como yo somos viejos y sentimos la angustia del descenso, á nosotros, que no nos vengan con farsas.

—Entonces usted cree que los religiosos somos unos farsantes.

—La mayor parte, sí; otros como usted son sinceros pero son los menos, los que como usted se retiran y renuncian de veras al mundo, son unos pobres creyentes, locos de manía uniforme, que se asocian para hacer sus desvarios, hombres buenos como los que se retiraban á orar á la Tebaida. Decirme que otro destino no hubiera sido el del mundo sinó hubiera existido el Cristianismo; la mayor parte de las guerras no hubieran ocurrido, ni las persecuciones y martirios de cristianos, ni las cruzadas, ni las matanzas de Holandeses por el sanguinario Felipe II, ni los tormentos inquisitoriales, ni las guerras con el turco, ni la Reconquista que sumió en la barbarie á España floreciente con la civilización arabe, ni... pero á que seguir, sé que cuanto diga será inútil, tiene usted manía religiosa é irá contra toda razón afirmando que es ahora de noche, si esto fuera artículo de fe ó estuviese mandado por alguna pastoral. Es usted un ciego á quien hablo de la luz, un sordo á quien explico armonía.

Costó grán trabajo á D. Venancio deshacerse de los brazos del fraile que quería besarle los pies en señal de humildad. Luego se despidió; el fraile volvió á pedirle perdón, si en algo le había agraviado y D. Venancio tomó el camino de Silanca.

Era medio día, los frailes seguían inclinados sobre la tierra cavando en silencio, á lo lejos se veía la capital envuelta en el humo azul de las cocinas, el Sol doraba la tierra y los pájaros iban de aquí allá alegrando los campos con sus trinos. D. Venancio marchaba erguido como si hubiera ganado una batalla, al andar seguía hablando en alta voz, como si pretendiese convencerse á pesar de lo convencido que estaba, el ejemplo de aquel día le había llegado al alma.

—Son locos de atar, decía; á fuerza de trabajos consiguen atrofiar su razón y creen los mayores absurdos, atroflan su voluntad y hacen los mayores dislates, atroflan su cuerpo y apenas comen ni duermen, llegando al estado calenturiento que llaman éxtasis como los fáquires... esta doctrina negativa debe desaparecer. se debe anular la idea para que viva el individuo...

Y mientras el filósofo iba solo por el camino perorando; el fraile lloraba con la cara entre las manos.

—La duda, la maldita duda, Señor, perdón; he dudado por un momento de vuestra existencia, las palabras de ese hombre casi me habían convencido, ¡perdón!, mi fe renace, existís, sois bueno...; y lloraba.

Súbito se hizo un gran ruido, la campana doblaba chillona, llamando al refectorio, el Sol brillaba en su mayor altura.

El monje se quitó las manos de la cara, delante, en un rayo de Sol que pasaba por entre dos árboles, estaba Jesús...

Jesús Nazareno, envuelto en su túnica morada que le miraba sonriendo y le bendecía con su mano llagada.





DIÓGENES



Diógenes era un muchacho apocado, de mal color, ojillos grises y vivos, nariz larga sembrada de puntitos negros, bigotito lacio, muy lacio, pellejo amarillento. Vivía agachado dentro de su dermato esqueleto, y se escabullía de todas partes procurando no llamar la atención, su mayor placer era pasar desapercibido. En invierno con un gabán despeluchado y un hongo grisiento, en verano dejaba el gabán y aparecía con el eterno traje verde que sin duda podía competir en edad con la túnica de Noé. Sus compañeros de Universidad lo miraban despreciativamente, y el sonreía ante sus cuchufletas, no siempre de buen género. Para los universitarios, Diógenes era un hombre célebre que aprobaba siempre las asignaturas y esto es una cosa muy rara entre los estudiantes. Cuando alguno de ellos tenía una duda, Diógenes la descifraba y no porque fuese una superior inteligencia, sino porque Diógenes estudiaba mucho, pero mucho. Y poco á poco iba aprobando asignatu-

ras y aproximándose más al tan suspirado título.

Era una sabandija, se colaba en todas partes, se había colado en la Universidad. Quería ser médico. Su nombre era Anselmo Colis, cuando entró en los claustros le llamaron *el ratón* por su figura y por su hociquillo, después su filosofía le hizo merecedor de su segundo apodo. Resistía toda clase de bromas por pesadas que fueran, siempre que no se metiesen con su indumentaria, cualquier ataque á la envoltura supraepidérmica le ponía frenético, rabioso, fuera de sí; cierta vez le rompieron el sombrero, y en poco estuvo que no rompe el alma al autor del desaguisado. Diógenes vivía en mundo aparte, siempre estaba silencioso unos creían que era un tonto, otros un filósofo. A todo y por todo sonreía tristemente. No tenía más familia que su padre, un pobre señor que se pasaba el día ante los libros de una casa de banca. Padre é hijo eran amigos, se habían comprendido trabajaban en la mutua defensa, el mundo exterior les importaba poco. Vivían pobremente, la carrera del chico consumía mucho dinero, de ahí los equilibrios económicos. Los domingos iban de paseo por el campo, por la Moncloa que es la caminata de los aburridos. Hablaban el uno de balances, el otro de Terapéutica. Se entendían, otras veces los proyectos hacían el gasto de la conversación.

—Cuando sea médico usted descansará—decía Diógenes.

—Trabaja para cuando yo falte, contestaba el padre.

Esta era la fórmula de su existencia, el uno por el otro los dos para los dos. Realmente sus vidas eran sombrías, cuando se persigue un fin lejano, el alma se cansa de esperar y se pierde el deleite de la comparación, entre la actual y la futura existencia, parece como que se desconfía de que el fin pueda llegar. Un día el padre tuvo un vómito de sangre, ocurrió lo que debía ocurrir, el trabajo constante, la mala alimentación, el local obscuro y húmedo que le servía de oficina, habían ido poco á poco destruyendo su vida. Diógenes se asustó, había calado muy hondo en la enfermedad de su padre, aquello era cansancio físico y moral que habían enjendrado una tisis galopante, imposible de alcanzar con sus pocos recursos. El sabía que la tuberculosis se curaba en el campo, comiendo bien, bebiendo mucha leche y no trabajando nada, y aquel tratamiento no era compatible con la falta de recursos. La enfermedad que venía derecha no esperó y Diógenes que había resistido indiferentes las espeluznantes tragedias de el Hospital, se sintió emocionado, chilló y rabió de su impotencia cuando su padre entró en el período agónico, fué una

muerte horrorosa, una lucha titánica la de aquel hombre que se resistía por dejar una vida miserable, que ningún placer le proporcionaba. El tenedor de libros comprendió que la lucha no podía prolongarse, que las fuerzas le faltaban, y el fin estaba próximo, abrazó á su hijo diciéndole: ¡Acaba la carrera! y después al oído como si fuere secreto de estado ¡No te fies de nadie! dicho esto, desapareció con el caos insondable de la muerte. La desesperación, la rabia, ira y cólera tomaron posesión de Diógenes. No fué su dolor de los que desahogan en lágrimas si no de los que estallan puñetozos. El que no había en su vida matado un mosquito dábase ahora en buscar con quien luchar, á quien matar, ya que el incógnito autor de sus desgracias, permanecía oculto entre las sombras de lo desconocido. Llenóse la casa de jentes extrañas. Los compañeros de oficina pagaron el modestísimo entierro y aún pudieron dar 20 duros á Diógenes. El andaba como loco, no sabía como agradecer todas aquellas bondades que hacían hombres tan pobres y tan miserables como él. En poco estuvo que su razón no se volvió al revés. La muerte de su padre le afectó mucho, el ¿qué hago yo ahora? le asustó más. Le faltaban dos cursos para acabar la carrera. El dilema que se presentó era irresoluble. Trabajar ó estudiar. ¡si estudio, no como! ¡si trabajo, no estudio! Dió-

genes creyó encontrar la solución, trabajaría y estudiaría. El tenía algunas habilidades y fácilmente pudo entrar á ocupar el puesto de su padre. Ahora sí, que ganando un mezquino sueldo y trabajando más que nadie. Vendió todos sus pobres muebles y con los libros y un catre se fué á vivir á una guardilla de la calle del Amparo. Entonces vino para Diógenes un período de prueba. Pasaba el día trabajando en la casa de Banca y la noche estudiando en la guardilla. Aquella vida le conduciría al mismo fin que su padre, pero el confiaba mucho en sus fuerzas y en que solo por dos años la podría resistir. Por entonces ocurría un suceso que cambió el curso de los acontecimientos.

Un día, al ir al cotidiano trabajo, se cruzó con una muchacha bastante guapa. Diógenes se contentó con mirarla de reojo; los encuentros, que á lo primero fueron casuales, después se hicieron diarios. Diógenes pasaba siempre á su lado y se contentaba con mirarla, después en la oficina, en la guardilla y en todos lados tenía presente á la modista, se le aparecía como espectro del otro mundo, no tenía más que cerrar los ojos y la veía alta, guapetona, envuelta en su mantón á cuadros con el pelo rubio, peinado á la raya; un peinado muy artístico, muy modernista, que á él le gustaba, no sabía por qué. Diógenes, que era casi médico y no creía en el

amor platónico, se preguntaba cómo estando tan mal nutrido se podía haber enamorado... Y no vaya á creerse que perdió el apetito y el color y la alegría, muy al contrario se encontraba fuerte como nunca y sintió esa rebosante alegría que ante la vista del objeto amado sienten los hombres. Un día la saludó, ella se quedó admirada, al día siguiente repitió el saludo y así, con sonrisas y saludos continuaron sin decirse una palabra cruzándose en la calle como dos tranvías á gran velocidad.

Ella, en cuanto le veía, sonreía, él sonreía también, y al pasar por su lado la decía chicleos, todos los días diferentes, siempre premeditados, primero fueron las flores reales como reina, princesa, emperatriz, sultana; después astronómicas: Sol, lucero, sistema planetario, cometa deslumbrante, y agotado el repertorio, que no fué escaso, se metió con las flores largas, muy largas, de esas que para entender su significado, hace falta saber al dedillo la Botánica, Mitología, Zoología, Geometría é Historia Universal. La clasificación de plantas por D'candle, la de minerales por Hahuy..... y los versículos de la Biblia. Esto duró un mes largo; Diógenes ideó muchos planes para decírselo, pensó muchos discursos, pero siempre lo dejó para el día siguiente, su gran cortedad le impedía dar aquel salto; un día se dijo.

—De hoy no pasa.

Al encuentro de la niña, en vez de lanzar el acostumbrado requiebro, Diógenes saludó, y muy serio, empezó á soltar el discurso que se traía embotellado:

—Simpática joven, creo que habrá usted notado la agradable satisfacción que siento al verla.... Pero la joven no oía, no escuchaba, seguía andando á gran velocidad, con esa vertiginosa marcha que llevan por las calles las modistas.

Diógenes no desalentó, echó á correr detrás de ella, y entre salto y empujón continuó disparándole el discurso á quema ropa, y en alta voz, haciendo que se enterase todo el mundo que transitaba por al lado.

Ella continuó veloz, sin hacer caso, sin volver la cabeza, colándose por entre la gente, siempre seguida por Diógenes, *como el perro sigue al amo, como la soga sigue al caldero*. De pronto él se enteró de que todo el mundo le miraba, algunos sonreían en actitud burlona, estaba llamando la atención, esto de llamar la atención, era para Diógenes peor que llamar al demonio, hubiera querido desaparecer, echar á volar ó algo así; no pudiendo ser nada de esto, agachó la cabeza, giró sobre los talones y todo corrido y avergonzado, tomó camino de la oficina, donde aquella tarde no hizo más que equivocarse y mirar con recelo, creyendo que todos estaban en

terados de la comedia de la Puerta del Sol.

Toda la noche la pasó Diógenes paseando por la guardilla ideando planes, hablando en alta voz gesticulada, pataleando, temblando ante la ridícula situación en que le habían puesto sus anhelos amorosos.

Tras de mucho dudar, decidió escribirla una carta; primero hizo el borrador, después la copió con hermosa letra inglesa, y en estas tareas le cogió la hora de ir á la oficina. La carta era una relación larguísima de sus amores. Empezaba diciendo: «Encantadora joven del alma mía»; después se quejaba amargamente de su ingratitud y hacía protestas de amor, le aconsejaba que resolviese sola, «en la soledad que la almohada apadrina», para que le concediera lícitas relaciones y un poco de amor. Satisfecho de su epístola Diógenes, la confió al correo y fué á la oficina por otro camino, con el fin de no encontrar á la reina de su corazón hasta tanto que no recibiese la carta.

Al otro día extrañó el no encontrar á su dulcinea, y ya iba á entrar en la oficina, mal humorado y triste, cuando un individuo le tocó en el hombro diciéndole.

—¿Sería usted por casualidad el llamado Colis. Era el tal individuo de suma talla, nuez y naríz sobresalientes, cara amojamada, tipo colosal de chulo de café, con pantalón abotinado sistema

acordeón y gorra echada sobre la oreja. Diógenes sintió, no miedo, sino pavor inmenso, al verse interpelado por individuo de tan mala catadura.

—Pues ha de saber usted, pollito, continuó el hombre fiero, que á mi socia nadie la escribe cartas ni la dice tonterías, porque al que la dice algo me lo como crudo y le doy dos patadas... usted es un lipendi y un cualquiera que parece que lo han parido y no le han sudado... A continuación, y antes que Diógenes pudiese echar á correr, empezó el chulo á darle bofetadas y palos y puntapiés, armándose por tal motivo un escándalo superferolítico. Maltrecho, mal herido y apabullado, entraron á Diógenes en la oficina, y antes que pudiese respirar, ni contar sus cuitas, lo llamó aparte el jefe de la casa.

—Señor Colis, siento mucho el accidente que en el portal de esta casa acaba de ocurrir y como quiera que no estoy dispuesto á que estas escenas, que menoscaban la formalidad de la casa, se repitan me veo en la imprescindible necesidad de decirle que desde este momento deja usted de pertenecer á esta casa.

Si le dicen á Diógenes que su padre había resucitado, no se asusta tanto como le asustó lo que le dijo el Jefe.

Pálido, ensangrentado, con la ropa hecha jirones, salió á la calle, recorrió Madrid y al obscu-

recer, molido, cansado, hambriento, desilusionado, entró en su guardilla donde se acostó temblando de rabia y miedo ante la negrura que para él tenía el porvenir.





El libro de los ladrones

Publico aquí algunas historias de bandidos, fragmentos de *El libro de los ladrones*, manuscrito inédito que algún día publicaré, si tuvieren fortuna estos pequeños adelantos que hago de él.

ROBO NOCTURNO

Era de noche, en la casa todos se habían recogido, yo únicamente velaba en mi despacho, el silencio interrumpido solo por el suave rumor del rasguear de mi pluma, era solemne, de pronto deje el trabajo, se oyó un ruido ágrío, desagradable, algo como uno de esos crujidos que dan los muebles cuando cambia el tiempo, instintivamente escuché..... se oían ligeros susurros, pensé que serían ratones ó..... ladrones, este pensamiento me alarmó, yo no tenía cosa que me pudieran robar, algunas antiguas joyas de familia, un poco de dinero... nada; pero la

idea de que personas extrañas anduvieran por mi domicilio me heló la sangre.

Rápido cogí de una panoplia, dos pistolas de arzón eran dos antiguas pistolas inglesas, preciosas joyas que yo tenía en la pared como elemento decorativo; pero además cargadas por si algún día se me ocurría suicidarme ó matar á algún semejante, yo creo que las armas de fuego deben estar siempre cargadas, y en disposición de usarse; examiné las armas, les puse pistones, apagué la luz y escuché; el leve murmullo continuaba en la habitación inmediata, era algo así como un gato que arañase la madera, yo sentí miedo, angustia, pensé si mis pistolas no dispararían á tiempo, pensé en la muerte, en un asesinato, y luego tomando una extrema resolución, abrí la puerta y penetré en la habitación próxima; ocultéme trás un biombo, la obscuridad era grande; pero por una rendija del biombo se vislumbraba una ligera claridad, miré, un hombre alumbrado por una linterna sorda trabajaba en forzar un mueble, hasta entonces no sentí verdadero miedo, hasta que no tuve la evidencia de que el ladrón existía sin pensar en las consecuencias que aquello podía traer, amartillé las pistolas para matar al ladrón, el ruido que el piñoteo produjo alarmó al ladrón, que miró á un lado y á otro y después corrió la pantallas de la linterna quedando todo en gran obs-

curidad y silencio, yo agazapado trás el biombo escuchaba, se oyeron voces en la calle, transeuntes que pasaban hablando alto..... volvió á reinar el silencio y así pasaron no sé si dos minutos ó dos horas: yo tenía las armas fuertemente cogidas. Luego el ladrón, pensando sin duda que aquel ruido era hijo de su temor, recorrió la pantalla de la luz y volvió á su *trabajo*, esto me exasperó, era un hombre solo y estaba á mi voluntad, podía matarlo antes que se moviera, hice girar el corta corrientes y la habitación quedó brillantemente iluminada, el ladrón sorprendido, se levantó rápido cogió la palanqueta y se dispuso á defenderse, pero la vista de mis dos pistolas que le apuntaban le intimidó, tiró la palanqueta y levantó los brazos en alto con las manos extendidas, se entregaba; un ligero temblor agitaba su cuerpo, tenía miedo, yo pronuncié las palabras que en estos casos dicen los que tienen la fuerza de su lado.

—¡Como te muevas te mato! ¡Ladrón!...

No se por que es eso del tuteo del más fuerte, los ladrones tutean á sus víctimas y son tuteados por sus aprensosores, esto es una falta de urbanidad que no está bien en ningún caso, el ladrón temblaba.

—Señor, no tire que me entrego..... yo sentí una gran confianza y perdí ya el poco miedo que

me quedaba, mis armas habían hecho el efecto moral apetecido.

—De usted dos pasos y vuélvase de espaldas, mientras llamo para que le prendan y procure obedecer las órdenes que le doy, para evitar el ruido y la alarma que producen los tiros; el ladrón obedeció diciendo:

—Señorito, por Dios, no grite, vendrán las gentes y todos me pegarán, me pellizcarán, me arañarán cuando me vean más atado, es lo que siempre pasa.

El balcón estaba abierto, era por donde entró el ladrón.

Pensé un momento en avisar al sereno, pero luego, cambiando de opinión, puse una barrera de sillas entre él y yo y le ordené que se volviera, todo esto ocurrió en un instante, el foragido giro sobre los talones automáticamente. Era un hombre joven, de rostro afeitado y agradable, yo hasta entonces creía que los ladrones tenían la cara barbuda y feroz.

—Voy á dejarle á usted marchar libremente, mis convicciones me impiden sumergirlo en una de esas cloacas, que llaman presidios, donde nada bueno aprenderá usted... el ladrón me miró con agradecimiento, y asombro.

—¿Cómo se llama usted...?

—¡Yo! Juan...

—¿Juan qué...?

—En el oficio me llaman Juan *el Rata* en el mundo llevo un nombre, que ni á usted ni á nadie diré.

—¿Qué oficio tiene usted...?

—¡Ladrón! es decir, cerrajero, carpintero, cómico, atleta... todo en una pieza; vivo del robo, he estado en presidio una vez, y preso varias...

—¿Y no siente usted odio hacia su vil oficio... no desea una vida más tranquila, una profesión honrada, una familia?

—No señor, estoy contento con mi perra suerte; soy abogado por lo que me defiende, solo cuando me prenden; en cuanto á familia, ¡cómo voy á tenerla! con esta vida aventurera que llevo, soy ladrón porque necesito dinero en abundancia para satisfacer mis pasiones, mis vicios, mis necesidades, ¡pero esto parece una interrogación judicial!...

—No olvide que su vida está entre mis manos.

—*El Rata* dió un paso atrás y palideció ante las pistolas que lo tenían encañonado.

—¿A leído usted el diálogo entre Juan, Valjean y Montparmss en *Los Miserables*?

—Si señor, y no me ha convencido; yo soy ladrón por temperamento, exploto la alta estafa, el timo del *entierro* en toda su magestuosidad y cuando hago un buen negocio me dedico á gas-

tarme el dinero alegremente sin *trabajar* ni meterme en historias, compro joyas, visito los buenos restaurants, me encargo ropa de moda, poseo buenas mujeres..., pero luego el dinero se acaba y hay que *robar*, los que como yo amamos la libertad, no nos sometemos á las leyes, al trabajo sistemático y continuo más que á la fuerza, el oficio está muy malo, hay pocas casas donde haya dinero, todo está en los bancos y sociedades de crédito; y estas casas son fortalezas inexpugnables para nosotros, en cuanto á la estafa y el timo, una porción de inábiles *industriales* los ha echado á perder. Claro que entre las muchas quiebras que el oficio tiene, una es ésta, la de ser prendido y aun peor ser muerto. Si á usted se le escapase un tiro yo moriría aquí indefenso, á pesar de que mi delito no es tan grande, que merezca la pena de muerte. Si ahora usted llama y me prenden, me condenaran á seis meses de presidio, es robo frustrado, artículo 516 del Código penal, si me cogieran huyendo sería robo efectuado, artículo 519; seis años, por eso no me muevo, no por el miedo de sus pistolas, pues podría usted tirar y no darme, pero alarmaría la calle y sería capturado, en este mundo todo depende del azar, por eso yo amo el juego, causa de todos mis males y aventuras.

Si usted no hubiera traído las malditas pisto-

las, yo hubiera huido por el balcón, y me hubiera abierto paso por la fuerza, porque yo no puedo mandar que le prendan á usted y el hombre que se mete en estos negocios, aunque le repugne verter sangre, está siempre dispuesto á todo.

—Pero usted desdichado, no piensa en el probable porvenir que le espera: ¡el presidio!, ¡la horca!...

—No miente usted, á la horca, es lo único á que tengo miedo en este mundo. Aún no he matado á nadie, aunque motivos he tenido para matar; pero solo pensar en el garrote, me pongo enfermo, por lo demás todo depende del azar, de el destino, usted que llevará sin duda una vida honorable, morirá mañana de una pulmonía ó le caerá una teja, yo, que soy un pillo de cuidado, moriré de *eutanasia* de viejo y así es todo...

—Pero me parece mentira, un hombre como usted, joven, ilustrado, con esas absurdas teorías... no ha sentido usted repugnancia por sus fechorías, no le ha gritado su conciencia...

—No señor, nada me repugna, mi conciencia no me prohíbe apoderarme de lo que puedo, en el mundo se han hecho leyes que reglamentan todo, incluso la propiedad, pero á mi me parece que todo está mal hecho y salto por encima, en el mundo hay dinero, este proporciona todo lo que deseamos los hombres, que como yo no

poseemos corazón ni sentimientos, sino deseos egoistas de pasarlo lo mejor posible, para alcanzar el oro no hay más que dos caminos; el negocio, la bolsa, el comercio, la industria; medios legales de amontonar dinero; el robo, la estafa, el engaño ilegal..., medios prohibidos de desplumar al prójimo, yo no puedo dedicarme á los primeros porque no tengo base (capital, formalidad, honradez é inteligencia mercantil) y me dedico á los segundos, poniendo al azar; mi vida, porque para robar tengo condiciones (osadía, agilidad, espíritu sutil y falta de aprensión).

Nuestros negocios no tienen más quiebra que el riesgo personal; por lo demás son seguros, ningún ladrón se muere de hambre, como esos pobres obreros legales que ganan un misérrimo jornal. Yo tuve un negocio de falsificación de moneda, en unión de un catalán que me decía...

— «Si no nos cogen seremos ricos, si nos cogen iremos á Ceuta, donde aunque se está mal, le dan á uno comida y vestido», como verá usted, la cosa no ofrece duda.

El dinero y con él las comodidades y el lujo; el buen vivir, lo tienen unos pocos con derecho indiscutible, otros no estamos conforme con este derecho, y hacemos que el capital circule, somos desamortizadores, tenemos la osadía de ir contra todo lo legislado, y esto nos hace admirables.

La masa general de ladrones que llenan los

presidios son pobres hambrientos que robaron para comer, los *profesionales*, los cambriolers amateurs, somos los menos y cuando caemos en manos de la justicia, procuramos hacerlo de buena manera para producirnos el menor daño posible. Yo en las primeras etapas de mi vida era bueno por imitación, luego me dediqué al robo por necesidad, ahora lo hago por necesidad y por instinto, los hombres nacemos con naturales disposiciones, los hay que les repugna el trabajo asíduo y reglamentado, no quieren ser ni gañanes ni empleados, no les gusta ni la agricultura, ni la empleomanía, que son las dos misérrimas ocupaciones de los que no tienen habilidad, según la fuerza ó la familia, estos seres que no pueden ser ricos, ni generales, ni obispos; estos hombres aventureros que quieren hacer su fortuna rápidamente de un salto, para tener tiempo de disfrutarla en esta vida, estos hombres que no se conforman con un puñado de garbanzos á costa de un vivir lento y obscuro, emigran, recorren el mundo, emprenden varios oficios hasta que se deciden y se juegan en la lotería la vida, lo único que poseen, el pellejo, unos se hacen toreros, otros vagabundos, otros ladrones ó estafadores, ó viven á salto de mata del sable y la mendicidad, empleando su imaginación ó su agilidad, ó su poca repugnancia para proporcionarse varios modos rápidos

de hacerse ricos ó pequeñas fortunitas, que derrochan, hechas en poco tiempo, con poco trabajo, pero trabajo aunque breve expuesto.

A medida que la civilización avance, habrá más ladrones, es que á la vez que se hace lo bueno, nace lo malo, con los adelantos crecen las necesidades, la vida se hace más dura y los hombres vagos trabajan en la sombra para crear lo que á la luz del sol les sería imposible. Hoy se falsifica todo, por eso nada tiene de particular que se robe, es decir, que se adquiera fraudulentamente la propiedad de una cosa.

Creo que he razonado mi oficio y he hecho á usted declaraciones que á nadie hubiera hecho, en pago á la generosidad de dejarme en libertad, pero no soy ingrato y si algún día nos encontramos en el mundo (no será en ningún asunto limpio) yo sabré pagar su buen comportamiento.....

—Pero donde va usted, supongo que no repetirá esta aventura.....

—No..... su casa es sagrada para mí..... preparare otro negocio..... yo proyecto mis asuntos cuando los principios van bien, todo sigue como una seda, primero hago un pequeño robo con fractura, asalto una casa..... esto me da una porción de dinero con el que vivo mientras maduro y pienso alguna estafa buena que es el centro del negocio (el entierro, los perdigones, el portugués) pongo una chirlata donde se da el pego,

preparo encerronas, luego, si triunfo, ¡á vivir! si no, á la cárcel, al encierro..... pero yo aprovecho el tiempo y mientras estoy preso, filósofo, estudio, discuro, proyecto, tomo informes para el porvenir,.... siempre *trabajo*, sólo odio la sociedad y las sociedades, además todos mis compañeros, son torpes y groseros, soeces y viciosos.....

—¡Caballero! buenas noches.....—dió un salto adelante, se abalanzó al balcón y se escurrió por el canalón á la calle Yo estaba estupefacto con las dos pistolas en las manos. Mi conciencia no estaba tranquila, debía haber mandado detener á aquel hombre que acaso mañana hará algún delito, gracias á mi insensatez.

De pronto se me ocurrió si aquel hombre me habría engañado y en la casa habría escondido algún cómplice, cerré el balcón, registré la casa y cuando ya más tranquilo entré en en mi cuarto, mi mujer al verme con las dos pistolas, creyó que me había vuelto loco y tomo lo que le conté como un delirio de mi mente, yo dejé las pistolas en mi cabecera y con ellas duermo desde entonces, aconsejando á todos los que me lean que hagan lo propio, pues aunque nada posean, algunas veces los ladrones se equivocan y más vale ir á la cárcel que al cementerio.

UN HOMBRE DE NEGOCIOS

Lo encontré en la calle vendiendo estampas, grabados, cromos, libros, periódicos ilustrados.

Era alto, afeitado, de nariz angulosa, acaballada, torcida, este defecto que afea muchas caras se debe á la costumbre de dormir echado al mismo lado siempre, el industrial llevaba ropa vieja, chulesca, boina minúscula, pantalones odalisca, era andaluz.

Entre el revoltijo de estampas, había algunas de mérito; pero rotas, sucias, llenas de manchas de barro. Le dí las señas de mi casa y vino por aquí con un cargamento de papeles.

Entre litografías, agua-fuertes, dibujos y libros, no encontré nada que valiera la pena, únicamente una estampa de Goya, un *capricho* destrozado, incompleto, unos restos de lo que fué en tiempos calcografía hermosa; yo quería indemnizarle del viaje infructuoso á mi domicilio y le propuse la compra de aquéllo, que nada valía, me pidió cien pesetas, y yo, asustado, le hice notar la falta de valor de la estampa.

—Sí, está rota, sucia, apolillada; pero eso le da más mérito.....

—Pero no comprende que las obras de arte pulverizadas dejan de serlo.

—Eso son máculas, esta estampa es de Goya

y tiene 400 ó 500 años..... por eso tiene tanto mérito.

—Entonces ¿tu juzgas de la belleza de las cosas por la edad?

—No señor, es que hoy ya no se hacen de estas cosas, por eso valen tanto.

Estos conocimientos me admiraron, aunque yo sabía cómo las gasta el vulgo grosero, en estas cuestiones de arte.

Le dí un cigarro y hablamos. Mi industrial era un chulo haraposo, un hampón andaluz, muy bruto y mal educado, como suelen ser los andaluces, de palabra fácil; no se paraba á pensar lo que decía, era uno de esos papagayos tan abundantes en España; con un poco de ingenio podía haber sido sacamuelas, vendedor de panaceas, diputado de oposición ó director de rotativo.

Entre su conversación rápida sin hilación se veía un tejido de mentiras, embustes, trolas sin cuento.

Había sido marino, había ido á Marrakues que es una ciudad de Africa cerca de Moka donde hacen el café; había navegado de artillero en el *Palinuro* bergantín mercante italiano (?) (los buques veleros del comerciό no llevan artillería; pero el *Palinuro* es un buque-escuela de guardias marinos italianos, que no lleva artilleros españoles.) Había estado en Buenos Aires

y en Nueva York, en Londres, en Barcelona, en Marsella, en Soria y en Vicálvaro. Había recorrido el mediodía de Francia vendiendo bolitas de naftalina para el dolor de cabeza, era desertor de la Marina rusa (¿)... pero á que seguir; sus cuentos eran inacabables, lo malo es que se los creía él; se remangó la chaqueta para probar sus bolas y ví su brazo tatuado en azul, el tatuaje se emplea más entre presidiario que entre navegantes.

En el presente vivía del *trato*, compraba muebles, cuadros, armas en montón, los clasificaba y los vendía separadamente, y á precios caros, siempre ganaba.

Además una bailarina del Real estaba *enamoraíta perdía* de él, y una marquesa le pasaba dos duros diarios, porque una vez á la semana fuese á visitarla, me habló de escritores contemporáneos, conocía algunos ingenios inmorales, según mi industrial, para ser talento era precisa una vida llena de crápula, vicios, inmoralidades, contra natura... un asco.

—Antiguamente Petronio Cesar, todos los hombres de talento eran unos tales...

Su conversación era chula, con dejos de caló y *camelos* intercalados, esta manera ridícula de hablar (tan en moda entre los señoritos) produce asco, por ejemplo, para preguntarme la hora que era, me dijo:

—¿Hace usted la *favorita* de decirme la *horaria*?

A la cabeza la llamaba la *chola* á los locos *chalaos* al dinero *parne, guita y monises*.... todas las palabras eran de mal gusto, empleaba para expresar, una colección de *timos* chulo-modernistas, decía: *sipi, naturaca, ninchi, cardibilis, socio, furcio y gabrieles, chipén de leren de majetolen de olen*, recitaba un verso japonés aprendido en sus viajes.

Ñiqui ñtíqui mequfe trabacarare mascase, mientras hablaba miraba todos los muebles de mi habitación, quien sabe si proyectaba un robo con fractura y nocturnidad, yo comprendiéndolo, se lo dije.

—Hombre, que cosas tiene el señorito, yo soy un hombre *honrao*, gano pa vivir, tengo varios oficios, entre otros el de *pianista*, pero vivo de mis negocios.

En China una vez...

No le dejé seguir, su conversación me molestaba; lo eché de mi casa de un modo grosero, como pertenece á un caballero de industria, tan necio, tan mentiroso, tan bruto, carne de horca y presidio, que infesta Madrid.

QUIEN MAL ANDA MAL ACABA, Ó TRISTE FIN DE UN BANDIDO

Yo podría con este título escribir una novela en varios tomos que tuviera la vida y andanzas del mal aventurado pillo Juan de Dios Expósito y Trubado; pero es tan real mi historia, que temo no hallarían gusto en leerla las porteras, criadas y demás parroquianas del género terrorífico.

Juan se crió en la Inclusa, el Hospicio y el cuartel.

A los 22 años era un guapo mozo, con el oficio de zapatero; muy sabido y escribido y con unas intenciones como los Míuras.

En el cuartel, aunque le castigaron no pudieron con él, robaba lo que podía de un modo hábil que hiciera recaer la culpa en otro.

A los veintiséis años ya había cumplido dos condenas por robo doméstico.

Luego vinieron los robos con fractura, las estafas tentativas de homicidio y por fin un robo en despoblado, resistencia á la Guardia civil y no sé cuantas cosas más, fué á presidio y se fugó varias veces para hacer más fechorías, hay hombres torcidos que tienen en la sangre el hace daño. Hombres de mal líquido.

Juan de Dios era así.

En una de sus escapadas mató á un civil y lo condenaron á muerte, pero lo indultó el Rey, hay pillos que tienen suerte.

Juan de Dios vino á Madrid, se veía entonces una causa por robo y asesinato. Juan de Dios se confesó culpable y vino á declarar; su treta era viajar para escaparse, pues en el robo y homicidios no había tenido parte ni arte, pero los fuñones de los civiles no dejaron de estar frente de él, no pudo fugarse.

Al volver de la Audiencia, después de confesar su farsa, se sintió indispuerto, á los tres días murió y para que vean ustedes la suerte de la persona y lo que es el sino.

La familia, que siempre le negó el saludo, reclamó el cadáver y lo enterraron en el Este, luego como la fosa era para varios muertos, fueron poniendo encima del expresidario cadáveres de pobres y el primero fué el de un Guardia civil, pues hasta en la sepultura tiene un civil para que no huya.

Esto ocurrió en Madrid en el año 1900 y el que dude que vaya al cementerio donde le dirán ser verdad lo que cuento.





López el Señorito

LÓPEZ era un hombre de regular estatura, más bien bajo que alto.

La Iba siempre mal vestido, pero mal vestido con *coquetería*. López vivía en su pueblo, allí era secretario, un oficio muy socorrido para los señoritos pobres de los pueblos. Luego se casó con una señorita, también *pueblerina*, y también pobre, que se había pasado la vida leyendo folletines y haciendo encajes de bolillos detrás de los visillos del balcón. Tuvieron varios hijos y siendo el pueblo muy feo para personas tan principales como ellos, decidieron venir á Madrid donde de seguro, López haría fortuna. Y con 4.000 reales que les dieron de la venta de todas sus tierras llegaron á Madrid una mañana de Otoño.

El primer mes lo dedicaron á ver Madrid y gastarse los 4.000 reales, recorrieron, curiosearon y se gastaron todo.

Fué preciso buscar trabajo.

López era un animal que no sabía ni sumar, pero tuvo la osadía de pretender qué se yo cuantos destinos oficiales y particulares, algunos de los cuales les fueron concedidos y quitados rápidamente al convencerse de su inutilidad. López vivía en los barrios bajos, en una casa de corredor, su mujer tenía todos los días cuarenta peloteras con las cuarenta vecinas de la casa que eran unas ordinarias y no sabían tratar con personas principales, aunque *probes*.

Un día de invierno se encontró mi hombre sin nada que empeñar ni á quien pedir, helado de frío y rodeado por sus tres hijos y su mujer, que tenían más hambre que lobos. López arregló su indumentaria y salió de casa con la prosopopeya de un millonario, dió un paseo tremendo estuvo andando por todos los barrios de Madrid haber si se le ocurría algo, pero como su cerebro estaba virgen de ideas, no pudo engendrar ninguna y volvió á casa ya de noche como había salido, con las manos en los bolsillos y la tripa vacía.

Al pasar por el corredor de su casa oyó gritos. Era un hombre que zurraba á la parienta. López pensó que esto era algo. Llegó á su casa, cerró la puerta y administró á su mujer la paliza más soberana que registra la historia.

Amanecía, cuando López despertó, en su camastro, á su lado, dormía su mujer desgredada,

con la cara morada de los golpes, tenía la boca abierta y roncaba ruidosamente, á los pies de la cama dormían los hijos apretujados unos contra otros. López pensó que aquella era muy grande carga para un hombre solo. Colócase una tras otra todas las prendas de su deshilvanada, rota y señoril indumentaria, y sin hacer ruido, quedamente, salió de su casa, atravesó el obscuro corredor y se encontró en la calle, el hambre le mordía las entrañas, Había nevado y llovía lentamente, un agua fría y triste, López recorrió varias calles, éste paseo produjo una inundación en sus botas, consecuencia de la cual, sus pies se pusieron glaciales.

A la altura de una tienda de comestibles se detuvo, no podía más; pensó en robar, pero la silueta de un guardia le trajo á la mente la idea de la justicia, los jueces vengativos que no tienen en consideración la defensa propia del que roba para comer.

Después se decidió á pedir limosna, su idea era acercarse á un transeunte de cara bondadosa, contarle su historia, referirle sus desdichas: «En la calle de la Fé, en un obscuro cuarto de una casa de corredor, se morían cinco personas de hambre, él era un pobre cesante..... el padre de las criaturas y.....» en esto pasó un transeunte muy engalanado, López se acercó á él con decisión; pero cuando estaba próximo, la palabra

se le heló en la garganta, no pudo hablar, y retrocedió, no obstante, el transeunte, pareció notar su pretensión porque sacando del bolsillo sus manos enguantadas le dió unas monedas.

Esto le animó y sintiéndose mendigo de profesión, abordó á los traseuntes de cara bondadosa; al cabo de un rato López tenía más de dos pesetas en perros chicos.

Su primer cosa fué comer.

Aquella noche hubo un pequeño festín en el cuarto núm. 5 del principal del núm. 17 de la calle de la Fe.

Al día siguiente López, enseñó á sus hijos á *pedir*, los organizó por edades, los muchachos á lo primero se resistieron, se sublevaron contra la voluntad paternal, después, ante el argumento de los palos, se conformaron.

López, situado en una esquina, inspeccionaba á sus hijos, y según el traseunte, así era el chico que le pedía y lo que le decía, esto se llama en el argot de la mendicidad, *pescar con cebo*.

López compuso unas *peticiones* que escribió é hizo aprender de memoria á sus hijos.

«¡Caballero una limosna para un huérfano de la Guerra!» esta *petición* daba siempre resultado entre los militares, ó los señores viejos de perilla á la española que tienen cara de generales *de cuartel*.

A los toreros bien trajeados y alhajados. «Ca-

ballero Dios le libre á usted de un Miura como á mi pobrecito padre que en paz descanse.

A las beatas. «Señora una limosna por amor de Dios que él se lo premiará en el otro mundo» ¡la virgen del Carmen!... etc., así eran todas las cosas que los pobres niños del taimado López decían.

La esposa solía algunas veces echarle en cara la vergüenza aquella de *pedir*.

—Eres una *iznoranta*, bien se conoce que no tienes *imptrucción*, yo no soy un pobre vulgar, un mendigo miserable, yo soy un hombre inteligente que explota un negocio como otro cualquiera, sobre todo; esta es una familia cristiana ¿no es eso? y no les dijo Cristo á los discípulos que cuando no *tuvieran pidiesen*...

López una vez que tuvo en marcha su industria de mendicidad por la infancia, se dedicó á poner en práctica sus mil y un proyectos para *hacer dinero*, ó mejor dicho, sacárselo á los demás.

Dióse á visitar personas ricas ó pudientes, inventó historias terroríficas que ponían los pelos tiesos, escribió cartas, puso anuncios breves y lastimeros, en los periódicos, se hizo miembro de la Sociedad de San Vicente de Paul, y ya en la pendiente de la mendicidad, en aquel continuo pedir, perdió la poca vergüenza que le quedaba y aun tuvo que fingirla muchas veces como hacen las viejas para atraer.

Así fué adelantando y adquiriendo tal vuelo, su bien montada industria, que era la envidia de todos los pobres profesionales.

En la misma casa, tabique por medio, vivía Gómez, un hombre listo, de esos que ven crecer la hierba, habilidoso en extremo, hacía jaulas para pájaros, criaba canarios y perros, daba lecciones de escritura y lectura á adultos y pequeños, componía loza y paraguas, coleccionaba y chamarileaba en sellos y antigüedades, todo esto dentro de su casa, en un espacio de 8 metros cuadrados, ayudado de sus hijos y de su mujer. También expendía panaceas prodigiosas en la Plaza Mayor, untura para fortalecer el cabello y los dientes, unguento amarillo, para toda clase de dolores y heridas; pequeños juguetes de cartón fabricados por él, (Don Nicanor tocando el tambor, el matasuegras, el diábolito...)

Gómez era un trabajador incansable, que organizaba bien y pronto sus pequeñas industrias sus inmensos negocios.

De una actividad ratonil, mientras hacía los juegos de manos preparatorios para soltar el discurso, anunciando su panacea, examinaba al auditorio juzgando si solo eran curiosos ó había entre los oyentes algún cliente que soltase los quince céntimos que valía su pasta. Sacaba también muelas y raigones; con una habilidad pasmosa, ahora sí, que también con dolor del

paciente, pues por un real que llevaba, no se podía pedir anestéricos ni otros lujos.

Gómez á pesar de su actividad, su orden y su trabajo, ganaba menos que López. Tenía que luchar con el público, de suyo desconfiado y grosero; con los guardias municipales, que le prohibían formar corro y vender parado; con los vecinos en continua protesta contra su cuarto, pequeña arca de Noé, llena de perros, gatos, pájaros y sus hornillos, donde se preparaban sus misteriosos medicamentos.

Un día López al llegar á su casa, notó un olor desagradable que procedía del cuarto vecino, varias inquilinas protestaban á gritos en el patio. López las impuso silencio con un gesto imperativo, con uno de aquellos gestos que había visto poner á los señores cuando lo despedían iracundos.

Entró en casa de Gómez adoptando aire de protección. Gómez, con el fez ó gorro turco, que solía llevar en sus *negocios*, trabajaba en un rincón, ayudado por su inmensa familia.

—Venía, señor Gómez, á ver *si va á poder ser* el vivir en esta casa, con esa serie inacabable de ruidos, olores, ladridos y machaqueos con que usted nos ilustra la *existencia*.

Gómez se irguió.

—Oiga el amigo, yo, y mi respetable familia, hacemos en casa lo que nos dá la gana y ni nos

metemos en los demás ni nos gusta que se metan en las nuestras.

Hoy huele mal porque se me ha quemado el unguento para los callos, hecho con hierbas cogidas en la India, con jugos de plantas africanas, y con mi ciencia prodigiosa aprendida en el desierto.

Si á ustedes les molesta se fastidian, pues á mi también me molestan otras cosas y me aguan to, de modo que ¡*ahuecando!*

López salió cabizbajo, Gómez era un carácter superior al suyo... Las relaciones entre Gómez y López se hicieron tiranas, las respectivas familias se llenaban de denuestos, y los niños de uno y otro bando se pegaban todos los días. Ocurrió un hecho extraordinario, Gómez llevaba una vida trabajosa y llena de necesidades inatendidas, López y los suyos una vida regala-na, los domingos iban al café y al *cine*. Gómez fué demandado por el casero por falta de pago de los tres duros mensuales que daba por aquel tugurio llamado habitación. López se enteró de este apuro de su vecino, reflexionó mucho antes de hacerlo, y por fin se decidió, fué á casa de Gómez, y con ademán protector le prestó los tres duros, el día anterior ha dado un sablazo de diez á un aristócrata filántropo, López quería colocar aquel dinero á buen interés, porque esto de la usura le entusiasmaba. Las quince pe-

setas fueron entregadas previa letra de cuatro duros y de la firma de un documento, en el que se comprometía leal y firmente á devolver la cantidad prestada á los quince días con garantía de todos muebles, animales y familia.

Desde aquel día fueron amigos, y se emborracharon juntos.

López que vivía gracias al favor y la caridad, era incapaz de proteger á nadie, ni hacer un favor; si le prestó el dinero al vecino fue únicamente por hacer un negocio y preparar el terreno para otros, el mendigo sentía una admiración grande por las habilidades del industrial. Algunas veces *corrían* una juntos, cenaban en alguna taberna acreditada, iban al teatro y á mancebias hediondas, después se emborrachaban y regresaban á casa hechos una lástima, pegaban á todos, se metían con todo el mundo y al siguiente día convenían en que se habían divertido mucho.

—La vida es así, decía López, hoy por tí mañana por mí, el amor casero sale muy caro y los hijos son una carga pesada para los pobres; además ¡hay por dos pesetan cada mujer!

Gómez asentía á todo, pero no pagaba nunca, estaba siempre serio y en los más áljido de la comilona aprovechaba un descuido para guardar algo á sus hijos. Gómez veía venir á López.

Un día éste *clareó* se habló de negocios y propuso una sociedad.

—Esto del *sablazo* es un medio como otro cualquiera de vivir, yo hubiera sido un gran cómico..... pero lo mismo gano..... la suerte no se puede repetir con una misma persona y cada vez los golpes necesitan más *preparación* por eso yo, pensando en la facilidad que tiene usted en la escritura, le propongo asociarle en mi negocio; pero bien entendido que yo seré la *dirección*, usted no tiene más que escribir con letras distintas las cartas que yo le *dizte*..... gana usted más que vendiendo unguento y siendo corredor de ultramarinos, es un oficio cómodo que le podrá dar de tres á cuatro pesetas diarias, ahora que hace falta gran reserva, los chicos harán el reparto y recogida, pues con los chicos de los dos podíamos poner un continental.

Ocurría esto en una taberna. Gómez estuvo gran rato pensativo antes de contestar. López le miraba sonriendo. Al cabo se echó el fez hacia atrás y contestó:

—Mire usted López, yo soy un hombre sin creencias y con principios, educación y habilidades... por eso lo mismo me da Pablo Iglesias que D. Carlos, el caso es vivir..., pero es el caso que para vivir hay que trabajar á lomo caliente ó que le toque á uno la lotería, todo lo demás es jugo lácteo, yo he tenido timbines por las ferias

y estoy escarmentado... mi padre (q. p. d.) también pensaba así, vivir sin trabajar y acabó en presidio, trabajando como un animal... por eso yo tengo en mi casa dos libros... el Manual del prestidigitador con un apéndice para la adivinación del pensamiento, y otro de magia negra y el Código penal, son dos buenos libros, antes de meterme en cualquier negocio los consulto, pues muy fácilmente se cuele uno y lo empapelan. Yo no tengo aprensión á nada ni á nadie más que al libro de las leyes.

Yo vivo como puedo, y hace tiempo que *le veía á usted de venir*, vamos que le había *tañado*, por eso consulté el libro, y le respondo que en todo estoy á su disposición, pero bien entendido, que no se trate de *estafas*, ni *chantaje*, ni *entierros*, ni *portugués*, porque no es por la conciencia, es por los *civiles*... ¿Me comprende usted?

López sonreía.

—No sea usted infeliz... aquí no hay estafa... yo soy un hombre honrado y de buena familia, incapaz de robar nada, me dedico á estos negocios porque no puedo dedicarme á otros, además la familia es una carga pesada y hay que hacerla trabajar como se hace en Bélgica y en Londres y en Viena...

—Bueno, es que yo le he visto á usted andar con el *Pelao* y es un bicho de cuenta, que de cuando en cuando cumple su quincena en la Modelo...

—¡Hombre! que me dice usted, no sabía una palabra...

—Pues si señor, ustedes los señoritos parece que están *atontilaos*, y en cuanto que tienen un negocio con suerte, se figuran que todo el monte es orégano.

—Bueno, pero nos salimos de la cuestión ¿usted acepta?

—Si acepto, pero con las condiciones dichas...

—Pues no hay más que hablar.

Desde el siguiente día empezó la *combina* en colaboración, López compró el anuario Bailly-Bailliere, edición de Madrid, en una librería de lance, y con aquel libro que contenía el domicilio, profesión, títulos, etc. de todos los vecinos de Madrid, empezó á funcionar la industria, Gómez escribía toda la mañana cartas y más cartas, tomaba notas en el libro, y encargaba la repartición á los niños. Por la tarde salían los dos socios y inspeccionaban las casas ricas, ó se presentaban á recoger las contestaciones y el dinero... y así fueron viviendo. Las combinaciones se hacían en colaboración, primero se pensaba en la *víctima*, se recogían datos, informes, después se inventaba la fábula, y por fin se efectuaba el sablazo, unas veces en forma epistolar, otras personalmente á domicilio. Gómez tenía más imaginación y habilidad que su socio, por eso tomaron los negocios un gran incremento, y

las familias pensaron mudarse de casa y comprar muebles... Los niños aprendieron bien sus papeles y eran un auxiliar poderosa de la industria. Se explotó también el anuncio por la lista de correos.

«Señorita rica, con más de 40.000 duros desea casarse, escribir con sello para la contestación.»

El periódico lo leían miles de españoles, algunos escribían *para reirse*, otros en la creencia de que era verdad, todos enviaban sello para la contestación. Y los dos amigos le vendían los sellos á un estanquero amigo y se reían de los que querían reirse.

Este timo les proporcionó una renta segura sin ningún trabajo.

Y así las cosas, un día López, en su afán de engrandecer el *negocio* y hacerse rico, condujo á su socio á las afueras donde nadie pudieran oírles. Era invierno y el sol estaba agradable, se sentaron en un ribazo.

Los dos socios miraban el paisaje.

—Ciertamente, dijo Gómez, el mundo es grande y la vida agradable..... pero luego uno se muere..... y ¿dónde va? es una cosa que yo me pregunto ¿qué habrá sido de tantos y tantos hombres? todos han muerto; pero ¿dónde están!

—Unos allá arriba, otros allá abajo, no hay más, Dios aprieta y no ahoga, Dios ama á todas las criaturas.....

—Sí, todo esto está bien; pero no me convence, vivimos trabajando en ansia constante de poseer cosas, unos salud, otros dinero y todo para qué.

—Bueno, déjese usted de filosofías y trabajemos para nosotros, creo que he dado con el gran negocio..... no tendremos que hacer más comedias.....

—Ganas tengo, pues yo que siempre viví a costa de trabajo, ahora estoy casi avergonzado con los míos porque yo amo a mi familia, es lo que más, mejor dicho, lo único que amo verdad en este mundo, mi familia la he hecho yo, ha salido de mí y yo por los míos me dejaría matar.

—Bueno, pues usted y su familia van a ser ricos pronto, me ha escrito el *Pelao* desde la cárcel, lo han metido de quincena cuando estaba al caer un *entierrito*... Gómez se quedó mirando a su *socio*.

—Yo le *vía de venir a usted*.

—Bueno, pues si señor, los tiempos y los negocios están malos, se gana dinero, pero hay que moverse, ¿Qué le parece a usted si nosotros terminásemos el negocio? guardándole, como es debido, al *Pelao* su parte, son 40.000 pesetas, a repartir entre tres, 13.333 pesetas con 33 céntimos para cada uno.

Gómez se puso pálido, y estuvo largo rato pensando silencioso.

—Usted comprenderá que no necesito consultar el código para saber que el negocio que usted me propone tiene la quiebra del artículo..... no quiero ir á presidio por mi familia ¿comprende usted?

—Bueno, pero nosotros somos hábiles y podremos hacer el negocio sin el pequeño contratiempo de la cárcel...

—Usted no sabe lo lista que es la justicia, todo lo huele, todo lo oye... hasta que no se tienen cuentas con ella no se sabe lo que es... nosotros andamos por el mundo, unos somos buenos, otros somos malos... unos por convicción, otros por egoísmo, yo algunas veces he llamado á Dios, y Dios no me ha respondido, ¿por qué es esto? ¿es qué no hay quien gobierne? ¿es qué esto *anda solo*?... Usted no sabe lo que es estar encerrado en un calabozo un día y otro día, esperando que se cumpla el tiempo para salir... pues de presidio no hablemos, allá los hombres son fieras, se trabaja en oficios de habilidad y paciencia para ganar una miseria, si no hay habilidades es peor, hay que ir á las canteras y picar hasta caer rendido, siempre temblando al cabo de vara, que lo muele á uno á palos, y siempre delante de los soldados, que le meten una bala en la cabeza al que se desmanda, y comer bazofia y dormir en el suelo..., y así una semana y un año y muchos años, hasta que se *cumple*... y

cuando se termina el castigo se sale muerto moral y físicamente, y en el ínterin los hijos y la mujer han muerto de hambre... es para temer, créalo usted.

López escuchó silencioso, una idea le salía á los labios, Gómez lo comprendió...

—Mire usted, en presidio no he estado, pero en la cárcel sí, y juré no volver, y aunque me hagan pedazos no vuelvo.

No obstante los aspavientos y temores, López continuó insistiendo, y pasaron aquella tarde de borrachera por el extrarradio

Por fin Gómez consintió en cooperar al negocio.

Al día siguiente recibieron del *Pelao* los datos, noticias y estado de la cuestión, la fábula era bien sencilla.

Un general del ejército español al volver de Cuba, depositó una caja con todo su dinero en una huerta de su propiedad, sita en su pueblo, la caja contenía en oro centenes, patacones, dollars, monedas de cinco duros y onzas, una cantidad elevada 2 millones de pesetas, era la dote de su hija, joven que se educaba en un colegio de la Corte, el general fué procesado por malversación de fondos y preso en un castillo. Su hija estaba abandonada, el general daría la mitad de la suma á la persona que desenterrase el tesoro y cuidase de la niña hasta que él saliese de la prisión.

La novela se había escrito á un norteamericano de Tampa, el *Pelao* había proporcionado muchos datos porque había sido soldado en Cuba cuando la guerra.

Gómez y López continuaron la obra del *Pelao* enviaron datos y fechas, documentos falsos y cartas amargas del general, que falto de salud creía no salir con vida del castillo.

Mr. Wankoe (la víctima) escribió diciendo que se embarcaba para España; el asunto marchaba bien y los socios se frotaban las manos.

Un día, López pensó que si Gómez no tenía ninguna aprensión para ningún asunto, podía, en éste hacerle alguna cosa fea, este pensamiento se aferró en su sesera y empezó á desconfiar de su socio, capaz era Gómez de robarle su parte, López compró en una casa de préstamos, un revólver de seis tiros, lo cargó y se lo metió en el bolsillo.

Llegó el día del *golpe*, los dos socios debían ir al hotel donde se hospedaba el candidato Wankoe. No obstante, López dándoselas de vivo se quedó en casa, le daba miedo tomar una parte tan *activa* en el negocio.

—¡Cómo él ama á su familia él vendrá por ella, lo mismo me dá ir con él que quedarme al lado de los suyos.

Transcurrió el día lento, inacabable. López, se mordía las uñas, con impaciencia, pensó que

el asunto se había estropeado y Gómez estaba preso. Los periódicos de la noche dieron la noticia del timo y la desaparición del timador. López, no obstante, esperaba que Gómez viniera ó llamase á su familia, que era igual.

La familia de Gómez estaba intranquila... así pasaron tres días. López en su groseria y rusticidad, manifestó claramente á la mujer de Gómez las sospechas que tenía de su honradez, le enseñó el revólver y le dijo que de allí no salían sino acompañados de él.

Una noche ya de madrugada, López que dormía con el revólver bajo la almohada, oyó pasos en el corredor, sospechando que la familia vecina huía para reunirse con Gómez, se levantó rápido y abrió la puerta. Unos hombres se echaron sobre él no dándole tiempo de hacer uso del revólver lo ataron, era la policía que había tenido una denuncia de que López era el autor del entierro. La autoridad recogió cartas, papeles, datos, notas... lo encerraron en la cárcel.

Mientras tanto la familia Gómez huyó... López bramaba de coraje.

Se celebró juicio por jurados, y fué condenado por complicidad probada. Un día mientras se comía los puños de rabia recibió una carta que decía:

«Querido amigo: Mi *conducta* no ha sido todo lo caballerosa que debía, pero en atención al

gran pillo-necio que usted está hecho, no lo ha hecho del todo mal, s. s. s. q. se embarca para la China.

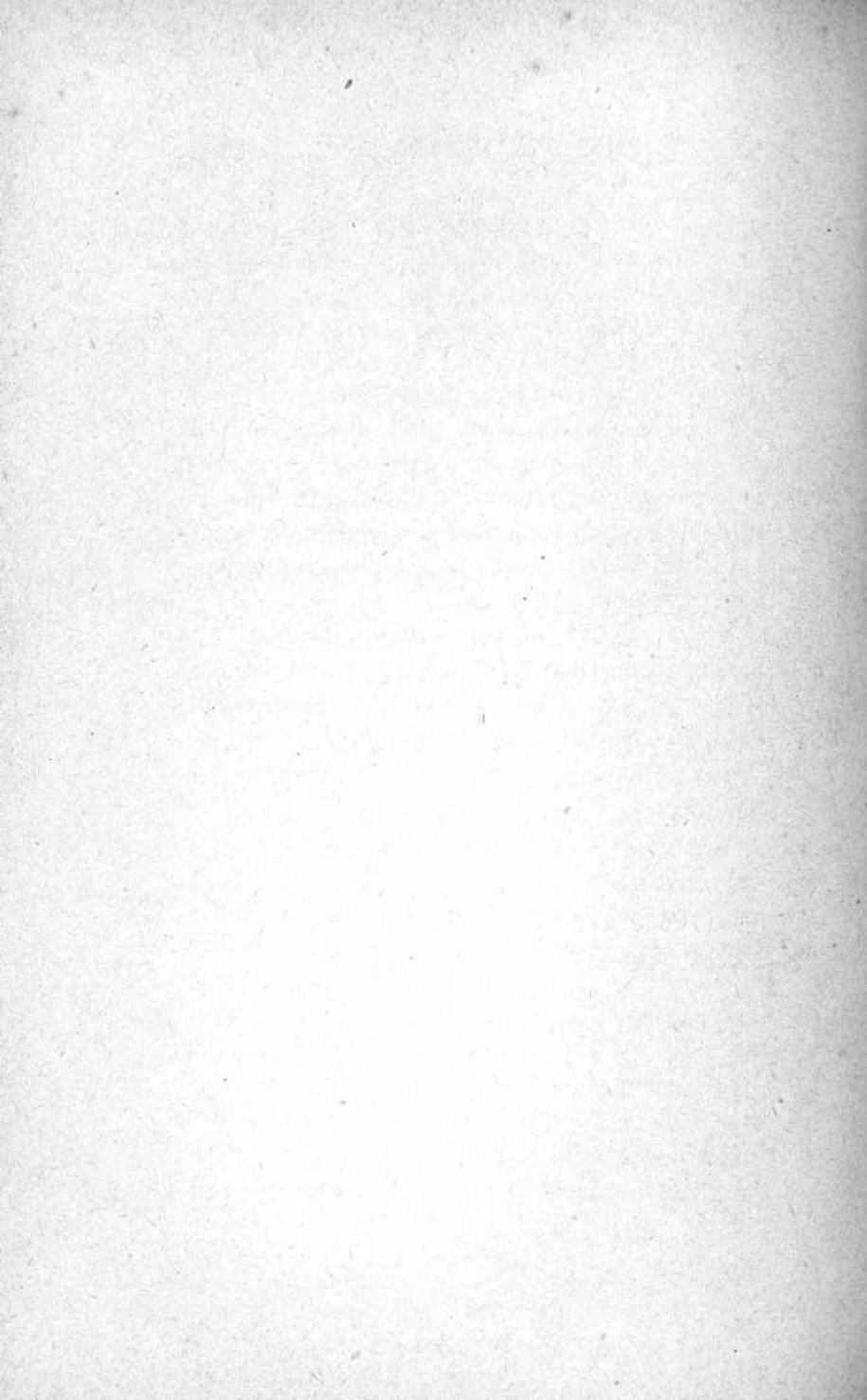
GÓMEZ.

«Memorias á la familia.»

Pasaron los tres años de condena. Un día de sol, López fué puesto en libertad. Su familia le esperaba á la puerta de la cárcel. Pero también le esperaba una sorpresa, el *Pelao* con un garrote descomunal, cuando se alejaron de la cárcel le dió á López una paliza tan grande, que estuvo si se muere ó no.

Y es que para todo en este mundo hace falta ser profesional y hábil. López era un hombre *inútil* que para nada servía, un tonto que se figuraba que todo el monte es orégano.







LOS VAGOS

HAY vidas que transcurren tristes y solitarias, llenas de amarguras y dolores, son las verdaderas vidas, hay otras que ocultan sus sufrimientos entre bullicios y oropes; pero todas en general son melancólicas como obras de pronto fin, cuyo objeto no se conoce.

A esa hora en que las calles se iluminan por las luces de los escaparates y faroles entre ocho y nueve de la noche, cuando los obreros se dirigen á casa, los burgueses á cenar y los snob á lucirse. Véanse por esas calles hombres desahapados y famélicos, jóvenes y viejos que llevan la ropa tan elegante como destrozada, que pisan con cuidado para ocultar los agujeros de las botas, lo desfilochado del pantalón, el brillo de la americana, por encima de lo que sale un cuello planchado lleno de mugre. Estos ex-hombres llevan su derrotada ropa burguesa como podían llevar un estandarte, son prisioneros que exhi-

ben sus heridas y tienen mirar altanero y orgulloso y muchas tonterías en la cabeza, las manos muy sucias, ignorancia completa, todo les da ganas de reír y de todo se rien.

Estas son las clases más elevadas de la golferancia de levita.

Son jóvenes que viven de lo que pueden á costa de la familia ó los amigos, todo menos trabajar, la empleonía ó un ventajoso enlace son sus únicas ilusiones, todo lo demás, trabajar, ganar el pan físicamente (únicamente podrían ganarlo así) es para ellos cosa baja, ruín, plebeya. Todas sus preocupaciones, el susituir la ropa y hacerla lo más visible posible. Tienen infinitos amigos. Hablad un momento con alguno de éstos y veréis como os cuenta que si su familia fué ilustre, si él está esperando un destino que se le tienen que dar (porque su padre sacó al actual ministro de un apuro) después enumerará todos los pantalones, corbatas, sombreros y botas que está para comprar de un día para otro. Los hay osados que hablan del automóvil de su tío ó de las noches del Real...

Fausto era esto... un snob de los pobres, odiaba el trabajo, sentía aversión natural al ma-
drugar, hacer algo útil, tener sujeción de trabajo, la holganza, la santa gandulería le había trastornado, no tenía creencias ni saber; leía regularmente, escribía imperfectamente y para resolver el

más elemental problema matemático, empleaba prodigios de razón, largos cálculos con los dedos.

Claro que no era complicada su existencia, se levantaba de la cama á las diez ó cuando se cansaba de la posición horizontal, si era hora iba á la parada de Palacio, si no, daba un paseo por la Carrera, Puerta del Sol, Alcalá..... siempre solía encontrar compañía, vagos como él que se agrupaban para no aburrirse.

Por la tarde, á la Castellana, ó á otro lugar donde hubiera exhibición gratuita.

Algunos amigos iban siempre al teatro formaban parte de los alabarderos, (la *claque*) otros se reunían con Fausto en una taberna de la calle de San Mateo, lugar de cita de cómicos malos, borrachos, empleadillos..... jóvenes *oposito-res*, hombres que pasan su vida preparándose para ingresar en Correos, Telégrafos, Tabacalera, Sobrestantes.

Fausto y sus amigos vivían de milagro, engañando á su familia ó engañando patronas.

Algunas veces venía á la tertulía algún hombre honrado.

—¿Y ustedes por que no trabajan?

Ellos reían. ¿Por qué? ¿para qué?

Todos eran egoistas, todos orgullosos, se creían parientes del Cid, sobrinos del Rey futuros archipámpanos.

Todos tenían sus amores. en proyectos casarse con una vieja millonaria, ó con una niña tonta, romántica, heredera de grandes latifundios, pero estas infelices suspiradoras del amor doméstico, están acaparadas por el tan acreditado D. Felipe...

Cuando alguno de la pandilla conseguía su anhelo, (matrimonio ú opción), dejaba de tratar á sus amigos.

Algunas veces se prestaban pequeños favores.

—¿Oye... mañana me dejarás el gabán de verano y la corbata rosa, porque tengo á la vieja si *cade ó non cade*.

Era triste su vida, de pobres ricos.

Una vez en los toros conoció Fausto á D. Pepito, un vago rico, atacado de tauromaquia aguda.

Era un hombre bajito, rechoncho, clorótico, vestido á la moda señorito-chulesca, lleno de brillantes y perfumes, como una bailarina.

D. Pepito pasaba la semana en la cama, los domingo se levantaba para ir á los toros y al regresar borracho de sangre y vino, se acostaba para no levantarse hasta que no hubiera tiente, capea ó corrida. Todo lo que no fuese cosa de cuernos; nada le interesaba, vivía en un entre-suelo del barrio de Salamanca, era rico, soltero y afeminado, el brillo del Sol le molestaba.

Todas las vidas de estos vagos eran sombrías.

Algunos, á sus escaseces y barrabasadas, les llamaban vida bohemia y locuras juveniles.

Realmente eran ladrones que no se atrevían á robar por miedo al Código.

Fausto imaginó algunos fantásticos negocios, con ayuda de sus compañeros representó comedias y dramas comprimidos, á fin de que D. Pepito *sudara* algún dinero.

Pero el rico gandul, desconfiaba de todo y de todos, y no hubo manera de sacarle un cuarto.

Por fin Fausto murió tísico, soñando en la agonia con que el Rey fuera á verle.

Es triste esta raza española, que aún vive aquéllas melancólicas existencias de Carlos II, cuando la nación famélica estaba habitada por esqueletos atemorizados, por fantasmas, brujas, impuestos y Tribunales de la Santa Inquisición.





UN PATRICIO



ENTRE los libros de el doctor encontré un paquetito lacrado. Contenía un recorte de periódico y unas cuartillas de papel satinado y corona de marqués.

«Muerte misteriosa.

—Ayer tarde murió de una apoplejía fulminante el Sr. Marqués (aquí el nombre borrado con tinta.)

Sintióse atacado de su enfermedad en el Círculo Conservador, desde donde fué conducido en un coche á casa el Dr. Galix, su amigo, donde expiró.

La muerte de el marqués ha sido muy sentida por todos, su grande corazón, la grandeza de sus miras, su patriotismo y aquella grande caridad de que tantas veces dió muestras, hacen más sensible su pérdida.

Representó á España, en varias naciones fué Ministro y Gobernador, enjugó muchas lágrimas y brilló en el foro.

La patria pierde un gran hombre y los pobres un padre.

Descanse en paz:»

He hecho escrupuloso examen de conciencia. Me encuentro viejo, á pesar de mi juventud, esto es por lo mucho que he vivido en el poco tiempo que hace que existo; pobre, porque mis caudales heredados y aumentados con mi trabajo, se han disipado en poco tiempo, gracias á la orgía, al juego, á las mil y una pasiones que embargan mi individualidad, reviso los mandamientos uno á uno, y menos el de no matar, de todos tengo que acusarme, y aun del de matar, pues por mí han muerto muchas ilusiones en muchas cabezas. Soy pues, una alhaja digna de estar en Ceuta ó de terminar en el patíbulo, me da asco de mí mismo, y un otro hombre, ese juez inflexible que llevamos dentro, me insulta constantemente, me recuerda todas mis maldades, por más que yo quiera disculparme con Lombroso, y recuerdan que las más de las faltas fueron impulsivas, para evitar mayores daños no consigo poner fin á todas estas interiores voces del espíritu. Preso de desesperación, pienso en suicidarme en abandonar esta vida amarga llena de dolores, pero mi animalidad se subleva, y es que tengo metido hasta los huesos ese instinto de conservación imbécil que hace tan cobardes á los ra-

zas occidentales actuales, el brillo del revólver me escalofría. Soy un mal bicho que he tenido la suerte de vivir entre personas honradas, que no dudan de mi lealtad un momento, y me tienen la consideración y el respeto que no merezco.

La pluma se me cae de las manos, no sé decir más que soy muy malo, que hay muchos, muchísimos pillos como yo que andan sueltos por el mundo, mientras los jueces se ocupan en juzgar y condenar á todos esos infelices menos culpables que nosotros, pero que tienen la desgracia de no llevar botas de charol y pechera planchada.

En mi despacho, enfrente de mí, están los cuadros que contienen todos mis títulos académicos, mis condecoraciones y varios retratos de antepasados ilustres, entre ellos don Iñigo el primer marqués, envuelto en el traje de hierro que llevó en las Cruzadas; este adusto señor me mira fiero, parece como que sabe todas mis felonías y quiere salir del cuadro para castigar á su descendiente; esto de la nobleza de sangre es un mito, los hombres son buenos ó malos nobles ó villanos, según salen, según se educan, las familias son como el *bacarra*, las cartas están en un grupo, constituyen una *baraja* y van saliendo, unas veces son buenas y otras malas, de *salida* otras veces se hacen buenos ó malas *pi-*

diendo, cada familia es una una baraja, cada carta un individuo.

Prueba esto de que la nobleza ó inteligencia heredada es un mito, las familias reales, las más nobles de raza, las más inteligentes, ya que han sabido sobreponerse á la humanidad y reinar sobre ella; familias cuya historia se sabe punto por punto, desde su formación; se *dan* individuos, reyes, príncipes ó infantes que son grandes magnanimos, buenos, inteligentes, y otros que son asesinos, imbéciles, injustos.

Por eso la fina mirada del marqués, mi primer antepasado, me da risa.

El conde de N. fue un mujeriego, libertino, jugador, borracho; en cambio su hijo, el angelical Antoñito, es un niño de merengue, todo bondad, *carne de sable* en la Peña y al que he sacado yo un dineral, al *becigue* (haciéndole trampas, por supuesto.)

Mis amigos, mis compañeros, en la Maestrazza de Granada, la ilustre señorita con quien tengo formales relaciones, todos estos juntos, creerían que me he vuelto loco si llegasen hasta sus manos estas, mis declaraciones, que escribo por que yo amo el peligro y gozo escribiendo y destruyéndolo después, apareciendo sereno y sonriente ante todos, acaso estas páginas, las lean esos ojos invisibles, á los nuestros que todo lo ven; pero á nada temo, el día que todo lo que

soy se supiera, sería el día que Dios lo descubriese, y entonces me pondría en sus manos, pues siendo infinitamente misericordioso no puede castigar ni tener pasiones como estas hormigas de la tierra.

A propósito de esta niña candorosa con quien pienso casarme... Se de buena tinta que ha tenido muy íntimas relaciones con una ex-tiple de Apolo, que desdeña á los hombres; y con una marquesa joven, que gusta de mujeres... pero esto no me importa, ya se que la mayoría de las buenas muchachas, de las nobles hijas de casas ricas de las celestiales, rubias y morenas que se pasan las tardes en las novenas, vestidas de púdicas ropas, y las noches en el Real ó el Español enseñando los pezones y destilando perfumes enloquecedores, son sáficas... de ahí esas tan entrañables amistades femeninas... Pero olvido esto porque todo es humano, y lo humano bueno ó malo no merece mis reproches, lo que me admira es esa consideración social, que todos me tienen, ese respeto, esa confianza ciega... Cuando estuve en San Petesburgo de diplomático hice de las mías, estafé el dinero á quien lo tenía, el amor á los matrimonios que pude... total, que los rusos son muy susperpicaces, sou orientales, que viven en un país frío, alguien descubrió mis fechorías, y un periódico el *Koronia*, las contó en forma de folletín... tres desafíos

bastaron para ponerme á flote, yo soy buen espadachín, tiro todas las armas pero sobre todo la espada, se un golpe seguro imposible de evitar, mortal. Al día siguiente de matar al director del *Koronia* llovieron en mi casa los telegramas de adhesión, las visitas de desagravio, las tarjetas, pero tuve que batirme y herir mortalmente á un redactor de el periódico, los rusos son muy testaduros, tienen la cabeza de granito y estos dos asesinatos honorables que hubiera bastado en Francia ó España para darme fama de duelista, no impidieron que de los pocos días un hijo de mi primera víctima, un pobre teniente de húsares me insultase en pleno paseo... al amanecer se efectuó el duelo, aún parece que estoy viendo ante mí á aquel pobre joven inverve, con el pecho descubierto y una cara de candor... pensé perdonarle la vida, pero en el primer asalto me apercibí que era un hombre decidido á todo, y que tiraba la espada divinamente, estuvo en un tris que no me atraviesa... entonces reflexioné que aquella consideración que le tenía era para mí mortal de necesidad, no tuve más remedio que matarle... dándome mucha lástima, seguí tirando, de pronto la espada de mi enemigo se deslizo por mí camisa, me atravesó el lienzo sin tocarme, entonces me puse serio, aquel golpe me debía haber costado la vida, simulé un ataque en cuarta al que

contestó mi enemigo con candidez infantil.

Después, en un movimiento rápido, lo pasé come si fuera de queso. Creo que si aquella estocada llega á ser en la plaza de toros, me dan una ovación, el joven quedó en el sitio yo me lavé las manos y... uno más.

Desde aquel día nadie puso en duda mi lealtad, para ser respetado hace falta ser temido, la fuerza siempre sobresaldrá sobre la justicia y el derecho.

Voy contando estas cosas y tantas que yo podré contar á no ser que su recuerdo me apenas como este.

Poseo una porción de bienes adquiridos con pleitos que he ganado, gracias á mi influencia, estos bienes se han aumentado con negocios sucios en los que yo nunca he figurado, he dado dinero para que se tallase con puerta, he defendido en los tribunales á gentes tan nobles como yo y tan perversos que han pagado bien estas defensas, unas veces con dinero, otras con influencia, otras... con amor... tengo una casita de campo destinada á *picadero*... si aquella casita hablase, me ahorcaban al día siguiente.

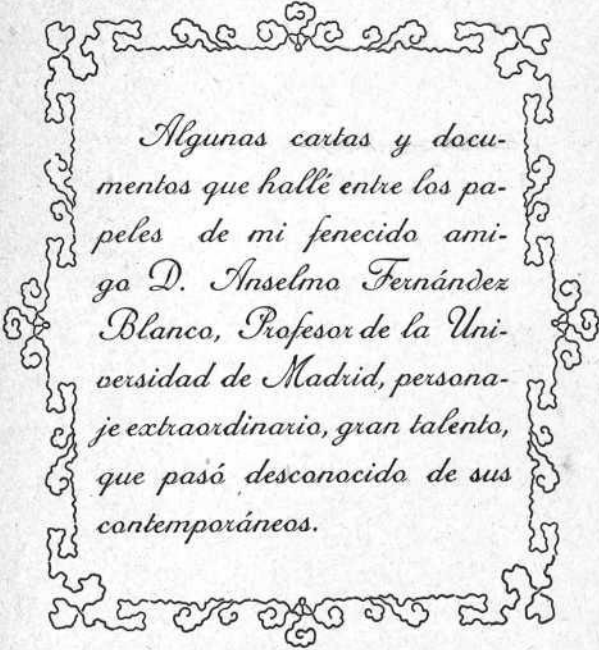
Ahora desde aquí me voy al *círculo*, allí entraré en la *peña*, donde soy el *rey*, después jugaré para perder algún dinero, y últimamente me desquitaré, y ganaré gracias á *mi infalible*, que es una trampa como otra cualquiera, por

fin, antes de tomar el coche que me ha de conducir á casa de mi querida, con quien estoy citado, romperé estas mis declaraciones, será un placer inmenso destruir en pequeños pedazos estas confesiones, y después arrojarlas á la chimenea para que ardan poco á poco.



EPISTOLARIO

(DESAHOGOS DE UN HOMBRE DE CIENCIA)

A decorative border with a repeating floral and scrollwork pattern surrounds the central text.

Algunas cartas y documentos que hallé entre los papeles de mi fenecido amigo D. Anselmo Fernández Blanco, Profesor de la Universidad de Madrid, personaje extraordinario, gran talento, que pasó desconocido de sus contemporáneos.



DE LA FELICIDAD



ESCRIBO las presentes líneas, en un estrecho cuarto de fonda en San Sebastián, el día 15 de agosto de 1905.

La ciudad está cuajada de forasteros, muchos de ellos extranjeros, por todas partes se ven mujeres hermosas, elegantes, enloquecedoras, deslumbrantes, luciendo toilettes veraniegas, enseñando entre tules, carnes sonrosadas, que ponen fuera de sí á los hombres; zapatitos coquetones, con medias caladas, trajes de seda crujiente y ruidosos; peinados ondulados, sonrisas burlo-nas, y un olímpico desprecio hacia los hombres, que debían admirar por ser los que trabajan para que esos hermosos bichos aparezcan más bonitas de lo que son.

Se ven por todas partes automóviles, palacios suntuosos, cafés elegantes, sedas, joyas, coches, automóviles, un lujo desenfrenado, estupendo.

Hom! res y mujeres pasean muy serios exhibiendo sus ropas como los salvajes exhiben sus plumas, admirándose unos á otros las respectivas envolturas *super-epidérmicas*.

Y yo no participo de estas alegrías, los hombres modestos pasamos deprisa por donde pasean estas multitudes elegantes, porque estas gentes de porte *distinguido* y traje de última, que se contemplan unos á otros y se agrupan en sitios determinados por la costumbre, se permiten sonreír con sorna de nuestra indumentaria pasada de moda ó nuestro sombrero no llevado del modo que este año debe llevar todo el mundo, según convinieron los primeros que se les ocurrió implantar esta ú otra novedad cualquiera. Así que, aburrido entre tanta diversión, sólo entre tanta gente, me he encerrado en este cuarto de fonda, huyendo de esa ruidosa y loca gente *Philisters* completos, que no debían de andar más que en cueros y comer más que paja si el mundo estuviese arreglado y Dios no hiciera tiempo, que aburrido de dirigir la lidia se hubiese quedado dormido.

Grande *esplin*, se apoderó de mí, multitud de de preguntas me hice, que no supe contestar.

¿Para qué tanta exhibición? ¿por qué tanto lujo? mientras estas pobres gentes se mueren de fastidio en este clima agradable del Golfo de Vizcaya, allá en las estepas castellanas, los po-

bres labriejos se conjestionan segando bajo un sol africano. Trabajan esos miserables campesinos, para que estos tristes señores puedan divertirse y ser felices, los hijos de esos obreros están con el arma al brazo, son los soldados que velan por la seguridad, por la observancia de las leyes, por la integridad del territorio, mientras sus padres producen cantidades de dinero que entregan á estos pobres, y aburridos ricachos españoles que lo derrochan en mil imbecilidades, ó lo ponen á un pase de *bacarra* en el Casino.

Ambas clases son desgraciadas, los ricos por su riqueza, por el sin número de preocupaciones, molestias, cuidados, é incomodidades, que esto de ser ricos da..., los pobres por la necesidad y el trabajo incesante que acorta sus vidas miserables y trabajosas.

¿Entonces si la felicidad no está en la riqueza y el bienestar, ni tampoco en la pobreza ¿donde está?

Medito un poco y salgo de mi duda, la felicidad consiste en tener las necesidades cubiertas, ser rico, y no tratarse con nadie, vivir aislado solo, en lo alto de la montaña, en esa soledad, cantada por Zimerman y Shopenhauer, no ambicionar nada, no amar nada, que el corazón en vez de ser una víscera sensible á las pasiones, sea un órgano dedicado única y exclusivamente á producir la sangre venosa y arterial...

En esto un cañonazo retumba en el espacio y hace temblar todos los muebles de mi habitación.

Tomo el sombrero y salgo, los cañonazos continúan llenando la atmósfera de roncadas sonoridades guerreras.

Es el *Terror*, un cazatorpedero que entra en puerto y saluda á la plaza.

Estas mismas bocas de fuego que atemorizan ahora con sus ruidos, son los que pusimos delante de los norte-americanos.

Cesan los cañonazos, y un automóvil para veloz á mi lado.

La gente corre entusiasmada á las murallas de la Concha, ansiando ver el barco.

Por un momento creo que estoy en un pueblo feliz... luego me acuerdo de mis meditaciones anteriores y me vuelvo á casa triste, soñando con mi montaña roja, donde no hay tristezas ni alegrías, donde la vida es tranquila y serena, como una sinfonía de Bethoben.





IDEAS DISOLVENTES



Voy á escribir algunas cosas antes que se me olviden.

Me perdonarán estos pequeños párrafos disolventes, las ideas no son mías, ni yo hago su apología, simplemente las escribo como curiosidad filosófica, sin otras pretensiones, además, Martínez, mi interlocutor, es un teórico ó un guasón, incapaz de matar un mosquito.

Hasta hace tres años ó cuatro, Martínez fué compañero mío, daba clase de Metafísica y Lógica en la Universidad, era atento, vestía y comía como los demás, y no se metía en *dibujos* ni divagaciones.

La *entete cordiale franco rusa*, que aproximó la república más aristocrática, al imperio más despótico, labor que comenzó Carnot y enterró Clemenceaux, inundó á Francia de libros rusos. Aquí no se conoce más que lo que en Francia se publica, salvo raras excepciones, nuestros

traductores no lo son más que de cosas francesas.

Martínez se enteró de que existían Tolstoi, Gorki, Kuropatkine, Reclus. Martínez se enfocó en sus teorías humanas. Abandonó el estudio de la filosofía griega, y compuso un libro de metafísica, sistema *Orsini*, que le valió un proceso, por insultos á la moral, á las instituciones, á la religión, á la patria, y una condena que gracias á muchos indultos é influencias de todos, se redujo á tres meses de prisión correccional, el fiscal pedía cadena perpetua.

Martínez salió de la cárcel más loco que había entrado, se sintió apóstol de la humanidad, y se fué al extranjero á pasar hambres y miserias. Yo no sé porque, algunas personas toman tan en serio esto de la redención de la humanidad, yo creo que el actual sistema de cosas no es el mejor, soy liberal, amo el progreso; pero no creo en las revoluciones, hoy imposibles (ejemplo la rusa más enérgica que la francesa, ahogada en sangre), opino que aunque las leyes y costumbres actuales son imperfectas, son las mejores, las más adaptables á el moderno vivir. La humanidad, de reformarse, lo hará evolutivamente en transición lenta, según se perfeccione. Algunos *santos* inflamados de amor y caridad mundial (creo que hoy se dice solidaridad humana) se lanzan á la lucha entusiasmados cre-

yendo que por algunos libros ó algunos actos aislados de salvajismo destructor vendrá, la redención, el día que todos seamos buenos no harán falta leyes, ni armas, ni castigos, la humanidad será feliz; pero mientras tanto, bien estamos así, con fronteras, armamentos y códigos que desmientan esa falsa idea de la fraternidad humana.

El otro día encontré á Martínez en la calle; estaba demacrado, viejo, entramos en un café para hablar. Yo tomé café, lo mas propio en el establecimiento, Martínez pidió un bistek con patatas, porque estos filósofos pasan mucha hambre.

Yo aprecio á Martínez, es un buen sujeto atacado de manía reformadora.

Así que comió me contó sus acaecimientos en aquellos tres años de separación.

Estuvo en París, en Londres, en Rusia, pasó calamidades, la vida es dura para todos, pero para un profesor de metafísica más.

—¿Usted querido Martínez se acordará con pena de su pretérita vida tranquila? la Universidad, los libros, los exámenes, las solemnidades académicas...

—No señor, aquello era vegetar, ahora tengo ante mí un problema más grande que el de enseñar filosofía á niños burgueses.

—Ahí es nada, escribo libros, hablo en meetings, (comicios) sufro persecuciones de la justicia, me trato con hombres libres, corazones generosos que no tienen perjuicios, entre nosotros no hay propiedad ni herencias, ni leyes ni negocios.

—Pero esto es poco liberal, si suprimen las herencias, harán que los padres no se afanen por el futuro bienestar de sus hijos.

—No señor, no evitaremos por ahora esto, limitaremos el capital, una persona no podrá heredar más que una cantidad limitada, por ejemplo: 200.000 duros, un millón..... así destronaremos á esas familias de vagos que se transmiten fortunas que crecen indefinidamente, la propiedad territorial estará restringida, no se podrá poseer más que aquellas tierras que se cultiven, los latifundios desaparecerán, todo terreno inculto pasará á poder del común que cultivará las extensas propiedades, se repartirán todos vuestros censos.

La propiedad urbana seguirá como hasta el día, únicamente las casas que se derriban por ruinosas ó antihigiénicas, no se reedificarán, pasarán al poder del común y se convertirán en jardines públicos. Con el tiempo, desaparecerán las ciudades caducas de calles estrechas para convertirse en vergeles; con el tiempo todos los pueblos estarán formados por casas aisladas,

rodeadas de jardines, una cosa parecida á los modernos pueblos ingleses, Garden-City al Norte de Londres, Dourville cerca de Birmingham, Port-Sunlinght, próximo á Liverpool..... Ciudades-jardines, los negocios desaparecerán á la vez que el capital.

Francia está minada por el ahorro la previsión, los seguros. Un pueblo es más pobre cuanto menos gasta, los españoles ganamos cuatro y gastamos seis, este milagro que nos hace vivir de un capital ficticio ó ageno, escandaliza á los extranjeros; pero es un mérito que tenemos, China, es el país más económico y más pobre; de la economía á la usura no hay más que un paso, los que ahorran se acostumbran al tanto por ciento y acaban haciéndose negociantes. Los chinos guardan la mitad de lo que ganan, gastan la otra mitad, es un país atrasado, miserable que costará conquistar á nuestras ideas modernas de despilfarro y desorden. Mercurio es el dios de los bandidos, los viajeros y los ladrones.

—Pero ¿y la vida material de estas ciudades, y la justicia y la patria?

—No existirán, todos los hombres somos hermanos.

—Si, ¡pero no nos amamos! es mentira, los pillos harán de las suyas y habrá que organizar la defensa.

—Todo eso desaparecerá con la instrucción, lea usted la estadística de prisiones, los presos, generalmente, son hombres sin cultura, algunos sin oficio, seres primitivos, que cogen las cosas como los niños que ignoran el tuyo y el mío, asesinan y roban porque no les enseñan los principios de libertad y amor. He estado en la cárcel y lo sé. En cuanto á los delincuentes instruidos, son enfermos, á los que hay que cuidar, maniáticos ó locos, ó quien sabe si hereditarios, infeccionados por el alcohol ó los vicios que en el futuro no existiran, ó acaso génius grandes, dramaturgos ó novelistas que forjan sus fantasías en la realidad, que viven sus literaturas.

Higienizaremos el globo, desaparecerán la tuberculosis, la sífilis, el cólera, la difteria y la viruela.

Prohibiremos el cultivo de la vid, y se acabará el alcoholismo, suprimiremos el dinero, primero habrá cambio de productos, luego todo será de todos...

— Pero los medios para conseguir todo eso...

—Sí; algunos locos se lanzan al hecho, ningún escritor anarquista aconseja la propaganda por la acción, exceptuando á estos desgraciados; hacen más daño que provecho, las gentes huyen de nosotros, decir anarquista ó socialista avanzado, es como asesino de gentes.

—Pero esos atentados.

—La mayoría, son cosas de gentes que nos odian, se nos persigue como si fuéramos perros rabiosos, cuando no se nos puede condenar, se nos expulsa de las naciones.

—¿Y los obreros?

—No me hable usted de esa gente, son socialistas, se unen para fines puramente económicos, la humanidad les importa un pito, no son burgueses porque no pueden, además, temen á la autoridad, y oyen nuestros discursos, como los niños las historias de príncipes y encantamientos. Son antimilitaristas por no servir en el ejército ó que no sirvan sus hijos, nada les importa que se mueran de hambre ó metralla, sus hermanos los hombres, no son patriotas porque no aman el suelo en que nacieron, son unas calamidades, además, están llamados á desaparecer, sustituidos por la máquina, con el tiempo la inteligencia será la señora del mundo, y no la fuerza, por eso desaparecerán junto con los cañones los obreros manuales.....

—Y diga usted Martínez, ¿tardará mucho en llegar eso?

—Quien lo sabe seis años ó seiscientos.

Martínez me suplicó le pagara el bistek, luego le dí las monedas que llevaba en el bolsillo, porque mientras desaparece el caduco dinero, no se puede vivir sin poseerlo. Yo á pesar de reconocer que es malo y por él se hacen mu-

chas infamias, lo busco y procuro no carecer de él, es una llave misteriosa que nos proporciona todo lo material y nosotros como animales necesitamos comer.





LOS CAMPESINOS

HACE pocos días invadieron mi domicilio, una bandada de paletos.

Venían de mi pueblo aprovechando las fiestas de San Isidro y los trenes baratos Encontraron muy aceptable mi casa para vivir, y se alojaron á pesar de las protestas de Ramona, mi ama de llaves.

Su estancia fué un martirio para mí y para la pobre Ramona.

Todo lo revolvieron y manosearon, eran tantos y con impedimenta tan voluminosa que mi casa parecía un campamento.

Ramona me aconsejó que llamase á la guardia civil y los echara de aquí, pero yo con mi carácter bonachón les dejé hacer, y puse cara sonriente á sus barrabasadas.

Como no sabían andar por Madrid, me ví precisado á acompañarlos; no quedó rincón de la corte por visitar, teatros, museos, calles, ministerios, ví una porción de sitios desconocidos,

ellos de todo se reían, todo les hacía gracia, en la mesa hacían ascos y melindres á la comida, aun que todos devoraban mis pobres alimentos. Según ellos en Madrid no se comía más que... (no se como escribirlo pero ustedes se lo figurán), en los pueblos estaba todo lo bueno, de los pueblos venía todo aquí, hombres, dinero, productos... los de la corte vivíamos á su costa.

Un día fuimos, en nuestro rodar, al museo de pinturas, las maravillas pictóricas no les produjeron ni frío ni calor, no las vieron casi, el edificio les parecía muy grande y muy fuerte.

—Esto vale mucho dinero, se contentan con decir.

—Sí, en esto se gastan los señoritos los cuartos que nos sacan en los pueblos.

—Y los extranjeros darían millones por estos cuadros; en el pueblo, había un cuadro negro viejo que compraron unos ingleses, tenía mucho mérito, pero á nosotros no nos hacía *avio*, los cuartos son mejores.

El secretario del pueblo, que es el menos salvaje de todos, sabe latín porque estudió para cura y se cree un sabio, me dijo en altas voces como si hubiera descubierto una gran cosa.

—Oiga usted ¿y por qué no vendemos esto á los ingleses? con el dinero que dieran se podría pagar la deuda pública. Esto á los españoles para nada nos sirve.

Otro día fuimos á los toros, esta fiesta bárbara me asqueó, los paletos se entusiasmaron.

Me dieron lástima los caballos inocentes, sacrificados con lentitud, los toros bravos, muertos después de sufrimientos crueles, los toreros no me daban lástima, estaban allí por su gusto, creó (Dios me perdone), que si hubieran despanzurrado á alguno, me hubiera sentido satisfecho.

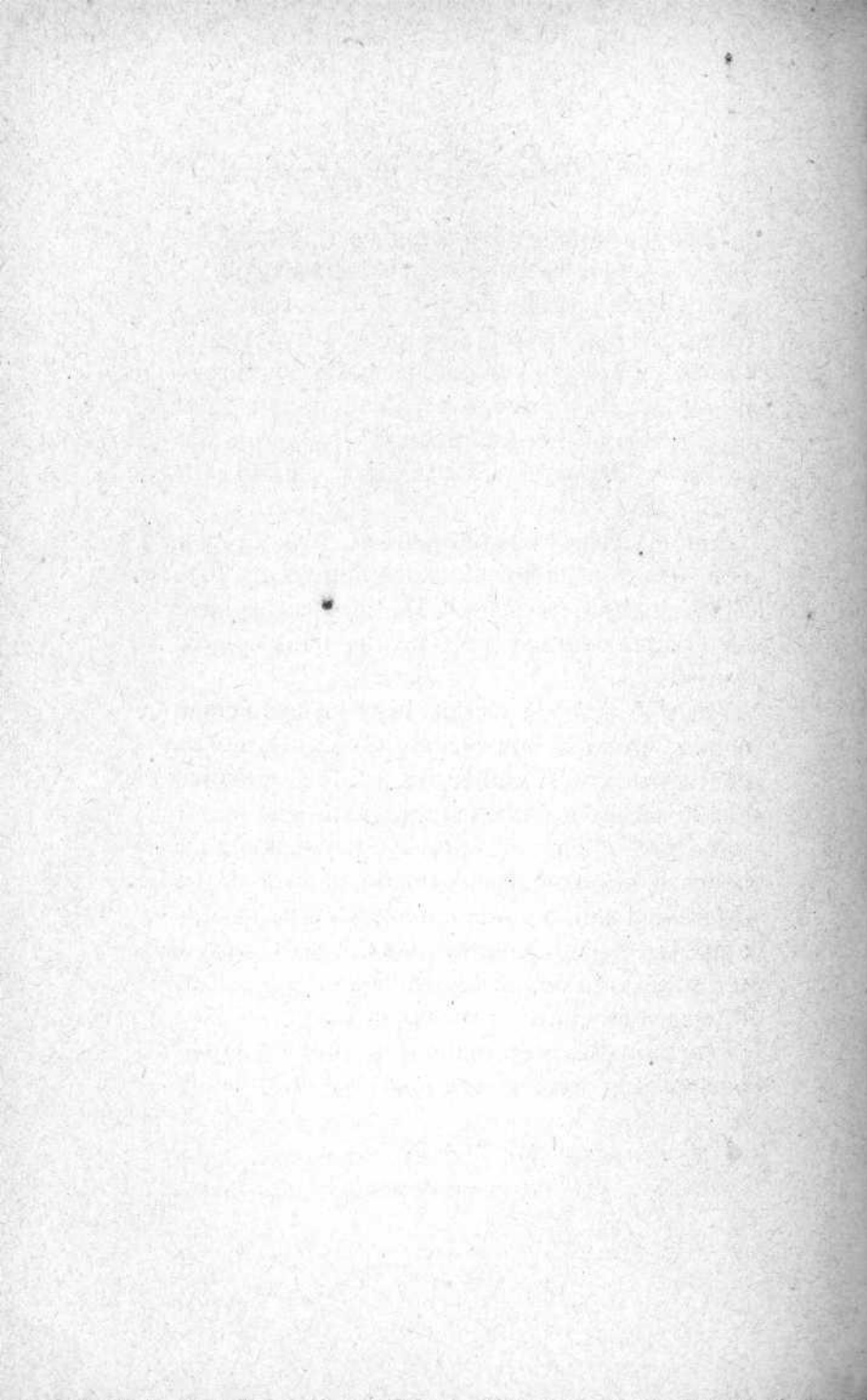
Y total no pasó nada, salió el toro, y pincha por aquí, pincha por allí, hasta que lo mataban. El mérito hubiera consistido, en hacerles hacer algo bailar ó mugir, pero no matarlos con engaños.

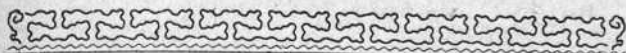
Cuando acabó la corrida, la arena estaba manchada de sangre por varios sitios, y la gente tan contenta, como si hubieran asistido á unos juegos florales ó á un concurso de música.

Yo se que en el extranjero hay costumbres bárbara, el boxeo, las riñas de gallos, el *Jiut Jetchsu*, el anillo de la muerte (*Loping loop*) las apuestas, pero bueno que los del norte acrediten el dictado de bárbaros, nosotros los meridionales debemos ser más buenos.

Pero ¿quién es el guapo que suprime la barbaridad nacional? Hasta los reyes la presiden.







La carta de recomendación



SR. D. N..... Querido profesor: Soy hijo de buena familia, vivo acosado por la necesidad en la calle de Antonio Fernández (Cambroneras)..... (D. A. Fernández fué un concejal obscuro del Ayuntamiento).

Voy á proponerle una pequeña irregularidad; se que es usted recto, justo, incapaz de hacer nada contrario á los dictados de su conciencia. Soy doctor en Ciencias, mis padres cometieron conmigo la tontería de hacerme aprender geometría analítica, cálculo, astronomía y demás cosas sublimes, innecesarias para la vida; soy candidato á la auxiliaría vacante de profesor de Química. Usted preside el Tribunal, yo á nadie conozco que me recomiende y tengo la osadía (califíquelo usted como quiera) de recomendarme yo. Mi acto es más valeroso que los de mis contrarios que buscan á otras personas para que los recomienden y defiendan, yo lo hago descaradamente, sin intermediario.

Si usted, dejando aparte las recomendaciones que adornan á mis contrarios, influye para que la plaza vacante sea ocupada por mí, evitará una gran desgracia, mi familia numerosa y científica se morirá de hambre.

De conocimientos estamos igualados, mis contrincantes saben como yo, lo que se ha escrito sobre química, están al tanto de las modernas teorías..... nada; ninguno ha descubierto ni descubrirá un nuevo metaloide, un alcaloide que aumente la lista de productos orgánicos.

En la lotería de los exámenes todos probaremos suficiencia de conocimientos, algunos sobresaldrán, si les toca el punto fuerte de su saber.

Yo sé lo que ellos, pero nadie me conoce, ningún senador ni personaje, emborronara un pliego de papel satinado, recomendando mi persona.

Soy el más necesitado del concurso.

En mi juventud, cuando tomé el grado de doctor, me sentí poderoso, luego anduve por colegios de provincias, arrastré una vida miserable, las lecciones escasearon y tuve que hacer menesteres humildes para vivir, he sido cobrador del tranvía en San Sebastián, tenedor de libros en Gerona, contrabandista en Cádiz y en Madrid de todo, mancebo de botica, recadero, peón de la Villa, profesor de analítica en un centro de obreros, redactor de un periódico de modas, y

candidato á la plaza de verdugo, usted comprenderá que no hacen falta muchas ciencias para apretar el gañote á nuestros semejantes; pero si se muere uno de hambre por no apretárselo.. ¡Vengan gargantas!

En el presente doy clases á 3 duros mes de sarno niños, é ilumino portales, este es el oficio más lucrativo que he tenido, otros de mis compañeros también llevan triste vida, unos son picadores, otros hacen juegos de manos por los *cines* de provincias... ¡Asco de ciencia! para nada sirve el saber si la tripa está vacía.

Seguramente si no triunfo en las oposiciones, obtendré la plaza de verdugo, y entonces... ¡Hay de los que caígan en mi mano! perfeccionaré el garrote, haré que el paso de rosca del tornillo funcione lentamente, para que los reos sufran horrores.

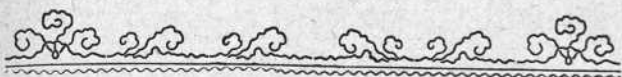
Además, en la agonía les hablaré de fórmulas algebraicas, enrebesados *castillos*, para distraer su atención, y que no puedan seguir los cantos de los sacerdotes.

Creo que á pesar de la gran concurrencia de solicitudes, mi pretensión será la preferida.

Conque usted decidirá de mi suerte ¿Profesor de química ó verdugo?

En espera de sus órdenes se repite de usted
s. s. q. b. s. m.

ANTONIO SÁNCHEZ.



EL VESUBIO

ERA verano, Roma estaba desierta. Con el fin de estudiar la geografía napolitana, me dirigí á Nápoles. No diré nada de la gran ciudad, las guías Bedeaker la describen y nada nuevo habré yo de añadir á lo dicho. Nápoles la bella, es la ciudad del placer, de las jergas, parece como que aún se respira el ambiente de aquellos tiempos anteriores al cristianismo. Me acompañaba en mi viaje el Sr. Cerita, un viejo catedrático de geología, que á pesar de sus achaques, tenía proyectado subir al Vesubio, confieso mi cobardía, las proximidades del cráter me daban miedo, pensaba en una erupción súbita, rápida, espontánea y me parecía prudente no aproximarme demasiado.

Cerita me daba unas latas geológicas espantosas, estaba encantado, era el volcán de los más curiosos del mundo, y eso que en cuestión de volcanes estaba muy instruido, había visto algunos, el Krakatoa y Orizabal Popocatepel en

América y los del Himalaya en Asia; pero este Vesubio era un ejemplar curioso con sus continuas erupciones. Cerita no comprendía que me daba la lata, que aunque la geología me era simpática, su edición me mareaba.

—Ustedes, los geógrafos no estudian más que el exterior en su estado actual, preocupándose de la orografía únicamente como abultamientos del terreno; de los ríos, como cuencas por donde corren las aguas, de los mares grandes, espacios de aguas que cruzan los barcos, las islas superficiales, sólidas que sobresalen entre sus aguas.

Las ciudades son para ustedes agrupamientos de casas que tienen tantos ó cuantos habitantes; las costas, unas líneas tortuosos que limitan, el mar, de la tierra, todo lo estudian un poco, así por encima, la superficie del planeta que es lo menor, lo menos interesante y más conocido; en cambio nosotros, los naturalistas... ¡oh! para nosotros el mar es una gran cantidad de óxido hídrico fuertemente cargado de cloruros y bromuros, poblado de infinita variedad de seres; peces, moluscos, crustáceos, diatomeas, microscópicas, algas y sargazos, que cubren muchas millas de extensión faunas y floras gigantescas y microscópicas, valles profundos con minerales desconocidos, la superficie del planeta, un libro abierto, con montañas que nos cuentan la formación del globo, llanos que nos dicen la

edad que tienen, rocas que esconden en su seno animales fosilizados de especies que desaparecieron hace miles de años; micro-organismos que flotan en el espacio, plantas que adornan la tierra y oxigenan la atmósfera, grandes mamíferos, aves crustáceas moluscos..... á que seguir todo lo interesante de la creación, para nosotros las ciudades, las naciones, las cordilleras de moderna formación, las fronteras..... nada de esto existe, no nos preocupamos de ello.

Cerita se ponía entusiasmado hablando de la naturaleza, hasta el punto de llamarnos á los geógrafos los estudiosos de lo artificial:

En la mesa del hotel, enfrente de nosotros, se sentaba un señor alto, delgado, púlcramente afeitado, de finas maneras y porte elegante, era inglés, un inglés viajero, silencioso, enigmático, como andan tantos por esos mundos de Dios; miraba todo con frialdad, sin hacer un gesto, parecía como que todos los que estábamos á su derredor no existíamos, éramos solamente ideas; al mozo de comedor le hablaba por señas discretas, persuasivas, mímica elegante.

Cerita, un día en uno de aquellos discursos que me lanzaba á diario, se metió en consideraciones sobre los volcanes del Himalaya, descripciones geológicas que duraron toda la comida.

De pronto el inglés sonrió, acaso atendía y entendía el discurso.

Luego sus ojos claros y azules nos miraron. Cerita que era muy osado en esto de hablar con desconocidos, continuó explicando y mirando al inglés, este imperturbable volvió á su frialdad, su mirada vaga continuó perdida en el vacío.

Al día siguiente Cerita encontró en su cuarto una carta y un paquetito; la carta decía:

«Sr. Cerita, Profesor de Geología de la Universidad de Madrid.

»Sir Conforlees me encarga os envíe este pequeño trozo de lava recogido por él en las proximidades del volcán de Ecla.

»Dignáos aceptar este ejemplar que él no os ha dado en propia mano por no haber sido presentado á usted.»

»Vuestro su servidor.

J. DUSCTRER

Secretario de Sir Conforlees.

Escocia (Inglaterra)»

El paquetito contenía un trocito de lava, un octaedro irregular gris, en una de cuyas caras había grabados caracteres ilegibles, letras incompletas, la primera cosa que hizo Cerita después de examinar el mineral, fué ir á dar gracias al inglés; pero no pudo realizar su objeto por que Sir había salido aquella misma mañana en bicicleta y no se sabía donde había ido, ni el tiempo que tardaría en volver.

Cerita quedó desconsolado, no le bastaba aquel trozo de mineral, quería saber más del volcán.

A los pocos días nos trasladamos á Portici, allí establecimos el cuartel general, el punto de cita y almacén de equipajes, Cerita sa'ió para Bosco Trecare, donde cogería el funicular Vesubiano, yo pasé los días ordenando trabajo atrasado, contestando cartas mías y... de Ceritas que me dejó sobre el particular, instrucciones.

Ocupaba una amplia habitación en la fonda ó posada, una antigua hospedería que con el tiempo tornóse en *hotel Londón*. Una noche cuando más engolfado estaba en la escritura, llamaron discretamente á mi puerta. Abrí y entró Sir Conforlees en paños menores con una palmatoria en la mano. Sir penetró en mi cuarto, le indiqué una silla y después de aparatosa genuflexión, me dijo en correcto castellano:

Usted perdonará mi libertad, mi atrevimiento y mi incorrección, soy Sir Conforlees ciudadano inglés de cuarenta y un años, viudo con domicilio en el Castleat Berman (Escocia), tuve el honor de habitar en Nápoles el mismo hotel que usted y el señor Cerita, ahora también nos cobijamos bajo techo común; la fonda está llena de personas y mi cuarto de chinches, es imposible dormir aunque se tenga la poca aprensión que, los que hemos viajado mucho, tenemos por estas peque-

ñas incomodidades. Yo pregunto si aquí hay chinches y en caso negativo pido á usted la caridad de que me deje por una noche descansar en la cama del Sr. Cerita, llevo tres noches sin dormir y hoy he hecho mucha bicicleta..... estoy fatigadísimo.

Yo accedí, Sir me estrechó la mano, se metió en la cama de Cerita y se durmió.

Cuando por la mañana me levanté, Sir se había marchado. A la hora de almorzar nos encontramos en el comedor, Sir hizo un saludo magestuoso, y nada me habló.

A la noche volvió á mi cuarto con el dueño del hotel, venían á suplicarme que mientras Cerita no volviera, Sir durmiera en su cama, yo accedí gustoso, y cuando el inglés vino á acostarse, intenté entablar conversación, era Sir para mí, un hombre interesante, su cara impassible y su silencio me intrigaba, sentía por él esa curiosidad que se tiene por los hombres silenciosos, porque el silencio y la indiferencia, indica ó suprema sabiduría, orgullo extraordinario, ó tontería plena, y no digo mudez porque los mudos son los más habladores, y ya por señas, ya por gestos ó palabras, con las manos, todo lo preguntan, todo quieren saberlo, son unos par-lanchines silenciosos.

Sir se levantaba con el alba, tomaba su bicicleta y desaparecía hasta medio día, las tardes

las pasaba escribiendo cartas, contestando telegramas, y cuando esta labor terminaba, poníase á leer en un librito rojo que llevaba en el bolsillo.

Se pasaba los días sin que cruzásemos la palabra, esto á mí me resultaba encantador, fatigado como estaba de la charla empalagosa y erudita de Cerita.

Sir era un hombre extraordinario, frío, sin pasión por nada, lo mismo le daba una cosa que otra, aunque inglés parecía americano, recibía muchos cablegramas de New York, esto me afirmó en mi opinión, de que se trataba de un business-man que recorría Italia por placer ó acaso por negocio.

Una noche que yo estaba desvelado, me pareció oír un gran ruido lejano, esto es frecuente en las proximidades de los cráteres y terrenos volcánicos, en Nápoles ya lo había observado.

Puséme á escuchar, y el ruido se repetía con cortos intervalos, era algo así como un trueno lejano, confieso que sentí miedo, la proximidad del cráter me tenía intranquilo, pensaba en una erupción que no nos diera tiempo de huir, montañas de lava fundidas, arrasándolo todo, nubes de cenizas hirvientes... y mi imaginación meridional representaba una catástrofe parecida á la de la Martinica, S. Francisco; el Ecla... mi instinto de conservación me puso en guardia, me vestí

y abrí la ventana, era una noche clara, azul, llena de poesía, la luna iluminaba todo brillantemente; pero con esa luz fría, sin vida, más medrosa aún que las tinieblas; enfrente de mí estaba el cráter, un pico en forma de globo, una montaña mochona, el cráter estaba oscuro y silencioso, súbito, apareció la *Fumarola*...

Un gallo cantó á lo lejos y el silencio volvió á reinar en el pueblo, nadie más que yo debía estar velando por miedo al volcán.

Volví á mi cama procurando serenarme y aún queriéndome reír de mi cobardía, las grandes erupciones van siempre precedidas de anuncios inequívocos... de pronto me quedé helado, la angustia anudó mi garganta, un trueno formidable me ensordeció, la casa vibró ligeramente, Sir dió un profundo suspiro y se despertó, luego siguieron otros ruidos menos intensos, parecía una tempestad subterránea, una tormenta sin relámpagos, Sir me habló.

—¿Qué ocurre?

—Nada Sir, que creo que el Vesubio asoma la oreja... no se si serán síntomas de próxima erupción...

—Cuando la cosa vaya de veras me avisa usted, quiero verlo, debe ser muy hermoso eso de morir en medio de un mar de piedra líquida.

Creí que Sir estaba loco, los truenos continua-

ban, y en el hotel se oían esos vagos ruidos que indican una alarma incierta, puertas que chillan al abrirse, jergones que crujen, voces que hablan quedo.

Los truenos fuéronse poco á poco alejando hasta desaparecer, y el silencio, aunque no la tranquilidad, volvieron acompañados del respirar fuerte, casi roncar de Sir.

Yo creo, que á pesar de la tranquilidad, nadie durmió en el pueblo.

Por la mañana llegó Cerita. Traía cara de muerto, pálido, desencajado, me abrazó llorando como si hubiera ocurrido una gran desgracia.

—Pensé que no lo contaba, que susto; en Bosco Trecare, á los ruidos seguían temblores de tierra, el suelo se agrietaba, las casas bailaban, los animales iban de un lado á otro azorados,.. que sustos pero á la vez, ¡qué grandioso!...

—Eso es; ¡qué grandioso!—dijo Sir.

Aquella misma tarde se hizo pública una orden del gobierno, el que en vista de las alarmantes noticias que el Observatorio sísmico del Vesubio había teleografiado, quedaba prohibido aproximarse al cráter, hasta nueva orden; bajo las penas más severas.

Regresamos á Nápoles aquel mismo día, Sir silencioso y taciturno, nos acompañó, en el trayecto Cerita no dejó de hablar, había pasado un miedo horrible, cuando se creyó ante una erup-

ción; el geólogo desapareció para convertirse en el mísero gusano que no piensa más que en vivir.

—La Naturaleza es muy hermosa, no lo dudo; pero... francamente, mete miedo, mire usted que siento yo el que se haya malogrado esta excursión al Vesubio, pero lo primero es la vida. Por que la Naturaleza, en esa labor constante de crear y destruir, deshace en un momento la labor de años, de siglos, de miles de siglos ¡y todo para qué! Sir se volvió rápidamente, sus mejillas pálidas, se colorearon.

—Sr. Cerita, acaba usted de decir una gran verdad. ¡Y todo por qué!.. nada se sabe del fin, del objeto de todas las cosas, fenómenos, vidas... ¿todo para qué?

Después se calló y no volvimos á oírle hablar aquel día.

Nos instalamos en nuestro hotel de Nápoles, Sir se quejaba de la orden del Gobierno; así no habría ningún naturalista que lo estudiase ni turista que contemplase el espectáculo... Cerita interrumpió.

—San o y bueno que se estudien las cosas; pero tan á lo vivo, él era ante todo hombre y tenía familia en España.

A Franklin le costó la vida el descubrimiento del pararrayos, á muchos sabios la curiosidad profesional les había hecho perjuicio, lleno estaba el martirologio científico de ilustres nombres.

Sir, cuando Cerita terminó de hablar, se echó á reir, esto nos dejó desconcertados pues nadie le había visto reir hasta entonces, el miedo de Cerita le hacía gracia. Estos hombres serios, de cara impasible que ven todo con indiferencia, estos hombres que nunca exteriorizan la alegría ó satisfacción en la cara, cuando ríen se ponen ridículos, grotescos, feos, es igual que cuando los payasos lloran.

La erupción temida verificóse, el volcán empezó á echar piedras, lava y cenizas, la lava hirviente, formó torrentes que descendieron por las cañadas en forma de ríos abrasadores, la vida vegetal se paralizó en los alrededores del cráter. Se organizaron servicios de salvamento. Sobre Nápoles cayó una niebla de cenizas ardientes. Borco-Trecare fué destruído; sepultado por la lava, los habitantes de los pueblos próximos, los abandonaron y vinieron á Nápoles acampando en las calles. Nápoles se despoblaba, la población en masa se embarcaba, de las iglesias salían procesiones que constantemente imploraban misericordia de Dios, las mujeres andaban de rodillas delante de los santos y clamaban á gritos *¡Dio mio perdón pieta madona del Campello!* Nadie se reía ni cantaba, los teatros se cerraron, las tropas vivaquearon por las calles, en previsión de los saqueos y robos que suelen acompañar á

estas grandes revoluciones de la Naturaleza.

Fondearon en la bahía dos buques de guerra ingleses y uno francés... Nápoles estaba silencioso como el último villorrio, de noche se oían las explosiones subterráneas mezcladas con el alarido de los soldados.

Un día llegó el Rey. Se le hizo un gran recibimiento silencioso, sin aparatos ni relumbrones, pero sincero, cariñoso, agradecido el Rey paseó á pié por todo Nápoles, rodeado del pueblo que lo aclamaba, se oían unos, ¡viva il Re d'Italia! como *no se oyeron* desde la Italia *redenta*.

Cerita, al día siguiente de nuestra llegada, se sintió enfermo, y hubo necesidad de avisar al médico que diagnosticó una aprensión superlativa, y recetó bromuro. Sir solía pasarse grandes ratos en compañía de Cerita, hablaban de Geología, Sir que tenía grandes conocimientos de esto, contaba catástrofes volcánicas, erupciones presenciadas por él, terremotos, rayos y centellas... Cerita temblaba de miedo y Sir reía á carcajadas...

— Mire usted Sir, no crea que me falta valor en 18... yo acababa de doctorarme en Ciencias, cuando ocurrió la gran catástrofe de Karacatoa, el volcán estaba en mitad de la isla, y fué tan grande el destrozo, que media isla se hundió en el mar... bueno, pues yo estaba tan fresco, las tardes por espacio de un mes eran intermina-

bles, porque los pequeños cristales que flotaban en el aire hacían el efecto de millones de espejos y reflejaban la luz del sol, desde Karacatoa á Madrid, es decir, más de 15.000 kilómetros.

—¿Pero usted desde donde contemplaba el fenómeno...

—Yo, Sir, desde la Guindalera...

El inglés reía.

Cerita estaba empeñado en que abandonásemos la excursión al Vesubio, aunque la Academia de Ciencias y la de Geografía y el mundo entero nos tildasen de cobardes. Pero yo, procuraba retenerlo en Nápoles. Un día al salir á la calle encontré el suelo blanco, parecía que había caído una gran nevada y aún continuaba cayendo, luego me enteré que eran pavesas, cenizas, vomitadas por el volcán y traídas á Nápoles por el viento. Cuando volví al hotel me encontré á Sir en el portal, y me dijo riendo, que el Señor Cerita había huído para embarcarse: fuí al puerto y me costó gran trabajo disuadir á Cerita, creía que el fin del mundo se aproximaba, ciertamente, que el fenómeno tenía un aspecto muy teatral; el cielo plomizo, frio y encapotado, con nubes de cenizas que caían constantemente, el Vesubio oculto entre nubes y vapores que de cuando en cuando se abrían para dejar ver el cráter y sus proximidades, que vomitaban fuego y piedras.

Casi á la fuerza volvió Cerita al hotel, por el camino me decía:

—¡Ay! Madrid de mi alma, ¿cuándo me veré en mi casita de la Calle del Sacramento?... Dios sea con nosotros, esto no lo contamos... y cosas de este jaez.

Sir nos anunció después de comer su marcha, iba á Roma, Nápoles se había puesto con la erupción aburridísimo luego lentamente dijo:

—Si ustedes se dignan acompañarme yo les invito á que pasen unos días en mi *villa*, que está próxima á Roma. Allí pueden pasar el tiempo hasta que el Vesubio se calme.

A Cerita le pareció de perlas la proposición y no opuso ningún reparo, salvo el de ir por tierra, el ferrocarril pasaba por lugares peligrosos.

La invitación de Sir, era sincera; al día siguiente nos embarcamos hasta Civita Vecchia, donde nos esperaba un magno automóvil azul 40 H. P. que nos condujo rápidos, camino de la ciudad eterna.

A poco dejamos la carretera y nos internamos por un camino particular que conducía á la *villa*.

Esta era un antiguo palacio rodeado de extensos jardines, á la inglesa. El edificio de fachadas de piedra con columnas dóricas, debía haber sido en la antigüedad palacio de cardenal ó escondite de alguna de esas aventuras noveles,

de que están llenas las historias Vaticanas.

Al pié de la escalera nos aguardaba formada la servidumbre con librea, un mayordomo inglés nos llevó á nuestras habitaciones, Cerita tenía el cuarto próximo al mío.

La *villa* había sido restaurada y amueblada con gusto, en sus menores detalles se veía la riqueza, el gusto.

El mayordomo que nos condujo, nos anunció que era nuestro ayuda de cámara para lo que gustásemos mandarle.

Cerita y yo, pasamos la tarde recorriendo la finca. Sir Conforlees desde que llegó se dedicó á la tarea que todas las tardes, escribir.

La noche, un sonoro *tan tan*, anunció la cena, fuimos al comedor, un salón inmenso con chimenea gigantesca, frescos en el techo, y tapices en las paredes. Sir no se hizo esperar, venía del brazo de una dama alta, rubia, coloradota, vestida con elegancia, que realizaba su hermosura.

Sir nos la presentó.

—La Señorita Gaud de Isfind (Noruega).

La señorita hizo una genuflexión y nos tendió la mano que besamos.

Un mayordomo (Maite d' hotel) jefe de comedor, nos presentó la lista de los platos, había cocina francesa é inglesa, aparte de algunos platos italianos.

La Señorita Gaud eligió y nosotros nos encon-

tramos perplejos ante aquella lista, por fin salimos del paso eligiendo al tun tun, lo que creímos mejor.

Sir no tomó más que un poco de caldo, pero nosotros y la rubia cenamos como príncipes.

Cerita al acabar estaba congestionado, y mientras tomábamos el te en un grán salón de fumar, me decía al oído.

—Mire usted que saben hacer las cosas estos extranjeros... pues y la rubia...

Sir nos preguntó si nos gustaba la música, contestamos que sí, y á una seña suya, la rubia se sentó al piano, tocó y cantó cosas que le indicó Sir.

Luego se escurrió sin despedirse y aprovechamos para fumar.

Cerita estaba encantado, aquello parecía un cuento de hadas. Sir se sentó á nuestro lado, estaba como siempre, serio, callado, de pronto pareció acordarse de algo.

—Señores, ustedes excusarán mi ligereza, la señorita Gaud la tengo aquí constantemente, es la señora de la casa, en todas las casas hace falta una mujer, una señora de alguna educación que cuide de todo en sus más mínimos detalles, la señorita es mi querida, mientras yo estoy en la *villa*, he asegurado su porvenir, y me tiene afecto, probablemente cuando yo muera se casará con algún mocetón de Noruega... eso no

me apura, yo que soy formal, no me avergüenzo de tener una querida, acto que considero moral.

Son pequeñas cosas que todos tenemos ocultas...

Cerita interrumpió.

—Oga usted Sir... la rubia es una mujer de primera.

Sir permaneció callado como si no le hubiera oído...

Gracias á una propina, nuestro ayuda de cámara nos enteró de algunos pormenores relativos á el peregrino de nuestro anfitrión. Sir tenía casa en París y Londres, aparte de el hermoso castillo de sus mayores en Escocia, era multimillonario y derrochaba el dinero.

Al día siguiente Sir excusó su presencia por estar enfermo, comimos, cenamos y paseamos en compañía de la rubia, era una mujer hermosa, elegante, de una alegría ruidosa, de todo reía, todo era causa de gozo, pero no hablaba palabra italiana ni francesa, todo nos lo decía por señas y esta mímica, y nuestra torpeza en comprender eran causa bastante para que no dejase de reir un momento, iba vestida con gran lujo, trajes salidos de algún afamado modisto de Londres.

Hasta en sus menores detalles se veía que era una mujer de placer, una entretenida amable. Nos enseñó la *villa*, el palacio mejor dicho. Los

grandes salones, la biblioteca, el pequeño museo, las bodegas, las cocinas y todas las habitaciones, hasta las suyas propias, que estaban amuebladas á la noruega, con una sencillez encantadora.

Al día siguiente fué visible Sir, que se encontraba mejorado de su indisposición. Paseamos y cosa rara, hablamos, una sola y casual palabra mía bastó para que aquel hombre de tampoco palabras fuese un orador incansable.

Mientras Cerita y la rubia pescaban, con caña en el estanque, Sir y yo paseabamos las escuelas filosóficas (llamo yo pasear á un asunto cualquiera, el acto de holgarse, hablar de él mientras se anda).

Sir era pesimista, partidarios, acérrimo de Shopenhauer y Hegel.

El solo nombre del primer filósofo le hizo sonrojarse de entusiasmo, estos seres del Norte fríos y callados, cuando se entusiasman, son más fogosos que los meridionales.

— Arturo Shopenhauer, el más grande filósofo y pensador que ha existido, la esencia de la filosofía pura y aplicada... No hubo en el mundo ni habrá partidario más acérrimo suyo que yo, le he dado su nombre á mi yath de alta mar á mi mejor caballo, á mi perro favorito..., su *Parerga*... es el mejor libro existente, yo hice una edición numerosísima del libro en inglés y luego la

regalé para que sus doctrinas se difundieran por mi país...

Yo que siempre amé la vida, el optimismo, la alegría y me entristecieron las téticas doctrinas pesimistas, procuré argüirle, Lubok, Lamartine Rousean, todos los patriarcas de el optimismo, los cantores de los dichos de la vida, y el amor. Pero él se aferró en sus ideas negativas en el no ser más grato que el ser doliente.

Sir se sentó en una piedra, yo le imité. Luego estuvo largamente contemplando el vacío, sin duda pensando algo que iba á decir.

—Yo estoy plenamente convencido de la inutilidad de todos los esfuerzos humanos, cuando veo que se afana cualquier hombre haciendo cualquier cosa, me dan ganas de reir por que este hombre sea, ignora la gran verdad; de que nada sirve para nada, que á todas las actividades, á las mejores intenciones, á la vida más laboriosa, sucede la muerte, la inmovilidad; claro que la limitada inteligencia humana, no comprende el fin de esta obra de la naturaleza del Cosmos; este continuo crear y destruir, formando mundos con restos de otros sistemas estelares que *murieron*, creando coles con el nitrógeno y fósforo del cuerpo de algún obispo, cadáver en descomposición; haciendo surgir de éste, nuestro goblo, vegetaciones espléndidas en la edad terciaria, para luego achicharrarlos for-

mando el carbón de piedra, poblando el globo de infinitos seres que se perpétuan en su continua procreación, llegan al sumun de su perfeccionamiento y luego desaparecen, no sólo algunos de los individuos, si no la especie entera.

Todo esto ¿por qué? ¿para qué? la especie humana desde que existe no ha hecho otra cosa que multiplicarse, progresar, sin meditar, ¿para qué esa multiplicación y progreso? Todo hombre necesita por instinto, moverse, agitarse, vivir, ya sea cavando la tierra, ó estudiando el saucrito, y si no hace alguna cosa de estas, jugará á las cartas, ó se emborrachará ó se dedicará al robo ó al asesinato; el caso es hacer algo, pero ese algo ¿para qué? ¿para perfeccionar la vida?, pero cuando llegue á su perfeccionamiento deseado (si es que llega) no podrá gozar de su obra, la muerte lo impedirá, la naturaleza que creó aquel ser, y le dió aquel instinto de trabajo, cuando lo ve bien, lo hace desaparecer ¿por qué? ¿para qué fué creado? si Dios existe, esta su labor, dice poco en su favor.

Yo estoy convencido de todas mis opiniones unas opiniones adquiridas á fuerza de mucho pensar.

Nací en una risueña aldea de Conforlees. Mis padres nobles, de la mejor aristocracia inglesa, contaban entre sus antepasados á fieros caballeros, compañeros de armas de Ricardo Corazón

de León, tenían además una buena fortuna, extensas propiedades territoriales, dehesas, castillos, alquerías.

Yo fuí creciendo y haciéndome un guapo mozo, cultivando todos los esports y adquiriendo además conocimientos, ilustración general, que juntas á un fino trato y esmeradas maneras, me hicieron un joven muy simpático y agradable.

A los 15 años fuí á Oxford, allí estudié historia y matemáticas, y sobre todo filosofía. Yo hubiera con el tiempo sido uno de los lores de la Cámara, un gran señor que gasta dinero en deportes y tiene una buena biblioteca en la señorial mansión campesina, en algún gótico castillo perdido entre praderas verdes.

Pero las cosas ocurrieron de muy diferente manera. Mi padre era hombre financiero, muy metido en grandes negocios, *trust* americanos. Estos asuntos lo tenían en continuo viaje. Cruzaba todos los años tres ó cuatro veces el Atlántico. Sus asuntos que siempre marcharon bien, empezaron á torcerse, la quiebra de algunas compañías americanas le hicieron perder cuantiosas sumas. Hubo necesidad de vender algunas fincas, de reducir los gastos, todo con el mayor secreto. Yo me encontré varias veces á mi madre llorando, mi padre con la frialdad que le caracterizaba, daba todas las mañanas su paseo á caballo, y pasaba las tardes y gran parte de las

noches, encerrado en su despacho trabajando activamente, preparando el desquite, proyectando la reparación de su hacienda tan averiada.

Comprendí la apurada situación, una sentencia escrita en un testero de la biblioteca me indicó la conducta futura, *Stugles for life* (luchar por la vida). Vi que aquella vida de Lord, para la que estaba educado era una quimera, un sueño, y resuelto á dejar mi casa, proyecté mi marcha. Yo amaba mi *home*, mis caballos, mis perros, mis armas queridas... de todo ello me despedí, abracé á mi madre y estreché la mano de mi padre, estos no extrañaron estas afectuosidades tan comunes en el bondadoso corazón de su hijo.

Rayaba el alba cuando salí de casa. Sun, mi perro favorito me seguía alborazado, saltando á mi alrededor, sin duda creía en alguna cacería. Despedí al perro, que tornó con el rabo entre piernas.

Caminé animoso, aventurero, envuelto entre las claridades que preceden al día, de pronto por oriente apareció el Sol, un Sol rojo, Sol inglés, sin calor ni brillo, los pájaros alegres, ante la luz matutina charloteaban en los árboles, sin duda contándose sus historias y caminatas aéreas. Me senté en un ribazo, estaba fatigado, aspiré con deleite el aire fresco de la mañana, hice inventario de mi persona y requisa á mis objetos.

Poseía un temperamento adaptable á todo, una conformidad rayana en el estoicismo, tenia también buena salud, cuerpo ágil y acostumbrado á las fatigas de la caza y los ejercicios gimnásticos. Un buen traje de lana, mi cuaderno de apuntaciones, veinte guineas y un buen bastón de roble para defenderlas.

Una vez hecho el recuento de mis monedas, dirigíme á la estación del ferrocarril que me condujo á Londres.

Tomé alojamiento en una posada económica frecuentada por estudiantes y personas de poco dinero y sin grandes esfuerzos, me acostumbré á la comida de un figón de marineros y obreros de los docks.

Londres era para mí algo así como un brillante centro, como una luz para una mariposa.

Dediqué todo mi tiempo á buscar colocación, hasta entonces había sido tratado por todos con educación como correspondía al hijo de un lord Conforlees, mas ahora el joven Halmilton (que fué el nombre que adopté) era desatendido en todas partes, y me llevé una gran decepción; no pensaba que hubiese en el mundo personas tan ingratas y descorteses. Encontrar colocación para mí era muy difícil, un día recibí la fatal noticia del suicidio de mi padre, no pudiendo resistir el dolor que le produjo su ruina total, se había quitado la vida de un tiro, mi madre vino

connigo y no tardó en seguir á su esposo, hay personas, que acostumbradas á ser ricas, ricas de familia, fortunas transmitidas de generación en generación, consideran esto de la riqueza como algo suyo algo sin lo que no pueden vivir, y esta idea errónea es la enfermedad que más hombres mata, todos los ricos temen á la pobreza, tiemblan ante la idea de un día de miseria.

A los veintiocho años me encontré sólo sin un penique en el bolsillo ni habilidad para ganarlo, la miseria es en Londres más espantosa que en ninguna parte. Yo tenía conocimientos de historia y geografía, hablaba dos lenguas además del inglés, montaba bien á caballo, tiraba las armas, sabía trinchar un pollo como el más consumado maitre-hotel, valsaba deliciosamente, sabía contestar sin caer en ridículo cualquier pregunta, yo había sido educado para rico, era como un perro chino; uno de esos favoritos de las damas hechos á todos los regalos, que se dejase en la calle abandonado, sería la risa de los canes vagabundos, la mofa de las perras callejeras.

Recuerdo un día de desesperación, un día gris, lluvioso, frío y yo empapado por la lluvia, recostado ante el parapeto del Wualfiars Bridge, contemplando el agua del Támesis, que corría mansamente bajo mis pies, un agua sucia, de co-

lor de chocolate, y yo, viendo debajo de ella la muerte, el vacío, pero también el fin de las fatigas, del hambre. No tuve valor para hacer lo que había hecho mi padre. Yo era joven, y aunque abatido por la miseria y los dolores morales de la muerte de mis padres, tenía apego á la vida, instinto grande de conservación. Me hice soldado; en Inglaterra, la milicia es una profesión como otra cualquiera, el soldado inglés está alimentado y vestido mejor que un guardia civil español. Fuí á la India, la gran sublevación de los fakires estaba en apogeo, los combates eran sangrientos, yo fuí destinado al ejército de operaciones, Lord Woseley, el héroe de Egipto, mandaba mi regimiento. La guerra me hizo ver cuán amarga hacían los hombres la vida, los indostanos hacían una guerra sin cuartel, con un encarnizamiento cruel. No había prisioneros terminado el combate, los indios acuchillaban á los ingleses cautivos, los descuartizaban, se ensañaban con los cadáveres...

Inglaterra tomaba fuertes represalias, los prisioneros eran cañoneados en pelotones, en montón, sin exceptuar á las mujeres ni á los niños... Por donde pasaba una columna inglesa, desaparecía todo, hombres, mujeres, construcciones... Cuando terminó la guerra, pedí y obtuve, mi licencia absoluta, tenía veintiséis años y mi cabello empezaba á blanquear.

Poseía algún dinero y con él me fuí al Canadá, de allí me trasladé á Alarka, era cuando la fiebre del oro hacía ir un torrente de aventureros de todo el mundo, el viaje fue penosísimo aún para mí, acostumbrado á las marchas forzadas de la guerra. Después de muchos días de andar á pie y sufrir muchas privaciones, llegué á donde estabau las minas. Tres años estuve allí, al cabo de ellos regresé rico al Canadá; mi fuerte constitución pudo resistir aquel clima inhumano, y la rapacidad de los compañeros especie de bandidos que no tienen la menor repugnancia en asesinar á un minero que hizo fortuna.

Viajé, ví mundo, brillé, gasté el dinero ganado con tanto trabajo, fuí á mi pueblo donde nadie me conocía, compré las antiguas fincas de mis padres pagándolas á doble precio del que valían y después, harto de viajar, de moverme de recorrer el planeta, me propuse hacer vida, tranquila, sosegada, en mi castillo, en el antiguo castillo de los Conforlees, fuí lord, compré una casa de Londres, otra en París y esta próxima á Roma.

Entonces hice la gran barbaridad, el tremendo disparate... me enamoré de una mis guapísima, tan noble y rica como yo, nos casamos, y pasamos dos años viajando, luego decidimos habitar en Conforlees largas temporadas, y hacer una vida más sosegada, mi mujer era encantado-

ra, y yo estaba contento de ella, únicamente una cosa entibiaba nuestra dicha, no teníamos hijos.

Yo nunca fuí celoso, pero un día encontré á mi mujer en brazos de mi criado... los maté y me absolvieron, yo quería que me ahorcaran; desde entonces no he vuelto por mi casa de Conforlees. Yo creía que el dinero, la riqueza y la salud hacían felices á los hombres, me convencí de que la felicidad era una quimera... procuré aturdirme en el bullicio de París, derroché el oro con cocotas, jugué, me propuse estudios, colecciones... todo me aburrió, todo estaba á mi alcance y nada deseaba, la tranquilidad huyó de mi espíritu, sentí el aburrimiento, el *espleen*, me metí en los grandes negocios, y en ellos sigo amontonando oro, pero aburrido profundamente, aburrido, nada tiene para mi interés, el espectáculo del mundo es una representación *sosa*, sin atractivos, poseo varios automóviles y dos buques que me llevan de un lado á otro, buscando siempre algo interesante que distraiga mi vida monótona, únicamente la *Eudomología* me hace algunas veces pasar un rato, pero es un sólo libro tan leído, que casi me lo sé de memoria, hago una vida activa en constante movimiento, y á pesar de ello mis noches son horribles, el cansancio me agota, pero el sueño, ese descanso tan agradable, ese préstamo que en vida nos hace la muerte, huye de mí, las horas nocturnas son lentas

innacabables... y así llevo doce años de mi vida, sosteniendo todos los días una lucha conmigo para no suicidarme, crea usted que algunas veces dejar de ser, es más razonable que ser.

Soy luego, siento, vivo, dijeron los filósofos, y yo digo:

-- Soy luego, sufro, todo lo que no sea dolor sufrimiento, desasosiego, intranquilidad, aburrimiento, es extraño á mí.

He procurado por mil medios llegar á la *nirvana* á ese estado de los fakires, elogiado por Shopenhauer, pero la *nirvana*, *el no ser siendo*, no tiene aplicación en un sujeto como yo, todo ansiedad.

Había obscurecido, las sombras nos rodeaban. La rubia Gaud y el doctor Cerita pasaron á nuestro lado sin vernos, iban del brazo, riendo sin duda por los incidentes de la pesca.

—Vea usted esta mujer, una pera en dulce como dice el parlanchín de Cerita, me es indiferente como Lulu, la compañera que habita la casa de París ó Ena la de Conforlees, todo carece de interés, me cambiaría con cualquiera de mis criados, no tengo ilusiones, padezco inapetencia, esa inapetencia especial que nos ataca á los millonarios, los que trabajamos en tiempos para comer, y hoy ni comemos ni trabajamos, el sueño es una cosa imposible de comprar, la alegría lo mismo y todas esas cosas

que todo el mundo disfruta y nadie aprecia.

La noche había cerrado y con ella vinieron las sombras y el silencio, el *tan tan* nos llamaba al comedor, ya nos esperaban Cerita y la rubia, riendo como siempre, terminada la cena, se hizo un poco de música y nos recogimos.

A los pocos días tuve que regresar á España. Sir se despidió afectuoso, la rubia sonrió picarescamente enseñando todos los dientes. Cerita se quedó aún unos días, mientras se veía en que paraba aquello del Vesubio que aunque encalmado momentáneamente no le ofrecía seguridad.

Pasaron unos meses, yo estaba en Madrid.

Una mañana temprano se presentó Cerita en mi casa. Después de los abrazos y saludos, Cerita tomó la palabra como solía hacerlo.

—Verá usted... aquello del Vesubío se arregló y verificamos la excursión, aventura peligrosa si se tiene en cuenta que ha cambiado completamente la orografía vesubiana y no hay guía que no dé tropiezo. Formábamos parte de la expedición, Sir Conforlees, la rubia Gaud, un guía y yo...

Todo fué bien al subir, pero en las proximidades del cráter sentí un miedo horrible, de cuando en cuando se oían ligeras, lejanas, profundas explosiones, primero iba el guía, después Sir, luego Gaud y por fin yo, marchábamos

cogidos de la mano para no caer entre aquellas escabrosidades aún calientes.

Gaud me apretaba fuertemente la mano, y caminaba con dificultad, volviendo de cuando en cuando la cabeza y enseñándome su eterna sonrisa; por fin llegamos al cráter, el silencio era profundo, á nuestros pies la bahía de Nápoles, parecía un estanque de juguete, la población un nacimiento; enfrente, teníamos el mar que por la reverberancia del sol, tenía un color brillante que no se podía mirar.

Encima, el cielo de Nápoles, de un azul fuerte y luminoso, respiramos con placer un aire nuevo, sin estrenar aún por ningún pulmón.

Sir, paseaba distraído, sin duda el espectáculo no le interesaba; luego se fué con el guía hacia un lado para contemplar no sé qué.

Gaud, lanzó una exclamación gutural que ignoro que palabra sería, y me indicó una flor, era una florecilla campestre que había nacido allí por no se sabe qué casualidad, el suelo era una roca pelada, de lava endurecida, por ninguna parte aparecía vestigio vegetal. La hierbecita se valanceaba en la terminación de una roca, en una grieta, tuve que hacer un poco de gimnasia para cogerla. Gaud me alargó la mano para ayudarme á subir, confieso que varias veces en el viaje la ví las piernas, confieso también que aquel día estaba más encartadora que nunca.

La entregué la flor y la besé en la mano, estábamos en pie uno al lado del otro, ella se acercó á mí, su cara sonrió, hizo un gracioso mohín de burla, y sin darnos cuenta de lo que hacíamos, nos besamos en la boca. Instantáneamente nos volvimos, Sir nos miraba muy serio, Gaud bajó la cabeza, como estudiante cogido en falta, yo sentí una vergüenza horrible, de pronto la *fumarola* salió del cráter envolviéndonos en vapores, una densa niebla que el viento arrasó enseguida, era el momento de asomarse el volcán, nos aproximamos al borde, y miramos una especie de cono invertido de un diámetro en su base, como de 100 metros, y una profundidad enorme, en el fondo, allá muy lejos, en sitio donde la luz apenas penetraba, se veía algo que se movía, parecido al chocolate en ebullición.

Sir estaba muy pálido, en pie sobre el borde del cráter, el guía le advirtió el peligro.

Pero él se sonrió y nos miró, con una cara trágica profundamente triste algo así como la faz de la angustia suprema, luego dió un salto adelante, un salto acrobático de 6 á 8 metros, y cayó en el vacío con los brazos abiertos, mirándonos fijamente un instante, una molécula de segundo.

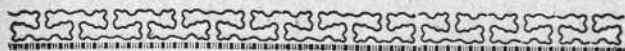
Bajó como una bala, tropezó en varias rocas, rebotó en otras, y destrozado se perdió entre

las últimas claridades de las profuudidades del cráter.

Volvimos á Nápoles, Gaud trístísima, profundamente afectada, acusándose de ser la causa de la desgracia, que yo creo que fué debido á una afección al hígado, una de esas hipocondrias que amargan la vida de los británicos...

Gaud se ha consolado... me ha seguido á España, y no encuentro manera de zafarme de ella, porque la ha vuelto la sonrisa y es rica, y no hay modo de negarle nada cuando ríe con aquel mohín tan gracioso. ¡Poco que reirán mis compañeros cuando se enteren que en vez de traer observaciones metereológicas y geológicas del Vesubío, tráigo una noruega joven, rubia, elegante, rica, y que sonrie siempre.





DE LA VIDA ESPAÑOLA



NUESTRO automóvil corría raudo, á través de la estepa manchega. El paisaje era monótono, una inmensa llanura horizontal deshabitada, escasamente cultivada, falta de árboles y ondulaciones.

La carretera, paralela al ferrocarril, era un diámetro del gran círculo de la llanura, limitada por el horizonte sensible, el paisaje daba la sensación de un mar sólido.

Aquello era la Mancha clásica, se pensaba en los caballeros andantes y cabalgadores, los molinos de viento, las seguidillas. Se había puesto el sol; pero en la llanura el crepúsculo es brillante y largo.

Ibamos en el coche cuatro viajeros y el mecánico.

D. Antonio G. de Alta Cuesta, diputado del distrito, noble, rico y *snobero* y *sportero*. (1)

(1) La Academia Española, en su continuo limpiar, fijar y dar esplendor á la lengua, ha creado la palabra *reportero* de el *reporter* francés, y aunque *reportero* sea feo y pa-

Alvarito Panaderín, ayudante de Obras pública, gordo, tragador, chistoso, capaz de jugar-se el aparato digestivo á una carta; hombre célebre, todo lo sacrificaba con tal de hacer reír.

Canapé, periodista miope, juerguista y gorrón, y yo, á bordo del automóvil, iban escopetas, comestibles, cartuchos, botellas de diversos alcoholes, con diversas etiquetas policromas.

El automóvil devoraba kilómetros, guiado por D. Antonio, su propietario. Ibámos de caza á un monte suyo. Era verano, por oriente apareció una estrella, todos íbamos silenciosos, menos Panaderín que hablaba palabras que se quedaban atrás, la velocidad era grande, pero no se notaba su magnitud por la ausencia de términos de comparación.

El motor producía un ruido igual, monótono.

Poco á poco las sombras fueron invadiendo el espacio se hizo de noche y nos aproximamos, á un pueblo.

La aldea era pequeña, de casuchas bajas y corrales, con portalón castellano.

Nos detuvimos para encender los reflectores.

rezca indicar portero dos veces, aunque en castellano haya lo de *corre te y dile*, *en todo me me meto*, ó *informador*, *soceador* y aún *voceros* yo lo admito y siguiendo la regla pongo *snobero*, *al snob* ó *snobman* y *esportero* al *sportman*, ó hombre aficionado á ejercicios y juegos físicos.

—¿Qué pueblo es este? pregunté á mis compañeros.

—No se, con este andar de flecha estoy desorientado—dijo Panaderín.

—Yo tampoco—exclamó riendo D. Antonio—no he pasado por aquí más que en viajes de propaganda, en tiempos de elecciones y de todo conservo un recuerdo vago.

—¿Y usted geógrafo?—me preguntó *Canapé*—¿no sabe tampoco donde estamos?... fíese usted de los diputados, que no conocen de España ni su distrito, de los que hacen y euidan carreteras, que tampoco saben nada, de los que escriben libros de geografía, que les pasa igual...

Panaderín se echó á reir.

—Esto debe ser Majaderita de Arriba ó Villanecia ó Tontilandía ó...

Un golpe seco, seguido de ruido de cristales rotos, nos conmovió, el mecánico gritó, blasfemó en francés, y una nube de piedras cayó sobre nosotros.

Nos apedreaban, un guijarro rompió el cristal Fresnel, de uno de los reflectores, otro le produjo un chichón á Panaderín.

Rápidos nos parapetamos detrás del coche, y preparamos las escopetas y revólveres. Pasó un perro corriendo y *Canapé* le soltó una perdigonada; disparamos dos ótres tiros más y la pedrea cesó, de pronto nos vimos rodeados por

una porción de campesinos que al ruido de los tiros aparecieron hoscos, con escopetas, hoces, guadañas, bieldos, ni más ni menos que si se tratase de repelar una invasión extranjera.

Don Antonio saltó del coche y dijo en alta voz:

—Al primero que tire una piedra le salto los sesos de un tiro...

Los campesinos nos miraron asombrados, algunos rieron.

—¿Qué pueblo es éste? preguntó *Canapé*, que tenía manía de conocimiento geográfico.

—Huelda... dijo una voz enemiga.

Hubo un pequeño y breve consejo. Panaderín habló.

—Huelda es una aldea de pocos vecinos, no hay guardia civil y debemos *achantarnos*, estos salvajes son capaces de asesinarnos, huir es imposible, la ruptura de los focos nos inmoviliza, hasta mañana, debemos parlamentar y quedarnos aquí hasta que llegue el día.

Todos asentimos.

Canapé que se creía orador á fuerza de haber oído tanto discurso, se subió encima de un asiento y arengó á los campesinos con grandes voces.

—¡Campesinos! nada malo nos trae aquí, somos gente de paz, vamos á pasar esta noche con vosotros, deponer vuestros rencores.

Los campesinos se acercaron y rodearon el automóvil sobándolo todo, preguntamos por la posada y nos dijeron que no la había, únicamente después de mucho hablar y preguntar, dimos con la taberna, donde nos acogimos á pasar la noche.

El automóvil y el mecánico se recogieron en un corral.

Las carrascas chisporroteaban en una chimenea medioeval, á poco vinieron el cura y el alcalde, que aunque enemigo de D. Antonio se puso á nuestra disposición.

Panaderín dispuso la cena con los recursos de á bordo, en el pueblo no había nada que comer.

—Son ustedes unos salvajes, me han roto un farol, me han apedreado... gritaba furioso don Antonio.

—¡Eso son cosas de chicos!...—interrumpió el alcalde.

—Los *niños*—dijo el cura—como no han visto nunca un *otomóvil* ¡pus claro, á la diversión!

—Daré cuenta al Gobernador y al ministro, esto no puede quedar así.

—Mire *usté* señor *deputao* si *quie usté* que este asunto se arregle no lo menée, aquí en el pueblo si se corre la voz de que van á venir los civiles, le prendemos fuego al *otomóvil* y á *ustés* y no queda titere con cabeza.

Panaderín intervino cantando:

—Señor alcalde mayor no prenda usted á los ladrones... quite usted hierro... y aquí no ha pasado nada, ustedes cenan con nosotros porque nosotros no podemos dejar la ocasión (ya que estamos en Huelda) de tratar con caballeros de tanto viso ¡*Caballero de gracia me llaman y efectivamente soy así!* .

Todos rieron.

—Yo como redactor de *El Liberal* prometo no hacerme eco en mi diario del conflicto que nos detiene en el pueblo.

Para afirmar las paces no hubo más remedio que beber sendas jarras de vino del país, un caldo obscuro y desagradable que *Canapé*, alcohólico empedernido, ensalzó.

Al poco rato, estuvo dispuesta la cena, los lugareños, que habían ido entrando en grupos de dos ó tres personas, llenaron la habitación, luego el tabernero despidió á unos cuantos que no eran de su agrado, esto originó pequeñas reyertas con acompañamiento de voces, blasfemias y golpes.

Cuando nos pusimos á cenar, el pueblo en masa nos contemplaba riendo de nuestra indumentaria y modales; una banda de chicos jugaba con nuestros objetos, correteaba por la habitación y ensordecía el espacio, luego, cansados de nuestra indiferencia, se fueron marchando hasta no quedar en la cocina más que los cuatro viajeros, el cura, el alcalde y el tío Guñitos.

Este era un viejo sarmentoso y apergaminado, gran contador de historias que la tomó con Panaderín, en esto de hacernos reir y nos amargó la cena.

Se comió bien y se bebió mejor, creo que a terminar todos, menos yo, estaban borrachos.

Panaderín amenizó la velada con una insoponible colección de *colmos parecidos*, chistes y equívocos.

—En que se parece un tiesto de albahaca á S. M. el Rey de Inglaterra... ¡pues en que tienen un agujerito en el mismo lugar.!

—El tío Guñitos reía como un tonto, todas estas sandeces, en un ricón discutían el cura y Canapé, sobre el clericalismo, y hubo que apartarlos para que no se estropearan.

—A mí—dijo Guñitos—me gustan estas cosas, me acuerdo de cuando era *sordao*, y estábamos en Africa, *tararí*... ¡presente!..., los señoritos se dan *guena* vida, en el pueblo nos aburrimos mucho.

—Oíga usted Guñitos, y como es que hay tanto chico—dijo D. Antonio por decir algo.

—Es que en el *ivierno*, las noches son muy largas y muy frías, en *cuanti* que *asnochese* tol *mundi* á la cama, no hay leña para calentarse, y el *pritolio* y *asaite*, y las velas son *mu* caras.

Pa el otoño cada mujer pare un chico ú dos, porque las mujeres de esta tierra son muy bue-

nas paridoras, gracias á Dios sean dadas, Y es lo que dice el cuento, pues señor que el tío Cirilo al casarse andaba muy preocupado sobre si tendría ú no hijos, y su mujer que era de la familia de las *miracuesto con cualquiera* le dijo...

—No tengas miedo Cirilo, que hijos no han de faltarte mientras que yo aliente, mi madre tuvo 11 hijos y mi padre era sereno...

El cura se escandalizó y se marchó,

—Así son *toos* los curas, comida hecha conversacion deshecha, y les *alvierto* que este no es de palo, en eso de tener hijos, más de dos ó más de tres chicos andan por el pueblo con un parecido al párroco, que asusta.

—¡Oye Panaderín, pues esto de Huelda debe andar cerca de Villasequilla... te acuerdas?

Panaderín se quedó pensativo, luego se sumió en sus recuerdos.

—No vaya á ser este señorito como el secretario de Valmeorado que en *cuati* se *ahuma* le entran unos lloros y unos ayes...

Panaderín se echó al cuerpo un buen trago de uno de los venenos que había sobre la mesa y repuesto, al parecer, con esta libación, quedó sonriente.

—A fe de Alvaro Panaderín que me acuerdo del mal rato que pasé gracias á una broma de un militar... fué una broma regular.

Era por el año... 76 ó 77 no me acuerdo, el

caso es que la guerra carlista estaba en su apogeo, por estas tierras había bastantes partidas ¡qué digo, partidas! ejércitos. A mí me agregaron á una columna liberal en calidad de práctico conocedor de los caminos. Yo sabía entonces lo que se hoy... pero adelante. *Canapé* venía con nosotros como corresponsal de la *Iberia*... íbamos bien comidos bien pagados y bien bebidos, éramos jóvenes y nos divertíamos gastándole bromas á todo el mundo, un día en Cuenca asaltamos una confitería, otro día en Villarrobledo cambiamos las boletas nuestras con las del general y nos trataron al estilo de los príncipes...

Venía con nosotros también un capitán de caballería gallego al que no le hacían gracia nuestras bromas.

Un día me prometió darme una broma y como yo se lo ternes que son los gallegos, vivía prevenido.

--Pues señor, que llegamos á Villasequilla y nos encontramos con una posadera, guapa de veras; por el camino, el gallego me había hablado de la belleza de la posadera, así como también de lo fácil que era obtener sus favores.

Canapé andaba recogiendo datos que envían al periódico, y yo detrás de la posadera, cuando me encuentro al gallego.

—Qué ¿ha visto usted á la posadera?

—Si, es muy guapa, pero creo que tiene un marido muy celoso.

—Bah, celoso si es, pero ella es muy... otra cosa.

En esto que yo valiéndome de mil mañas pude conseguir encontrarme á solas con la posadera, y no me anduve con chiquitas la expuse mis proyectos con un cinismo que la dejé tirulata, en cuanto se repuso me soltó una bofetada que me atontó, y oí la voz del gallego que decía.

—Que viene el marido con la escopeta...

El marido venía, ahora que no traía la escopeta, sino una escoba; ignoraba además mi aventura... yo en mi miedo tomé por arma el aparato de barrer, me tiré por una ventana, dándome un batacazo regular, y salí corriendo campo atravesado, y casi desnudo, seguido por el posadero que me creía loco y por el gallego que se desquijaba á reír, atravesé campos, caí y me levante varias veces, luego encontré la carretera, y seguí corriendo sólo, creyéndome seguido por el marido burlado.

Era diciembre, yo no llevaba más ropa que una camiseta y unos calzoncillos... Yo corría, corría; debí andar 12 ó 13 kilómetros... de pronto sonó un tiro, me tiré al suelo creyéndome muerto. Pasó un rato y luego me ví rodeado de carlistas que me interrogaban. Si yo contaba la verdad y me confesaba paisano al servicio de los

liberales; me fusilaban enseguida, por eso oculté mi nombre, situación y aventura, y me fingí loco... como estaba casi en cueros, me creyeron, pero ustedes no saben las penas que pasé para hacerme el loco, me reía á todas horas, aunque no tuviera gana, pensando que si se descubría mis patrañas me mataban... en fin, que un día hartos de mí y de mis locuras me dejaron suelto.

Entonces me costó trabajo no hacer locuras, me había acostumbrado... cuando volví á ver al gallego lo desafié... la cita era al amanecer, en una era, y á pistola... compré á varios mozos del pueblo, para que esperaran al gallego y le dieran una paliza, y á la hora en punto me fuí tranquilo al campo del honor; pero el gallego más previsor que yo, compró á otros mozos para que me azotaran, y no salió de casa, maliciándose algo..., total tres meses de cama, conque para que yo no me acuerde de Villasequilla.

—Sí que las has pasado buenas Panaderín...

—Pues y aquella vez que me quisieron sacar diputado...

—Eso fué en Barbastro.. tenía entonces éste á todos embobados con una erudición de calendario. Se daba pisto de conocer los por qué de todo, y entre chistes y veras, les decía cosas como estas. «El hemisferio sur se llama austral, porque en él está Austria, y el hemisferio norte se llama boreal, porque se recoge ácido bórico.

Panaderín sonreía con placidez, le admiraban; se sentía grande magnánimo de los chistosos.

Canapé empezó á contarnos cosas del periódico, y casi nos dormimos. D. Antonio aprovechaba los momentos que podía y se daba bombos políticos con disimulo. *Canapé* lo elogiaba con las frases de ritual entre periodistas, es decir, sin descender de su pedestal, como protegiéndolo.

De pronto sonaron dos aldabonazos. Abrieron y entró un viejo viajero, de estos que van por los pueblos vendiendo chucherías, libritos de crímenes, historias de ladrones, llevaba un traje parecido al de los pastores, calzaba albarcas, se cubría con un sombrero de catite viejo, grisiento.

—Dios sea con todos señores...

Panaderín lo miró con sus ojos saltones, quiso preguntarle algo pero sin duda no se le ocurrió nada.

El viejo se sentó después de poner en orden un complicado equipaje que portaba.

—Ahí lo tiene usted, dijo el tío Guiñitos, tan fuerte y ha corrido todo el mundo, ha *estao* hasta en Belén, donde nació Nuestro Señor.

—Sí que he rodado mucho y lo que me queda aun que rodar, pero la vida es así, unos se acostumbran á vivir en punto y otros en línea, yo

duermo cada noche en distinta casa, soy un viajero.

—¿Y es usted de esta tierra...?

—Si señor, de Argamasilla lugar célebre en la historia, por ser donde vivió el original hidalgo D. Alonso Quijano el Bueno, por otro nombre D. Quijote de la Mancha ó Caballero de la Triste Figura ó de los Leones...

—Cuéntenos usted algo de su historia, si vieran que historias sabe, además es muy entendido en *melecinas*, conoce todas las hierbas saludables.

—Bien, pero señores yo estoy cansado, vengo de Montiel, y maldito el negocio que he hecho...

D. Antonio le ofreció una peseta si nos divertía, y el viejo contento nos contó lo que sigue.

—Yo señores, me llamo Diego Carrasco y Panza, sin duda descendiente de las familias de el barbero y escudero de D. Quijote. Desde muy chico me gustaron las peleas, los viajes y las aventuras, mis padres eran antiguos amantes del ideal carlista, era yo un mocete, cuando la penúltima guerra; mi padre se fué al campo y yo con él, ésto de la guerra me entusiasmó, mi natural conquistador y militar se manifestó bien pronto en los primeros combates; con D. Ramón Cabrera, recorrí España matando liberales donde los había, en la acción de Berga mataron á mi padre, esto avivó mi entusiasmo por la

causa santa. Llegué á teniente de los ejércitos de D. Carlos. Cuando acabó la guerra me encontré sin colocación ni medios de vida, emprendí varios oficios, todos con éxito, y dejándome llevar de mis ideales místicos, obtuve una beca en el seminario de Toledo. Son muchos los guerreros que cansados de batirse se hicieron eclesiásticos, y algunos hasta llegaron á santos, como San Ignacio, San Jorge, San Martín...

Todos los grandes hombres de la antigüedad fueron religiosos, Colón que descubrió América; Max Bet que inventó la pólvora...

Nueve años estudié en Toledo y cuando iba á tomar las órdenes mayores, quiso mi desgracia que cierta moza de las del partido me hiciera pecar. El pecado fué tan público y conocido que yo, antes de ser indigno del sacerdocio, abandoné el seminario y fuí andando en peregrinación á Roma para que el Padre Santo me perdonara.

Pasé fatigas en este viaje y me acostumbré á vivir de la limosna, ese maná que Dios en su piedad infinita da á justos y pecadores. A lo primero sentía mucha vergüenza de pedir, pero luego hallando en ello mortificación, para mi orgullo, sentí alegría ante mi pobreza, pago de mi gran pecado. Fuí hasta Jerusalén y á la vuelta encontré á Italia sublevada contra el reinado del Papa. No vacilé un punto y me alisté en los

ejércitos del Papa rey, trocando mi bordón de peregrino por un fusil vaticano, estuve en el sitio de Roma y cuando la guerra acabó, torné á España; en todas estas andanzas y viajes se agostó mi juventud, acostumbrado á la vida vagabunda y mendicante, hallé poco gusto en cultivar la tierra, único oficio aparte del navegar y reñir, digno de los hombres de esta tierra castellana, fui además secretario en varios pueblos, memorialista en Barcelona y mandadero de las monjas de Santa Clara... embarqué para América y recorrí las pampas tristes en nada comparables con estas llanuras manchegas llenas de poesía.

En América aprendí á vivir de mi oficio de de vagabundo. Retorné á España sin dinero como había ido; pero con gran experiencia del vivir entre la raza de mercaderes que puebla la tierra.

Yo sé ayudar á parir, entablillo huesos rotos que es un prodigio, hago unturas para el reuma, curo el mal de ojo y todas las brujerías, fáciles de curar, porque como no existen, nada hay que hacer para que desaparezcan, además vendo libros que cuentan las historias de «José María el Tempranillo» «Diego Corriente» «Los siete niños de Ecija» «Candelas» y los grandes crímenes modernos y antiguos. La ilustración que adquirí en Toledo, junto á lo mucho que he

visto y mi práctica de vivir, me han hecho una fama en España entera.

He compuesto unas aleluyas políticas y también una guía del agricultor (en verso) hago también romances á hechos heroicos... vendo betún, pasta para limpiar metales... y también una Historia de España en verso de que soy el autor...

Cómprenme algo, que Dios se lo premiará...

Aquí tienen mi historia, empieza así...

España, terrenos buenos,
fué habitada por fenicios,
cartajineses, romanos,
bárbaros y sarracenos
y jentes llenos de vicios,
todos quisieron mandalla
y ninguno pudo hacello,
pues la extranjera canalla
no domeñó ni un cabello
de la raza de Viriato.

A continuación, Carrasco sacó unos libritos encarnados, que era su historia, le compramos varios, y agradecido nos contó aventuras extraordinarias de sus dilatados viajes.

—¿Y es usted muy viejo?...—pregunté.

—No sé, cuando mi gran pecado, hice voto de no llevar cuenta de mis años, y esto que parecerá mortificación, es mi tesoro, pues aunque he vivido mucho, no se sí aún soy joven, los

hombres todos tienen siempre en la memoria un número de dos cifras que aumenta sin cesar, es la cifra de los años que han vivido, angustiada es esta contabilidad, mejor no es llevar razón ni remota memoria del tiempo de nuestro nacimiento, así queda la duda que yo tengo, de si se es joven ó viejo, aunque natura avise, el magín desmiente y engaña á un tiempo...

De pronto entró el posadero, y dijo con voces fuertes.

—Vaya señores á dormir, que bastante duró la velada, y han de madrugar.

Panaderín y yo nos fuimos al pajar, D. Antonio y Canapé se acomodaron como pudieron en el escaño.

Yo nunca había dormido en un pajar, Carrasco el viajero nos enseñó el modo de hacerlo, nos quitamos los zapatos y nos sumergimos en un montón de paja larga.

A poco oí roncar á Carrasco, Panaderín se revolvía en la paja sin encontrar postura, aunque era septiembre, hacía frío, las noches de la llanura son así, la ausencia de montañas hace el clima seco y desagradable.

Luego de estar un rato entre la paja sentí un agradable calor y blandura, nunca dormí en cama más blanda ni me arropé con mantas más ligeras, los pobres tienen sobre los ricos ésta y otras ventajas envidiables, como la indiferencia

en el vestir, las alpargatas, sandalias y abarcas, la gorra.

De pronto en el gran silencio se oyeron sonos lejanos de rondalla juvenil, eran seguidillas, clásicas veloces, músicas alegres que invitaban á amar la vida, sonos de guerreros que cortejan, aires de juventud que empieza á vivir, yo estaba desvelado, pensé en aquel gigante de la imaginación y el bien decir que habitó posadas iguales á la que nos albergaba, el gran D. Miguel Cervantes Saavedra que recorrió estos lugares, inventando la sin par novela, en el mundo que se llama Don Quijote; con el rum rum lejano de las seguidillas me dormí.

Al amanecer despertamos, y rápidos preparamos la marcha.

Delante de la posada, Carrasco daba una conferencia popular, tenía un palo alto, del que pendía un telón, en el que había groseramente pintadas unas aleluyas explicativas de un milagro. Carrasco respunteaba en la guitarra un acompañamiento lánquido. medio pueblo le escuchaba embobado, la ronca vocina del automóvil no les distrajo su atención absorta en lo extraordinario.

El automóvil y nosotros pasamos desapercibidos, Carrasco cantó:

Ahora van á ver señores
lo que sucedió en un pueblo,

cuando iba su Majestad
á visitar á un enfermo.
Por la calle arriba estaban
tres ó cuatro muchachuelos,
sin hacer caso denguno
del señor que estaba drento,
¡de repente! ¡ho terror! ¡ho furor!
¡ho vetuperio!

Desgárranse las nubes, gomitando rayos y truenos.

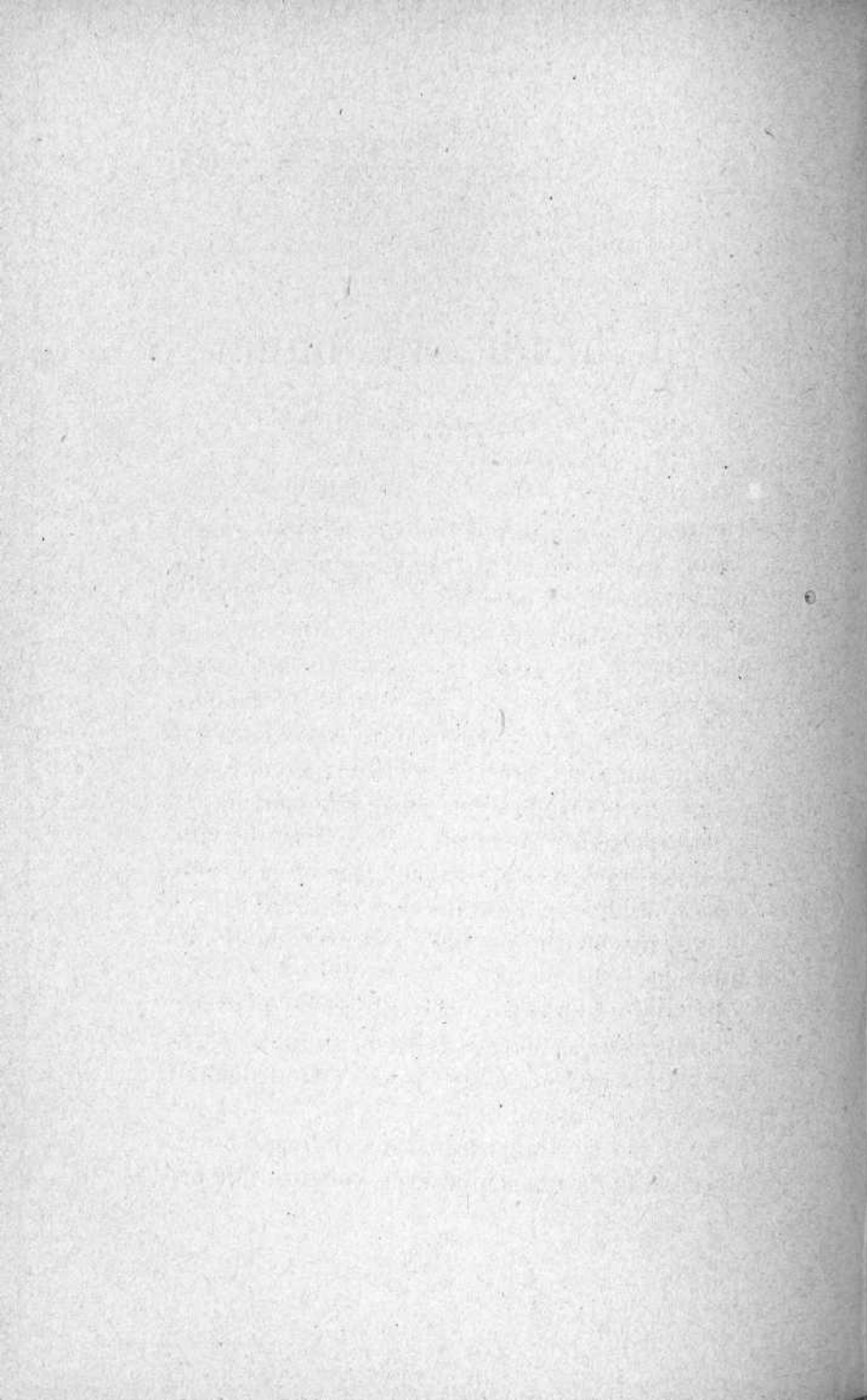
Abrese la tierra en cincuenta mil pedazos y medio, quedando enterrados los niños medio dio cuerpo, y el otro medio en forma de lobo hambriento.

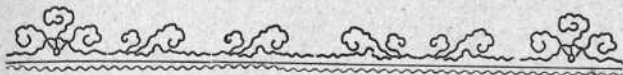
Hombres, mujeres y ancianos
fueron á avisar al clero,
que vino con cruz alzada
al ver tan gran vetuperio.

Esto, para que vean los chicos malos que Dios castiga sin palos.

El automóvil partió veloz, Panaderín se durmió, y yo me puse á soñar despierto en lo feliz que sería en uno de estos pueblos cenicientos y perdidos, donde se evoca de continuo la leyenda dorada española del siglo XVII.







El doctor, mi amigo



BIEN pensarán mis lectores si creen que el médico que aquí aludo, es un maravilloso de la medicina.

Mi hombre tiene la manía de la salud, la composición, la vida larga, la raza fuerte. Es pobre, sus discípulos escasos, sus enfermos muchos, porque tiene gratuita la consulta, vive de lo que gana y gana tan poco que apenas vive. Es un psicólogo de primera y se pone pálido cuando ve una herramienta quirúrgica. Hace días que vino á verme para que le recomendase en la Academia de Medicina. Pensaba dar una conferencia de sus teorías ya que no encuentra medio de editarlas.

Es hombre inquieto, poco cuidadoso de vestir.

—Mis teorías curativas son simples. Curo todo, casi todo, lo que es curable, sin drogas ni bisturis, vacunas ni baños.

Antes de ver al enfermo me informo minuciosamente de sus costumbres, estado, vida an-

terior, fortuna, profesión y anoto todo en una hoja de papel.

Después lo veo, indago las causas del mal, le pregunto como podía hacerlo, un juez ó un confesor, y con todo mi arsenal de datos voy á mi casa, medito, consulto libros, desmenuzo, ordeno y clasifico mis noticias como términos de un problema algebraico.

Despejadas las incógnitas, anulados los falsos datos doy el diagnóstico y me callo el pronóstico. Al día siguiente empieza el tratamiento, siempre con observación, no me fío de nadie; la familia, los amigos, el enfermo mismo conspiran contra mi tratamiento, por creerlo absurdo, aunque sea el más racional.

Mi medicación es tan rápida, que el enfermo ó sana ó se muere pronto.

Para que usted juzgue le contaré algunos procedimientos curativos.

La neurosis. No se porque ahora han dicho que las enfermedades de los nervios estaban en moda, siempre ha habido neurasténicos. En el siglo XV las escitaciones del sistema nervioso produjeron más muertos que las pestes y guerras.

En general toda enfermedad proviene de la carencia de algo, los enfermos ricos, están en mejores condiciones que los pobres para resistir el mal.

Yo ante un neurósico, me informo de las causas de su mal, y le doy si puedo la medicina.

Si es hombre de negocios, dicen que el tragín, la escitación de las operaciones mercantiles, el ahogo de los futuros compromisos, (letras, liquidaciones, etc)... yo me informo del estado de crédito del enfermo, veo sus cuentas y luego receto. *Dinero en abundancia, vida tranquila y bromuro*. Lo mejor sería que le tocáse el premio gordo, pero como esto generalmente no sucede, me reduzco á la vida tranquila, lectura del *Kempis*, los *Sucesos* y el *Diario de las Salesas*, si el enfermo no duerme, le receto algunos de los inúmeros libros de versos que andan porahí.

Hay personas que acostumbradas á poseer dinero y negociar con él, su falta les hace enfermar.

Los neurósicos ricos, lo están de astío.

Los pobres, de necesidad.

Para curarlos, con deposeer á los primeros y dotar á los segundos de riqueza, estaba el asunto arreglado, en cuanto á las mujeres, enfermas, todo se arreglaría con jóvenes robustos, sanos, que cargasen con ellas.

La mala repartición de la riqueza es lo que engendra estos cataclismos.

En general todas las demás enfermedades las curo comiendo ó ayunando.

En España hay mucha jente que padece del

estómago por falta de nutrición, y la decadencia de la raza se debe á ese indigesto, al *cruz-cruz* llamado cocido que embota las fuerzas digestivas y no nutre.

Los catarros, pulmonías, reumas, etc. etc., los curo haciendo ejercicio al aire libre y comiendo de un modo bárbaro soez.

Toda enfermedad que no afecte directamente al aparato digestivo, es una lesión engendrada por debilidad y debe curarse comiendo; si no hay apetito ni calentura, unos cuantos kilómetros á pie ó conducir un pesado baul desde la estación á casa harán que los inapetentes traquen clavos.

En cuanto á las enfermedades contagiosas, las trato por el aislamiento, hay infecciones imposibles de desechar del organismo, como la sífilis, sarna, herpes, lepra, cáncer.

Yo llevaría á todos estos desgraciados á una isla lejana, donde impediría llegar á los sanos, así la humanidad futura se vería libre de todas estas calamidades que se adquieren por herencia ó contagio,

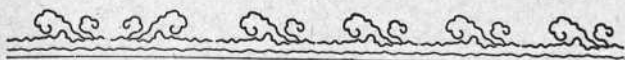
Como verá usted, mis procedimientos son radicales y costosos, por lo tanto irrealizables; pero con lo que se gasta anualmente en Europa y América en armamentos y superfluidades se podría atender cumplidamente á la salud del mundo, que es el asunto principal.

La salud y el buen humor son las únicas fuentes de felicidad posible en este mundo, y para ponerse enfermo, como para pleitear hace falta ser rico.

Se saca de aquí la consecuencia, que el dolor se quiere entretener con drogas, y las penas físicas y morales, aunque algunas veces se calmen con boticas, lo mejor es indagar la causa, y recetar lo contrario de lo que las produjo. (¿Constipado enfriamiento?) sudar calor. (¿Anemia hambre?) alimentación. (¿Penas morales?) dinero ó amor. (¿Enfermedad incurable?...) un tiro en medio del corazón.

Se marchó mi doctor y yo me quedé pensando si aquel loco tendría razón y todos los males que aquejan á los hombres dependerán de la mala distribución de la riqueza, el alimento y el amor.





El premio Nobel

Mis amigos Kichinof Wencel y Rusweg-
La bey, de la Universidad de Stokolmo,
me pidieron un informe de los talen-
tos españoles.

La obra era peligrosa, la contestación estaba
adornada de espinas.

Novel, el inventor de la dinamita, ese explo-
sivo maravilloso que ha producido tanto bien
y tanto mal á la humanidad, fué un filántropo;
al morir dejó una fortuna inmensa para que
anualmente se premiase en metálico á unos gé-
nios. Hay premio á la literatura, á la ciencia, á
la paz, al trabajo.

En España han gozado de este premio Cajal
Echegaray y no sé si algún otro.

Mis amigos me escribían para documentarse.
Mi mesa se llenó de notas, es difícil esto de en-
contrar un sabio, un literato, un filósofo ó uno
que haga algo para que se conserve la paz uni-
versal.

En mi tarea invertí algunos meses, ya iba á contestar diciendo que buscasen por otra nación, cuando tuve noticias de una mujer maravillosa, escribí enaltecéndola; pero no obtuve el triunfo, fué premiado un chino Kin-San, el profesor de Canton, inventor de una nueva nomenclatura química, esto es maravilloso aquí en Occidente, en Oriente, estos sabios silenciosos son comunes.

Kin-San, tras muchos trabajos, consiguió construir una nueva nomenclatura química universal, sustituyendo las letras por números, las letras son finitas, los números ilimitados, de ahí que haya podido publicar su gran obra de paciencia suma. «Catálogo de los cuerpos.—Metales, metalóides, bases, sales, alcalóides, fenoles, alcoholes, etc., etc., y sus compuestos.

Esto me impide escribir el nombre de mi candidato al premio Nobel.

Es vieja, nació al mediar el siglo pasado, desde joven se aficionó al estudio, he visto un retrato suyo de la época en que era capullo. Fué fea, pero no de esa fealdad que desluzca á las jóvenes, si no horrible, bigotuda, espantosa, la cara delgada, huesosa, la nariz gorda, sembrada de granos, los ojos chiquititos inquietos, la boca grande, mellada... vestida de blanco, como está en el retrato, parece una soberana de Oceanía en *tourne* por Europa.

Pasó una juventud inquieta, por universidades y escuelas, viajó por Francia, Alemania, Rusia é Inglaterra.

A los veinticinco años era una mujer sabia, hablaba y escribía francés, alemán, inglés y polaco, estaba instruída en ciencias exactas, naturales y físicas, poseía una gran fortuna heredada de sus padres y continuaba afeándose cada día más.

Entonces se enamoró de Mir, un joven revolucionario, profesor de Matemáticas, en un instituto de provincia.

Mir era un espíritu sutil, calculador, matemático, la prosa de la vida le tenía sin cuidado, era distraído, á lo mejor se detenía ante una pared blanca y apuntaba los cálculos que se le ocurrían, su casa parecía una pizarra de algebra. Se casaron y tuvieron cuatro hijos. Mir era director del Instituto. Desalojaron un aula de bancos, y la dividieron con cortinas de retor moreno. Mir opinaba que aquellos tabiques de celulosa eran higiénicos, aparte de su baratura.

Fueron felices, cada uno en su ciencia. Ella se separaba por la Astronomía, él por el Infinitesimal.

La fortuna se derrochaba, construyeron un observatorio astronómico, dotaron al instituto de gabinete de Historia Natural (de que carecía) y fueron poco á poco gastándose los cuartos hasta quedar reducidos al sueldo de él.

Doña María, que hora es que la llame por su nombre, se encargó de dar las clases de Aritmética, Algebra y Geometría, durante la enfermedad de su esposo, y Mir un día buscando en la cama un logaritmo que necesitaba, se quedó muerto con el libro entre las manos y el índice sobre la mantisa.

Doña María recogió á sus hijos y se retiró á una gran finca que poseía en Navarra. Allí se dedicó á educarlos sin desatender sus estudios, pero para desmentir el refrán que dice *de tal palo tal astilla*, los cuatro chicos salieron de lo más cerriles, holgazanes y bestias; la sabia se desesperó.

Cuando el eclipse de Sol, Flamarión pasó por el pueblo y quedó encantado del saber de doña María, con los años y los despilfarros, continuó la sabia gastando dinero hasta quedar en la indigencia, viviendo solo del producto de las obras de su marido, ediciones corregidas por ella.

Al perder la finca de Navarra, se retiró á un pueblo de Soria, donde he tenido el gusto de visitarla.

Los hijos salieron como balas, empalagados de la ciencia maternal, unos fueron soldados, otros marcharon á América, otros se hicieron toreros y chulos.

Después de largo viaje en tren, diligencia y

caballería, llegué á Somorín, pueblo de la provincia de Soria, residencia actual de doña María.

La casa de doña María, es un antiguo pajar abandonado. La sabia hace una vida tranquila, se levanta con el alba, despacha la correspondencia del extranjero, lee periódicos profesionales, luego pasea, y algunos días come; por la tarde lo pasa escribiendo, corrigiendo obras de su marido, próximas á publicarse, y aumentando sus estudios sobre astronomía.

Viste pobremente, calza alpargatas, conserva una vista privilegiada, el pelo negro, y el buen humor y señorío de los tiempos de su esplendor.

Me enseñó sus grandes obras inéditas, por falta de editor. «Nueva navegación astronómica», (aplicación del método de Litrof para situarse por medio de una sola estrella).

«Cálculos de cordenadas astronómicas de los astros visibles en España, corregidos de los publicados por los observatorios de Madrid y San Fernando».

«El planeta mercurio». «El Universo explicado por un moléculo de polvo». «Proyecto de canalizaciones en España, que comprende la red de canales de navegación y riego, pántanos y aprovechamiento de fuerzas hidráulicas y pozos artesianos.»

No sigo citando nombres por que sería cuento de nunca acabar, baste saber, que todas sus obras

son extensas é intensas, y ocupan la casa por todos sus estantes, armarios y rincones. Claro, que algunos pensarán que doña María es una sabia mujer, incapaz de zurcir un calcetín; pero están en un error, pues siempre fué ordenada y cuidadosa de su casa, aparte de que hay hombres muy entendidos en ésto de gobernar las casas, y que no andan fuertes en sus quehaceres masculinos.

A pesar de sus desgracias, doña María sigue abstraída en su labor, yo he revisado algunos de sus manuscritos, y he quedado maravillado. Creo que el premio Novel estaría merecido, y sacaría de la obscuridad en que yace á esta inteligencia poderosa, mujer sublime, que publicaría cosas que asombrarían al mundo.

Pero ahí está Fola, ciego, pobre... doña María... y otros, tantos sabios españoles que comen en silencio sus garbanzos, y continúan sus estudios mezclados entre sus conciudadanos, que tras de no protegerlos, se mofan de ellos y los apedrean.

Tiene razón el gran político del alto argón, D. Joaquín Costa.

España está muerta, y cuanto se haga por resucitarla será inútil.





El baile del Real



Yo señores, no había aún ido á ningún baile de máscaras, la invitación llegó por la tarde envuelta en un sobre coquetón, perfumado, femenino. Pensé si algún compañero de la Universidad quería embromarme, luego reflexioné si sería alguna mujer... Yo soy casto, todo lo casto que puedo. Mis estudios continuos prolongados, requieren un gasto continuo de energía cerebral, una gran cantidad de fósforo que se agota diariamente, no obstante, yo amo á la mujer, yo á veces, mentalmente peco, pienso en mis amables amigas, en las adorables señoras y señoritas que conozco. En los salones de la Marquesa de... (mi discreción me prohíbe dar nombres propios), yo soy un par de ojos que todo lo escudriñan, hay mujeres hermosas, deslumbradoras, con descotes incitantes, sonrosados, que se agitan temblorosos, yo

tendría gran complacencia en sentarme al lado de algunas de estas criaturas adorables, hablar de amor... luego quien sabe, acaso me decidiera á hacerla la corte, á casarme, tener hijos, é igualarme con mi carbonero. Pero... la cortedad sella mis labios, el amor hace á todos los hombres ridículos, pero principalmente á los que dicen que somos sabios, en cambio en estos salones, en el Ateneo, en la Academia me rodean una porción de mujeres viejas, feas, antipáticas, doctoras y marisabidillas.

Claro está, que si no hace estético oír hablar á un sabio viejo de amor, más ridículo parece escuchar como discuten de álgebra superior, unas viejas arrugadas, llenas de cintajos y plumas.

Yo recuerdo una rubia hermosa, rígida, pero graciosa y coquetona, con unos ojos de un azul intenso, brillante, la conocí en casa del embajador de Inglaterra, era su hija, estuve sentado á su lado, y tan cerca, que mis ojos miopes veían su piel suavísima bordada de unos poros microscópicos, que otros ojos présbitas no hubieran descubierto. Esta señorita habló conmigo de geografía, con una frivolidad, con una ligereza encantadora, pero yo que siempre que hablo con una persona, procuro conducir la conversación al asunto que mejor conozca, para que fácilmente pueda lucirse conmigo, y yo de

pasada aprender algo, fui poco á poco llevando el discurso, desde la geografía política á la geografía amatoria... con Mis Iliens había que tener mucha circunspección en el hablar, cuando conversaba con un hombre, la palabra *soking* la tenía siempre en la comisura de los labios, dispuesta á lanzarla á cualquier lijera inconveniencia, que remotamente pudiera creerse grosería ó indiscreción. Hablaba en ese inglés breve y aristocrático, que usa la alta sociedad londinense, lleno de elogios y alagos que no cuadraba bien con el árido inglés que yo hablo, el inglés de los libros de ciencia, Mis Iliens me contó como amaban los chinos, la poesía amorosa de los amarillos, el amor de los turcos lleno de celos terribles... ella claro es, que no había tenido relaciones con nadie, más sus amigas, las hijas de compañeros de su padre le escribían desde remotos países, desde Egipto, Japón, Rusia, India..., y le contaban historias curiosas, poesías de amor encantadoras, dramas terribles, comedias graciosísimas, todo en colosal revoltijo, le decían con la ingenuidad de colegialas, todas las historias de sus amores... ella conservaba las cartas cuidadosamente guardadas..., yo sospechaba, que lo de las amigas era pura filfa... acaso ella era protagonista en aquellos idilios maravillosos...

—¿Usted no ha amado nunca?—insinué tími-

damente. La inglesa se puso primero seria, creí que la pregunta la había molestado, y me propuse presentar mis excusas, antes que yo hablase, la inglesa sonrió, ésto me hizo cambiar de parecer, luego pensé que para las mujeres no hay conversación más agradable que la de *amor*, palabra más hermosa que *amor*, ocupación más grata que la de *amar*, yo estaba próximo á Mis Iliens, acaso más cerca de lo que la etiqueta consiente su cuerpo hermoso palpitaba, yo oía su respiración sosegada, aspiraba con deleite el perfume de violetas que la rodeaba, me extasiaba, contemplándola á mi sabor, apreciando los detalles de su elegante vestido, admirando sus desnudeces tentadoras, ella permanecía callada, sonriente, mirando á un invisible punto del espacio.

—Observo que no me contesta usted todo lo pronto que yo deseo, si mi pregunta no tiene una contestación fácil yo la suplico que me perdone y haga cuenta que no la he hecho, si no la ha desagradado la haré á usted otra más discreta. Mis Iliens me miró á la cara.

—No he amado, únicamente sentí viva simpatía, una agradable emoción por un capitán de *bersagliéri*, un gallardo italiano, que supe después era un pillo coleccionador de corazones femeninos, me parece que soy con usted sincera, clara, acaso más franca de lo que permita nuestra amistad aun joven.

Haga ahora la segunda pregunta...

—¿Y los españoles sabe usted como aman?... acaso en las cartas que tan cuidadosamente conserva haya alguna historia española...

Mis Iliens volvía á sonreír, después estuvo un momento mirando con curiosidad su abanico, yo pensé que la conversación se enredaba, acaso á la contestación sucedería una amable galantería, quien sabe si tras mucho hablar yo le haría una declaración de amor, pues los hombres decimos muchas tonterías cuando se nos calienta la boca, y yo estaba á punto de caramelo, la inglesa, me miró con curiosidad, me envolvió en una mirada tibia amorosa, sus ojos de aquel azul mediterráneo quisieron sondear á través de mi almidonada pechera, la contestación se dibujaba en sus labios.

Pero de pronto tornose seria; ante nosotros había un caballero, un joven alto, arrogante, con bigotes grandes, retorcidos á la borgoñona; el mozo hizo una correcta invitación para bailar; Mis Iliens se levantó rápidamente y se cogió del brazo del caballero; luego ambos se perdieron en el confuso montón de bailarines, entonces noté que la música tocaba uno de esos valeses franceses; un baile resbalante, alocado; después los ví pasar valseando, con primor, á él le iban de un lado para otro los faldones del frack, ella iba muy preocupada en sostener la cola de su

vestido; confieso que nunca he tenido ganas de matar á un hombre más que aquella vez; el de los bigotes á la borgoñona me estomagaba...

Este es el único baile á que he asistido en mi vida y del que tengo un agradable recuerdo; mi respetabilidad de catedrático me prohibía bailar, bromear con las muchachas, decir galanterías; en el salón había algunos antiguos alumnos míos, y uno de ellos tuvo la necesidad de darme la lata, consultándome, una duda, de cálculo infinitesimal...

Por eso el sólo pensar que iba á ir al baile del Real, me puso tan contento que parecía un muchacho provinciano que proyecta hacer una visita á la corte.

Pasé la tarde haciendo preparativos, relamiéndome de puro gusto; Castora, mi vieja criada, limpió mi frack sólo usado en solemnidades lejanas.

Yo me afeité, pulí y acicalé todo lo que pude. A las once de la noche salí de casa, estuve en un café (haciendo tiempo), cosa que en mi vida había hecho, y que es una labor penosa para los espíritus activos y trabajadores.

Al mediar la noche entré en el Real; el salón estaba profusamente iluminado, lleno de parejas que paseaban ó bailaban, caballeros y señoras que se movían de un lado á otro en un continuo y pausado ir y venir; los palcos atestados de gente, se llamaban de unos á otros, algunas

veces á gritos; paseé por el salón sorteando con habilidad los encontronazos de los bailarines; al fondo del escenario, sobre una plataforma, estaba la orquesta que tocaba un vals que nadie oía; transcurría la primera parte, que es siempre de exhibición, todos se miran, por todas partes había mujeres. ¿Y qué mujeres...? con el antifaz las caras feas desaparecen; todas son hermosas, disfraces lujosos, elegantes, que permitían ver escotes maravillosos, senos incitantes, cubiertos de joyas, brazos desnudos, faldas cortas y graciosas, llenas de volantes, pantorrillas de todos los colores y formas, terminadas en pies enloquecedores.

Este *desabille*, este lucir de carnes producía éxtasis en los hombres; no sé por qué razón las mujeres no enseñan constantemente todas esas preciosidades que ocultan tan cuidadosamente bajo tantos trapos, acaso no habría tantos solteros por el mundo y desaparecería ese asco que al matrimonio tienen tantos hombres.

De mí sé decir que la sola vista de tan hermosas desnudeces me puso fuera de mí, me sentía filógeno; en la atmósfera flotaba la alegría, una alegría de que todos participaban, excepto algunos señores graves que formaban unos grupos en el centro del salón, había también jóvenes que formaban de estos grupos serios; lo demás todo era alegría, las sonrisas

triunfaban en todas las bocas, y las risas recorrían el salón poblando el espacio de esos ruidos suigéneris, con que la humanidad manifiesta el gozo y la satisfacción, yo me hice cargo de la situación y con este genio de adaptación que tengo, enseguida me saturé de la alegría reinante; yo estaba contento, el espectáculo era más brillante y entretenido de lo que me figuraba.

De repente oí mi nombre, de una platea me llamaban; mis ojos miopes no distinguían bien; me aproximé, eran algunos amigos, entre los que había un compañero, Prieto, un catedrático como yo; entré en la platea, había algunas mujeres con el antifaz puesto, me hicieron beber una copa de *champagne*. Indudablemente estos amigos eran los que me habían mandado el billete; noté que mi presencia causaba risa, acaso mi frack no era de moda, mis maneras no eran lo airosas que requería el baile...

Yo que no me he azorado nunca por nada ni por nadie, me propuse seguir la broma; al salir del palco, una mujer, alta, rubia, envuelta en un pañuelo de Manila, se agarró de mi brazo:

—Tú serás tan amable que me acompañarás al salón.

Yo estaba dispuesto á todo, la máscara era muy hermosa; paseamos un rato hablando de esas tonterías que dicen un hombre y una mu-

jer en su primera vista; luego la máscara me dijo que me conocía, me dijo mi nombre y una porción de datos biográficos: la aventura empezó á intrigarme. Empecé á sospechar que la máscara era la que me había enviado el billete para el baile...

—Pues sí, yo te conozco mucho, yo tenía ganas de hablar contigo, así cerca. ¿Quieres que bailemos?...—la pregunta me dejó frío; ¡bailar yo!, un catedrático de la Universidad, me parecía poco formal, poco respetuoso; me acordé de cuando yo bailaba allá, en mi muchachez, los domingos en mi pueblo, las reuniones de casa de doña Antonia con sus bandejas de dulces, sus provincianitas lindas, sus señoritas de pueblo, todo atildamiento, aquellas danzas, los complicados rigodones y lanceros, muchas veces ensayados, y que siempre nos salían mal; la máscara se había detenido ante mí en actitud interrogativa, por los agujeros de la careta asomaba dos ojos brillantes, relucientes, la boca se entreabría enseñando una dentadura igual y blanca, la boca sonreía.—¡Ah!, vamos, dispensa, no sabes bailar.

A mí me pareció una grosería desairarla, luego creí poco galante esto de no saber bailar, y por toda contestación, cogí á la máscara por la cintura y empecé á dar vueltas atendiendo al compás del vals que la música tocaba, á las pri-

meras vueltas creo que lo debí hacer muy mal, después me rehice y la danza resultó más igual, más acompañada. Bailamos lentamente y á prudente distancia, esto me permitía contemplar á mi sabor las mal cubiertas desnudeces de mi pareja, ver su cuello sonrosado, al que sucedía un seno saliente de ondulaciones suaves, y que al comienzo de su división en dos, ocultaba el impertinente vestido. Poco á poco, el suave calor que emanaba aquel su cuerpo entre mis brazos, me hizo aproximarme más, hasta bailar bastante juntos, casi abrazados, *apegados* que dicen los chulos; aquella mujer me enloquecía, el fuerte olor á *veloutine* ó *pachuli* me mareaba, las luces del salón bailaban á mi alrededor; de pronto, la máscara se detuvo, cesamos de bailar porque la música había dejado de sonar, á mi lado noté un fuerte aplauso, voces que me vitoreaban, entonces me enteré que estábamos ante la platea de mis amigos que me aclamaban discípulo de Tersícure; entré con mi pareja en el palco, que estaba oscuro, ocupado por varias parejas que comían y bebían, yo bebí dos vasos de *champagne* y obsequié á mi pareja, que aprovechando la obscuridad la tenía cogida por la cintura; de pronto dominando el continuo bullicio que del salón venía, oí á mi lado, cerca de mí, dos ó tres sonoros besos, besos veloces, chasqueantes; un amigo se entusiasmaba

con su pareja, yo me senté, y mi mascarita se sentó sobre mis rodillas, entonces aproxime mis labios á los suyos y nos besamos fuertemente con esa rabia y febrilidad que produce la calentura amatoria. Luego la máscara se marchó no se adonde ni á qué; yo salí del palco y dí unas cuantas vueltas por el salón solo, contemplando aquel cuadro brillante, risueño, lleno de goce y satisfacción, pletórico de alegría; me llamaron de otra platea, había también amigos allí y no hubo más remedio que comer unos fiambres y beber más champagne. Allí, en aquella platea, estaba Prieto, el compañero de que antes hablé; de pie, encima de una silla peroraba un discurso incompresible, su cara estaba al rojo cereza, la pechera arrugada, la corbata deshecha, la ropa sucia, tenía una borrachera colosal, su mirada, radiante de entusiasmo, se dirigía á la multitud que él imaginaba le escuchaba, y con una elocuencia arrebatadora é inarticulada, exponía teorías incoloras, incompresibles, en un idioma desconocido, pero que él ayudaba con una mímica brutal que demostraba lo convencido que estaba de las verdades que decía. A su lado una pobre mujer hermosa y brillantemente ataviada, le contemplaba extasiada con una cara de estupidez que delataba la borrachera de los imbéciles; yo, todas estas cosas las veía así como tras de un velo de gasa, y todo lo recuer-

do como se recuerda un sueño, esto es porque las diversas livaciones de *champagne* habían á mi cabeza producido un delicioso mareo que las vueltas de vals, la luz y el bullicio y algazara habían convertido en borrachera tranquila, yo estaba *alegre*. Recuerdo que bailé con una porción de mujeres hermosas, que besé y abracé á todas las que me vino en ganas, que cené en el bufet con una de ellas, con mi primera máscara, también me acuerdo de que esta máscara interesante, que dijo llamarse María, me dijo que estaba borracha y que yo también lo estaba, se que tuve una disputa en un pasillo y que me pegaron una bofetada y á mi me hizo gracia. Tocó la hora de marcharse, el salón era un bacanal, todo el mundo gritaba, bociferaba, gruñía, se besaba... yo del brazo de mi máscara me entré en el foyer.

Prieto estaba en el guardarropa reclamando su gabán á grandes voces.

—¿Pero señorito, si no me da usted la chapa como le voy á dar el gabán?.

—Nada, nada, yo he dejado aquí el gabán y es justo que se me devuelva.

—¿Sabe usted el número?

—¿Cree usted que yo he venido aquí á aprenderme números de memoria?

A mi lado había un caballero en mangas de camisa, estaba tan indignado como borracho,

había tirado el frack, un bromista de mal género le había introducido en uno de los bolsillos de los faldones un envoltorio de papel, que contenía la cosa más sucia que pueden ustedes figurarse, luego al sentarse *aquello* se había aplastado, deshecho y apegotonado, y al introducir la mano para buscar el pañuelo, había sacado los dedos sucios, estaba furioso, y á todos preguntaba si conocían al autor de la gracia, salté por encima de un charco de vomitona y salí á la calle, entré en un coche de alquiler, mi máscara le dió unas señas, y empezamos á rodar por calles y calles, yo iba abrazado á mi máscara y el camino pasó en un largo y prolongado beso que nos dimos, yo no veía bien, aparte de la perturbación alcohólica por haber perdido mis lentes.

El coche se detuvo y entramos en una casa obscura, el sereno me entregó una larga cerilla, y comencé á subir la escalera, la máscara como concedora de la casa echó delante de mí, subió corriendo la escalera produciendo un *frú frú* encantador con sus faldas de seda, movidas de prisa en el correr; me acuerdo que llevaba medias, zapatos y enaguas rojas, después recuerdo un salón elegante, lleno de luz, bordeado de cómodos divanes, donde descansaban sus cuerpos en posiciones nada correctas, mis amigos, todos los de la platea del Real, todos tenían á su lado una mujer, algunos dos, lindas mascaritas sin careta

abrazadas á ellos, con actitudes impúdicas, fumando cigarrillos, yo tomé posesión de un rincón del diván pero con tan mala fortuna que me senté encima de un sombrero de copa, la cosa hizo gracia y en menos de dos minutos no había sombrero sin su correspondiente abolladura, el mío también, una gruesa francesa, de pelo rojo y labios carnosos, se sentó de golpe en mi pobre castora.

—¡Que bailen, que bailen!—se oía gritar por todos lados. Se quitaron los muebles del centro del salón; en este movimiento de moviliario rodaron algunas sillas, y un lindo *etagere* lleno de figuritas de porcelana, se hizo añicos, entre la algazara y el bullicio de aquellos salvajes que en todo encontraban motivo de diversión y goce.

Se instaló una mesa de madera grande; uno de esos tableros que se ven en las cocinas de las casas ricas. Yo me arrellané en el diván, estaba fatigado. Al tablero subió una mujer y cantó unos *couplets* franceses de lo más indecente del género, otra le acompañaba al piano. He olvidado decir que el *champagne* continuaba bebiéndose á cántaros vertiéndose por la alfombra, empapando níveas pecheras y rasos femeninos. Después de la *charteuse*, subió al tablado otra mujer, ésta era española; en un rincón un chulo de cara amojamada y nariz inconmensurable,

empezó á respuntar uno de esos tangos y descoyuntamientos flamencos hoy tan en boga.

La mujer empezó á moverse candenciosamente con un mimo y una sicalipsis capaz de ruborizar á la estatua de Neptuno.

Cuando estuvo el molinete en su período álgido, vino á mi lado la mascarita del Real; mi *máscara*, que al entrar en el salón perdí de vista, sin duda había ido á mudar de traje, pues traía otro, una larga bata azul claro, sin mangas, que dejaba ver unos brazos redondos que se rodearon á mi cuello: se sentó sobre mis rodillas, yo la palpé y noté su cuerpo carnoso y blando, libre de corsé, parecía como que tenía encima de mí algo que se iba á deshacer, su plasticidad me enervaba.

Cuando acabó la del tango, uno la cogió por la cintura y le dió un beso, debió ocurrir algo más que mis ojos miopes no vieron, porque oía la mar de protestas y gritos; luego se hizo la calma y el silencio, mi *máscara* me echaba el humo de su cigarrillo y reía de los visajes que yo hacía, se oía vomitar en la habitación próxima.

—¡Que baile la Chunga!

—Sí, eso es, ¡que baile!

La Chunga era mi pareja, yo quise protestar; intenté oponerme á que se fuera de mi lado, pero eran más y triunfaron; sonriente y amable

subió la Chunga al tablado, y con una gracia y una agilidad funambulesca bailó un *cake-wal* maravilloso, después quiso bajar, yo la esperaba con los brazos abiertos.

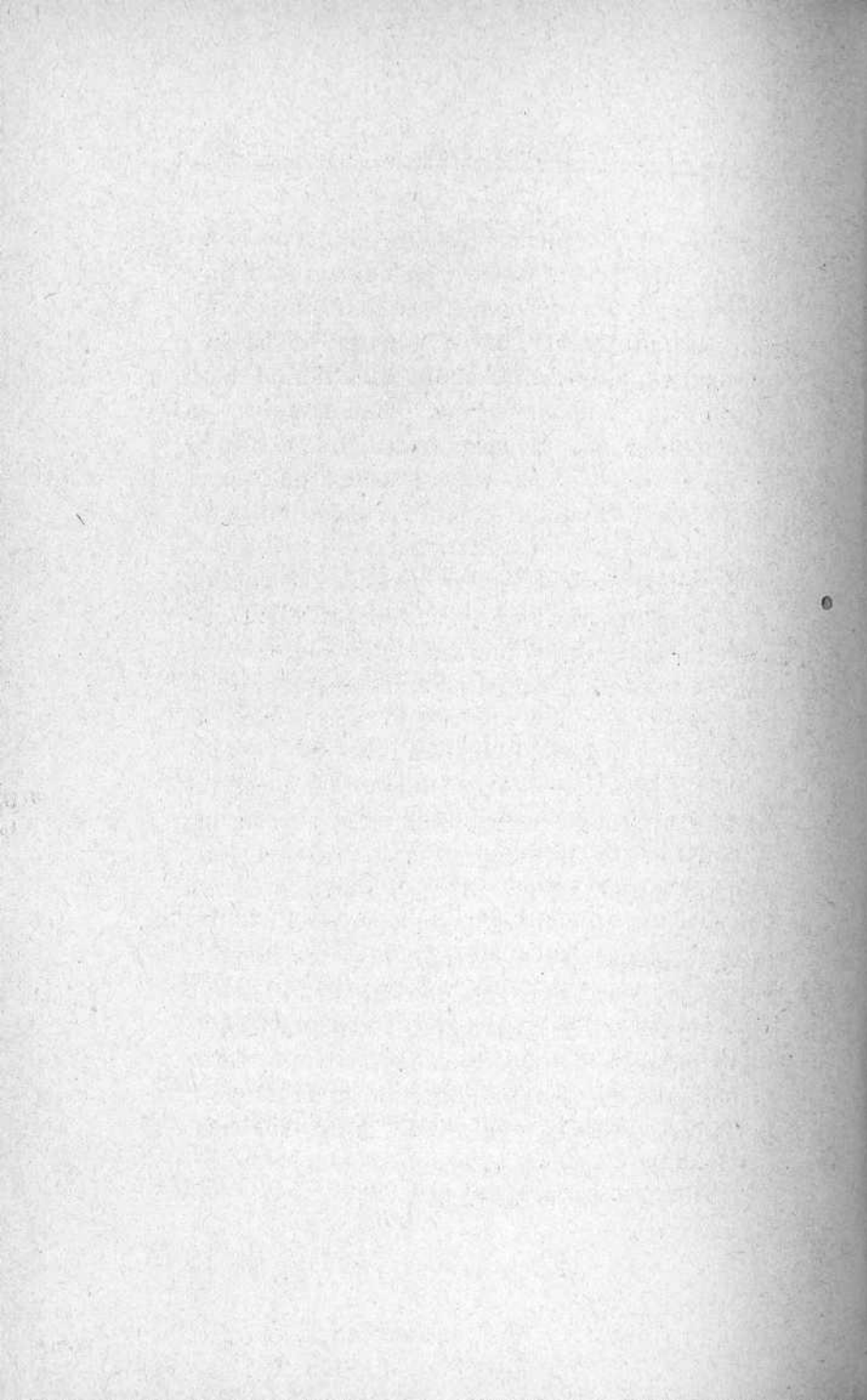
—¡Que baile más!—decían todos.

—Sí, eso es, y que baile la danza del vientre en cueros.

Ella se opuso, no quería, pero el piano tocaba, ya no había más remedio que bailarla, intentó bajar otra vez del tablado, y muchas manos se lo impidieron, sobando y manoseando aquellas pantorrillas torneadas rojas, por fin se decidió, era el tal baile una candencia suave, una musiquita monótona y triste, que la Chunga bailaba con unos pasos regulares, tomando actitudes difíciles, de pronto la música se hizo más débil y pausada, la danza cesó, la bailarina se detuvo en medio del tablado, puso sus brazos desnudos detrás de la nuca, en actitud de desperezamiento, elevó la cara con los ojos en blanco, el piano musitó una melopea, y su vientre comenzó á ondular suavemente, candeciosamente, teniendo algunas veces movimientos bruscos de atrás á adelante, desequilibrio de caderas, algo así como un suave y continuo desperezamiento lujurioso. Este es el baile de las bayaderas de Benares, de pronto con brusco movimiento, se despojó de la bata de seda, que quedó arrugada á sus pies, quedando ante nosotros completamente

desnuda, con las piernas juntas, el cuerpo derecho, la música continua, y el baile del vientre también, era algo así como un molinete imperceptible, al ondular su vientre sonrosado, cruzado por azul vena, se rizaba en una inflexión, debajo del ombligo nacía una arruga, que resbalaba y se perdía entre las piernas, á cada movimiento, la arruga se sucedía y parecía su vientre una playa rizada por el viento, acompañaba á esta danza un respirar fatigoso, que á lo primero sería fingido, pero que después se hizo verdadero, el baile llegó á su paroxismo, los espectadores miraban embobados, las mujeres fumaban indiferentes ó decían groserías, la bayadera con los ojos cerrados, los dientes apretados y el cuerpo rígido se movía fatigada; de pronto dió un pequeño grito, entreabrió los ojos y se tiró del tablado; yo corrí hacia ella, la abracé entusiasmado, ella á su vez me abrazó con una lujuria enloquecedora, me cogió de la mano y me condujo por un oscuro pasillo á un cuarto también obscuro; allí se detuvo, buscaba algo, hubo uno de esos silencios molestos importunos; en el cuarto de al lado se oía vomitar; en la calle ladraba un perro, á lo lejos un coche pasaba veloz produciendo feroz machaqueo. De pronto se iluminó la habitación; la Chunga buscaba la llave de la luz eléctrica, estábamos en una elegantísima alcoba azul.







MORVO GÁLICO



PASABA yo por la plaza del Matute, iba á una confitería de la calle de las Huertas donde venden unas yemas escarchadas superiores, soy goloso, el dulce es una cosa agradable y buena, prefiero esta confitería, que además de vender dulces exquisitos es una dulcería clásica española, me pirro por lo clásico, hay en este mismo barrio de San Juan una peluquería en planta baja, con su canario, sus flores, la guitarra suspendida en la pared y grandes carteles de corridas de Toros que cuelgan como tapices, es barbería económica, los sábados los cocheros, obreros y empleadillos mientras esperan vez, echan una mano de *mus*, ¡qué lástima que afeiten mal!

En distinta dirección venía un hombre que andaba lentamente agachado, como sí padeciera de callos.

Noté que la cara me era conocida, pero los

miopes como yo, fuera del alcance de los lentes (tres metros) todo lo demás son vaguedades indecisas, sombras coloreadas. Cuando me crucé con el transeunte y lo tuve en foco, lo reconocí, era Gómez, un compañero.

Nos saludamos brevemente.

—¿Pero... qué diantre le pasa que anda con tanta dificultad?

—Vengo de casa de Bombín... ¡ya sabe usted!, el especialista en las enfermedades menos secretas, ¡me ha puesto una inyección que voy rabiando!

—¡Pero usted, Gómez!, un hombre de su talento andar así!

—¡Que talento ni que coginetes!, á cualquiera le ocurre una calamidad de estas; mi sobrino Antonio cuando vino de Filipinas, su tierra, era un alma cándida, educado en los jesuitas de Manila, no sabía de más amores que de los divinos, esta ignorancia lo perdió, sus compañeros de estudios, queriendo gastarle una broma, lo invitaron á una reunión de cierta casa donde iban señoritas distinguidas, la tal casa era una mancebía. Antonio quedó encantado de la libertad de aquellas niñas, anduvo dudando entre varias señoritas, y por fin se decidió por una.

A los pocos días se encontró enfermo, y al mes murió (sífilis cristalina).

—Pero usted siempre anda con estas cosas.

—Los libertinos somos como los jugadores crónicos, siempre tras el desquite, yo he tenido de todo; Madrid está plagado, es una casualidad no coger por ahí cualquier cosa, hasta N tiene sus cosas.

N es un alto personaje, yo no digo su nombre porque no quiero escandalizar á su familia que anda preocupada con los reumas del señorón. ¡No están malos reumas!

—¿Pues y qué me dirá usted de las señoras y señoritas honradas que andan por ahí tomando mercurio á pasto?

—Según usted la sífilis es corriente...

—El que no la tiene es porque está vacunado por casos que ocurrieron en sus ascendientes. ¡Ahí tiene usted! y *Espectros* de Ibsen no gustó en Madrid, todos nos escandalizamos porque Oswaldo tuviera parálisis general progresiva por causa de las calaveradas paternas...

—Pero es que no hay tanto libertinaje como usted cree; yo conozco familias honradas, jóvenes, castas, puras, maridos y mujeres fieles...

—Claro, yo también, pero ni aun esos se libran del contagio. Hace pocos días que asistió Giménez á una señorita honrada, soltera, joven, rica, guapa, bien educada, cristiana y sin novio ni devaneo conocido ni supuesto; la tal señorita tenía fiebre alta, infartos ganglionales

y trastornos generales. Bueno, pues la niña tenía dos bubones como dos catedrales, como adquirió la infección, no se sabe.

El ejército está plagado, hay batallones enteros de sífilíticos. A una enfermedad venérea se la llama gota militar. A las criadas las contagian sus señoritos, que hallan muy cómodo esto de tener sirviente-barragana en una pieza.

—¡Mire usted que mujer pasa por allí!...

—Alta, elegante, hermosa, pero á lo mejor podrida; mire usted, las órdenes religiosas se gobiernan con gran talento; barrio donde haya convento es bueno..., ordenan castidad absoluta porque es mejor el deseo incumplido, los cilicios y ayunos que el algodón hidrófilo, seroformo, permanganato, inyecciones, bisturís y cánulas.

Se marchó Gómez y entré en la confitería española, donde no venden *bonbones*, *maros glace*, *gateaux*, ni demás dulzainas extranjeras.

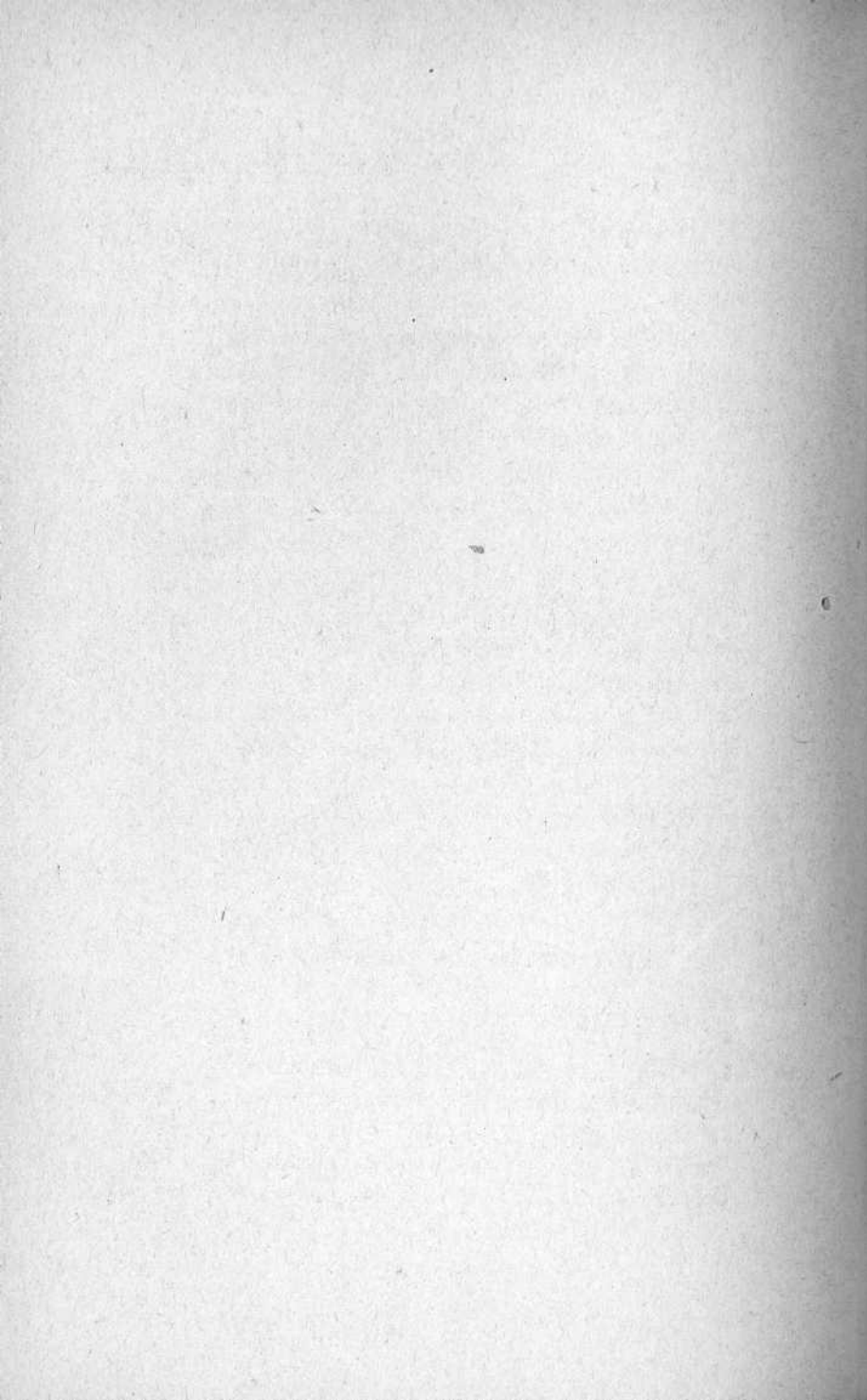
Está Madrid tan lleno de cosas extranjeras, que mi duceria parece de provincias; yemas y frutas, escarchados, alfajores, ajonjolí, peladillas, almendras garrapiñadas, caramelos...

La confitera tenía aquél día la cara mala, llena de grános amarillentos, sembrados entre manchas rojizas.

—Me pongo así en cuanto que *cambea* el tiempo.

Al salir tiré mi caja de yemas por temor al contagio y me fuí á casa triste con una ilusión menos.







ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
Al lector.....	5
Un drama en una guardilla.....	9
Garrocheta.....	17
La madre.....	31
El héroe.....	37
El bueno de Don Sebastián.....	43
Vitæ nature.....	51
De la vida feliz.....	65
El alcohol.....	75
Dios.....	79
Diógenes.....	113

EL LIBRO DE LOS LADRONES

1.º Robo nocturno.....	123
2.º Un hombre de negocios.....	134
3.º Quien mal anda mal acaba ó triste fin de un bandido.....	138
López el señorito.....	141
Los vagos.....	161
Un patricio.....	167

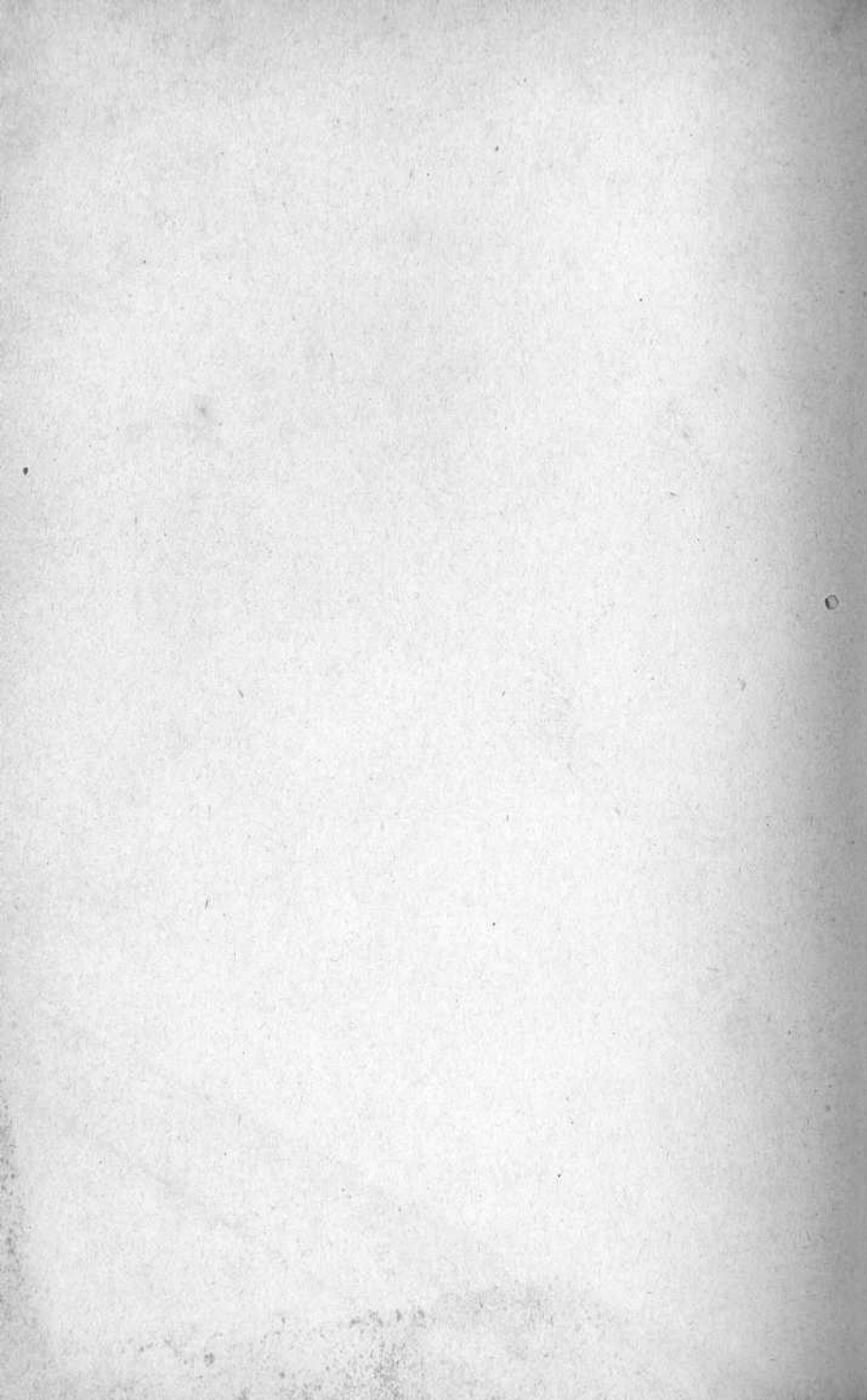
EPISTOLARIO

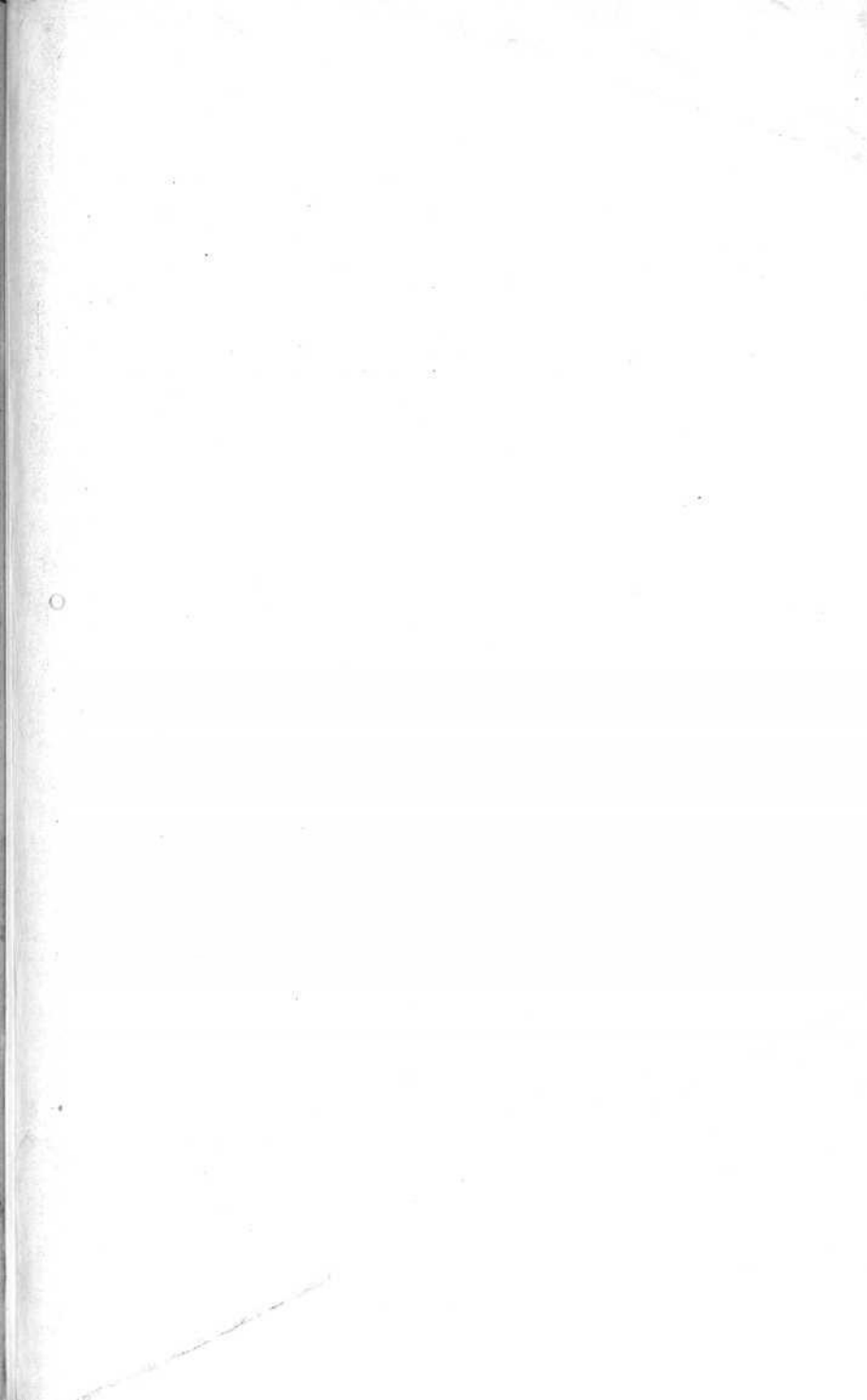
	<u>Páginas.</u>
<i>Desahogos de un hombre de ciencia</i>	175
1. ^a De la felicidad.....	177
2. ^a Ideas disolventes.....	181
3. ^a Los campesinos.....	189
4. ^a La carta de recomendación.....	193
El vesubio.....	197
De la vida española.....	229
El doctor mi amigo.....	249
El premio novel.....	255
El baile del Real.....	261
Morvo Gálico.....	279



Es propiedad del
autor.

Queda hecho el de-
pósito que marca la
Ley.





De venta en casa del autor

Calle San José número, 6.

□□□□ MADRID □□□□







Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000319669

VILLANUA



VIDAS

DE SANTOS

Y DEMONIOS

R

7652